



CASTAÑO

Relatos para Jorge

Homenaje a Jorge Villalmanzo (1960-2012)

**Biblioteca Municipal de Burgos
(compilación)**

Esta obra es resultado del homenaje impulsado por la Biblioteca Municipal de Burgos a Jorge Villamanzo (1960-2012) en colaboración con la Asociación Provincial de Libreros de Burgos durante la *Feria del Libro 2012*.

Ilustración de portada: María José Castaño

Edición electrónica [ePub]: 2012

© De los textos e ilustraciones: sus respectivos autores

© De la compilación: Biblioteca Municipal de Burgos

© De esta edición electrónica: Instituto Municipal de Cultura y Turismo del Ayuntamiento de Burgos

ISBN 978-84-92973-13-2

Contenidos

- Con el corazón en la mano* / Juan Carlos Pérez Manrique
Haikus / Jorge Villalmanzo
Marina / Jesús Carazo
Septiembre / Óscar Esquivias
El asunto Tornasol / Ignacio Galaz
Cuentos incansables / Pablo del Barco
El equilibrio del mundo / Carlos Contreras Elvira
A veces concretar no sirve de nada / Jesús Pérez Sáiz
La criatura de Cantarranas / María Jesús Jabato
Jorge Villalmanzo, hasta aquí y más allá... / Joan Gonper
La llamada de la naturaleza / Javier Guadilla
Romance de ciego / Ester Pardiñas
Muertos / José María Izarra
Primavera / Carlos de la Sierra
Arena en el estómago / Raúl Elena Calvo
El criado infiel / José Carlos Iglesias Dorado
Enseñanza de un día tardío / Estíbaliz del Val
Las calabazas / José Manuel Sastre
San Jorge, el dragón, la princesa Pantolina y su ovejita saltarina / Fernando Portillo
El corazón del bosque / Fernando Ortega Barriuso
El mundo de los sueños / Eduardo Munguía
Jorge, el hombre del nombre de cinco letras / Sara Tapia
La breve historia del hombre pájaro que aprendió a imaginar finales casi felices / Pablo Méndez

Domingo / Jorge Saiz Mingo
El Pinto / Félix Alonso Camarero
Un hombre apasionado / Carlos Bolinaga
Cuento edificante / Alfonso Hernando
Café y cigarrillos / Ríchar, Bardeblás
Tres poetas / José Gutiérrez Román
Mi lugar en el mundo / Angélica Lafuente Izquierdo
Pirata / Javier Álvarez Cobb
Don Quijote en Dublín / Alberto Herrero Arnáiz
La historia machaca / Amaya Uribarri
Malditos / Rodrigo Pérez Barredo
Tu nombre, Jorge / Fidel Torcida Fernández-Baldor

Con el corazón en la mano

Introducción de Juan Carlos Pérez Manrique

Cuando a mediados del mes de marzo Rafael Ibáñez, compañero en la Biblioteca más vinculado en nuestros centros a temas relacionados con las Nuevas Tecnologías, me propuso la posibilidad de que durante los nueve días de duración de la Feria del libro subiéramos a nuestra página un relato de un autor local contribuyendo así a su presencia y difusión, me pareció una idea excelente. Rápidamente me puse en contacto con diversos autores solicitando esas colaboraciones cada una de las cuales, en días sucesivos de la Feria, se podría leer mediante el uso de la cacharrería que ahora no viene al caso.

Jorge Villalmanzo fue uno de aquellos a los que inicialmente me dirigí. Me aseguró que por supuesto, que contara con su colaboración. Lamentablemente no pudo llegar a remitir ese relato en el que sé que ya había empezado a trabajar. En cualquier caso, su palabra y pensamiento sí que estarán presentes en este proyecto con unos *Haikus* (posiblemente sus últimos versos) que Iker Güemes le pidió creara para su última composición musical que se estrenará

en Palma de Mallorca en noviembre. «Cumplió con creces», decía Iker, quien ha tenido la generosidad de remitirlos para que vean la luz.

No presumiré de amistad con Jorge porque realmente no había tal en la forma que yo la entiendo. Seguro que compartíamos inquietudes, afectos y/o aficiones, formas de entender muchas cosas... pero no espacios, ni tiempos, ni la compañía de las mismas personas de forma habitual. Sin embargo también podría decir lo contrario y presumir, en ese caso, de cierta amistad —no lo confundiré con el por supuesto agradecimiento— con Jorge ya que siempre fue atento y generoso cuando desde la Biblioteca le solicitamos cualquier presencia o colaboración y, sobre todo, porque en la proximidad, a mí siempre me pareció percibir aquella paz que Gil de Biedma explicaba cuando escribía «A veces, al hablar, alguno olvida / su brazo sobre el mío, / y yo aunque esté callado doy las gracias, / porque hay paz en los cuerpos y en nosotros». La misma paz que había, por ejemplo, en su atormentado mar azul tan lleno de niebla aquella mañana, al salir del funeral de Bernardo Cuesta.

En fin, fuera lo que fuera, la amistad, el agradecimiento, el afecto, el sentimiento de deuda o todo mezclado —qué sé yo — hizo que, en el desconcierto del propio día de su fallecimiento, rehiciera la idea inicial de los nueve relatos y enviara un correo colectivo (ahora a todos aquellos autores locales de cuya dirección disponía) solicitando su participación con un relato para recordar, para abrazar con palabras al compañero que yo no sé por qué se fue aquel día y para el que quería ese abrazo extenso en el tiempo: un relato cada día, tantos días cuantos relatos recibiéramos.

El resultado han sido algo más treinta colaboraciones que podremos leer en días sucesivos y, al final, todos juntos tras convertirse en el correspondiente e-book. El resultado ha sido la llegada de algo más de treinta abrazos de amigos y compañeros que han podido participar en esto (en otras ocasiones la gran amistad simplemente lo imposibilita) y también de otros que, sin llegar a haber tenido relación con Jorge, han querido sumarse a homenajear su recuerdo desde el reconocimiento a su recorrido. El resultado ha sido este álbum de palabras remitidas por algo más de treinta escritores (no cito a ninguno y a ninguno olvido) que, por esas cosas de la vida, han llegado a juntarse en un espacio virtual para conformar pues esto, un bosque de abrazos sembrados y contado con el corazón en la mano según la propia ilustración de M^a José Castaño. Para ella también el agradecimiento.

Haikus

Jorge Villalmanzo

Piedra sobre piedra
el cielo se transforma
en cielo.

Nieve leve tacto.

Los pájaros
no necesitan palabras
para amarse.

Tensa, terciopelo,
en tu mano,
un adverbio.

El amor en un tornillo
de carrocerero
bien templado.

La sombra
es una luz
con historia.

Desde las azoteas
el mundo
siempre es un jardín.

No sueñes con que el rayo
en la tormenta
te dé en el corazón.

Si fuera preciso te escribiría al cielo.

Si deshaces la tierra
con tus dedos
las yemas se tizarán de arcilla.

Trazos azules,
nerviosos,
sobre las cúpulas de las iglesias.

El hormigón y la savia.

Los verdes rosales de París.

Donde se forjan los arces.

Color
y naturaleza
en la mirada de un niño.

Abrir el corazón al aire
para encontrarlo,
de nuevo, limpio.

Inquietante
la metamorfosis
del óxido.

La hiedra que no pudo
nacer en el muro de tu cárcel.

El nacimiento del agua
fue anterior a la lluvia.

El engranaje detenido
contradice
al tic-tac.

Azul incomprensible
sobre la estatua
del parque.

El hierro vencido duerme
el sueño de los justos.

Una colada de hierro
entre laderas de plástico verde.

La respiración,
los ojos,
las promesas...

Un cuaderno olvidado en un taxi amarillo.

El chasquido que recuerda
a un guijarro que se pisa.

Piedra sobre piedra
transformándose
en fluido.

Cara o cruz. Ése es el caos.

Los álamos.
Esa pasión de Central Park.

La pintura y los muros:
Dos pasiones abocadas
al encuentro.

Tras la reflexión llega la furia.

Enjambres de colores buscan su colmena.

La tinta que en el pentagrama se hace hielo.

Escaparates vacíos como
una cáscara de caracol sin memoria.

Veo cruces donde sólo hay hierro.

De dónde sacan las golondrinas el barro?

Bajo la arcada de aquel puente
tu sombra
y mi mirada.

Si hay amor en el metal
cómo no haberlo en el vuelo
del cormorán.

Un sello de Nueva York
perdido en el interior de una manzana.

El pulso de los trazos en el aire.

Cuando el corazón ablanda fuego.

Un horizonte
presente

en tus manos.

Esencial,
femenino,
perdurable.

Así tú.
Frágil y duro.
Diamante femenino.

La aparente fragilidad de la rosa
muestra su corazón diamantino.

La sed es agua.

La tenacidad del viento
cuando sólo se alimenta
de silencio.

*[Estos Haikus los escribió Jorge Villalmanzo para un
proyecto musical de Iker Güemes.]*

Marina

Jesús Carazo

Una mañana de primeros de octubre me vi de nuevo sentado en una clase, interpretando aquel temible papel docente del que llevaba huyendo tantos años. Ese día, como un alud de dolorosas estampas, cayeron sobre mí los recuerdos de mis profesores de bachillerato, de sus angustiosos exámenes, de tantos miles de horas de lento y aburrido aprendizaje... Creo que no hubiera podido resistirlo de no haber sido por Marina, una muchacha de veintiséis años, delgada, silenciosa e insensatamente aficionada al esoterismo. Enseñaba Inglés en mi instituto y, al parecer, se había aficionado a los karmas y a las cartas astrales durante una larga estancia en el Reino Unido. Tal vez no era exactamente la chica que yo andaba buscando, pero me sentía tan rematadamente perdido entre aquellos corredores embaldosados y sombríos que me aferré a la única mano que se me tendió.

Nos hablamos por primera vez en un bar siniestro y ruidoso al que los profesores acudíamos durante el recreo para ingerir un líquido turbio que tenía la engañosa apariencia de café. A Marina se la veía siempre en un extremo de la barra, ensimismada y distante, mientras el

resto de los profesores se empeñaba en contar desoladoras anécdotas de sus alumnos. Según ellos, en aquel barrio de Madrid nadie tenía interés por cultivarse, por aprender, y nosotros sólo estábamos allí para evitar que un montón de jovencuelos descarriados se aficionaran al robo y a las drogas.

Como esas depresivas conversaciones se repetían mañana tras mañana, un día decidí acercarme a aquella solitaria jovencita que se pasaba los desayunos contemplando su taza de café. Pareció sorprendida de que alguien se interesara por su mínima existencia. Tenía los ojos azules y una piel blanca, casi transparente. Cuando, mucho más tarde, intenté encontrarle alguna semejanza zoológica, sólo se me ocurrió identificarla con un pez, un pez de ojos grandes y cabellos largos, aparentemente perplejo ante los insondables misterios de este mundo singular.

Marina parecía tan perdida como yo. Era el primer año que daba clase y ya se planteaba la idea de abandonar definitivamente la enseñanza. Cuando le pregunté si tenía novio o estaba casada alzó las cejas y movió la cabeza como si esas categorías convencionales no abrigaran ningún significado en su percepción de la realidad. A finales de octubre comenzamos a desayunar en una mesita aparte, el uno frente al otro, y allí fue donde supe de su afición al esoterismo. Se pasaba los recreos hablándome de la influencia de las radiaciones invisibles de las estrellas. Confieso que nunca he creído en tales historias, pero esos primeros días fingí escucharla con cierto interés mientras me preguntaba qué habría de aprovechable en aquel cuerpo escurrido y en aquellos senos casi inexistentes.

Ah, pero el encanto de Marina estaba en su alma, en su

sorprendente distanciamiento de las cosas, en su absoluta falta de sentido moral. Pensaba que todas nuestras acciones se hallaban predeterminadas desde hacía millones de siglos. «Todo lo que sucede tenía que suceder», parecía ser su más irrefutable certidumbre. Ni siquiera éramos libres de elegir entre dos libros, entre dos mujeres, entre dos manzanas. (En una ocasión, le dije que estaba convencido de que, la primera vez, en el bar, me había acercado a ella libremente. Me miró con una sonrisa de conmiseración. También el que nos hubiéramos conocido en aquel desolado cafetín se hallaba escrito en algún lugar desde el comienzo de los tiempos.)

Marina se empeñó enseguida en establecer mi carta astral, así que me vi obligado a preguntarle a mi madre la hora exacta a la que me había traído a este mundo. Tras una interminable discusión con mi padre (y sin duda para no llevarle la contraria), la autora de mis días aceptó que el fausto suceso había tenido lugar hacia las siete de la tarde de un siete de abril. Marina insistió en saber el minuto exacto y a continuación se pasó una semana elaborando el perfil estelar del hombre que estaba a punto de seducirla. Mi carta astral era un conjunto de vaguedades aplicables a varios cientos de miles de terrícolas. Marina no debió de hallar en aquel cósmico destino nada incompatible con el que le habían confeccionado a ella sus amigos ingleses porque, un par de días después, estábamos haciendo el amor en mi apartamento.

Recuerdo que durante esos primeros contactos no nos hablábamos. Ni siquiera solíamos decirnos ciertas frases más o menos ridículas que las parejas de todos los tiempos han utilizado para despertar sus instintos reproductivos. Tal vez

por eso me parecía percibir en todo aquello algo levemente irracional. A veces llegué a sentirme como uno de esos obstinados insectos que se aparean en primavera tras un rápido y anodino bailoteo. Marina debía de verse también así porque, al terminar, alzaba el vuelo y comenzaba a vestirse como si no tuviera nada que ver con el tipo ojeroso que la miraba desde la cama. Yo recordaba haber tenido novias que, después de hacer el amor, se pasaban el día canturreando y concibiendo fabulosos planes para la hora de cenar. Marina no. Marina hojeaba una revista y se rascaba la planta del pie. O se quitaba las espinillas de la nariz. O se sentaba a corregir exámenes. Y si en alguna ocasión intentaba yo recordar los momentos más destacados de nuestro silencioso acoplamiento, ella alzaba un instante la cabeza y me preguntaba en un tono desoladoramente irónico si no pretendía hacer un cine-forum.

Tras aquellos deprimentes epílogos, a mí me daba la impresión de que, para Marina, hacer el amor constituía una actividad tan sugestiva y apasionante como batir un huevo o ordenar un armario. Una vez se lo dije, y me respondió que, a la luz de una mirada cósmica y universal, las tres cosas tenían la misma importancia. Debo reconocer que sus palabras produjeron un efecto perturbador en el ánimo de alguien que siempre había situado los gozos de la carne en el cenit de las delicias de este mundo.

Marina había alquilado un pisito diminuto y deslucido a dos manzanas del centro docente y, como mi apartamento se hallaba al otro lado de la ciudad, al final acostumbramos a

pasar allí la mayoría de las noches. Debo decir que a mi nuevo amor le traían sin cuidado todas esas exquisiteces que los semanarios ilustrados llaman «decoración del hogar». En las paredes del salón sólo se veía la imagen de una divinidad india (pintada, sin duda, por un alucinado psicópata) y un par de adornos orientales colgados de un clavito. A falta de una estantería, los libros se amontonaban en su mesa de trabajo, una simple plancha de madera posada sobre dos rústicos caballetes.

Cuando no estaba en clase, Marina se pasaba el día derrumbada en un sofá, o practicando el yoga sobre una esterilla polvorienta. Pronto averigüé que, tras haber ocupado algunos años en rastrear la misteriosa influencia de los astros, desde hacía unos meses intentaba encontrar en su alma las huellas de la divinidad. No de una divinidad cualquiera, desde luego, sino del Ser Supremo y Absoluto, de la Divinidad de Todas las Divinidades. En esto la estaba adoctrinando Ramón Ciruelos, un tipo blandito y siniestro que había vivido dos años en la India. Según Ciruelos, el universo venía a ser como el gran estornudo de Dios, y cada célula, cada partecita, cada individuo, era una verdadera porción de Su Ser Providencial. Como, después de tantos milenios, el hombre había acabado por olvidar ese origen sorprendente y maravilloso, ahora cada cual se veía obligado a buscar en su alma las huellas del Divino Hacedor. Marina me contaba esas cosmologías con una fe de catecúmeno y yo le decía, medio en broma, que era mi primera novia panteísta. Lo del panteísmo se le antojaba a ella algo sospechoso, así que me respondía que no, que una cosa era ver al Padre Eterno en los árboles, los ríos y las montañas, y otra

muy distinta ser uno mismo una salvilla de Dios. Resultaba bastante pintoresco que alguien que no fuese Ramón Ciruelos pudiera creer esas doctrinas, pero uno nunca sabe en qué humildes espíritus germinarán ciertas fantasías.

Como el camino misterioso y ascético que conducía a la divinidad llevaba implícita la creencia en las sucesivas reencarnaciones del individuo, Marina —tal vez por miedo a zamparse a alguno de sus antepasados— había dejado de consumir alimentos de origen animal. Nuestro menú se componía, pues, de legumbres, arroces y verduras de todo tipo. Aquel régimen debía de ser sanísimo, desde luego, pero yo procuraba añadirle cada dos o tres días un muslo de pollo que solía chupetear ante la mirada recelosa de mi amada. En alguna ocasión intentaba demostrarle matemáticamente la imposibilidad de que hubiese un individuo reencarnado en cada animalito vivo porque, según la zoología, existían millones de aves, centenares de millones de peces y miles de millones de insectos, siempre muchísimos más que seres humanos, así que era altamente improbable que en el pollo que me estaba comiendo se hubiera albergado el alma de alguno de sus bisabuelos. Naturalmente, ella nunca entraba en esas discusiones de tendero de barrio, pero me aseguraba que había otras razones mucho más solidarias y sutiles que la obligaban a rechazar el sacrificio de animales —razones que, *por supuesto*, yo no podría entender jamás.

Aparte de esos estimulantes menús, Marina se tomaba todas las noches un puñadito de almendras que, al parecer, constituían el indispensable complemento de su dieta vegetariana. Estoy seguro de que, si su amigo Ciruelos le hubiese prescrito unos garbanzos crudos o una hoja de laurel,

Marina se los habría tragado sin pestañear.

En uno de nuestros momentos de intimidad me atreví a hablarle de los Bee Gees, que en esa época me gustaban muchísimo, y ella me miró como a un pobre imbécil y se preguntó en voz alta cómo un tipo de apariencia normal podía escuchar unas canciones tan almibaradas. Y es que Marina sólo soportaba aquellas letanías de monjes budistas que sonaban en su tocadiscos cuando había reuniones en casa. A esas veladas solía invitar a un puñado de gente sigilosa y sonriente: dos tipos desnutridos, tres o cuatro amigas tan chifladas como la anfitriona y Ramón Ciruelos con su compañera sentimental —una joven alicantina que gozaba de la misma transparencia anatómica de mi amada. Condenado a escuchar los insípidos recuerdos orientales de Ramón Ciruelos, al cabo de un rato me sentía como un esquimal en un conciliábulo de benedictinos. Alguna vez traté hacer algún comentario gracioso, pero todos me miraron siniestramente, como si estuvieran considerando la idea de sacrificarme allí mismo, al final de la velada.

Al igual que la mayoría de los obsesos, Ramón Ciruelos sólo se animaba cuando hacía proselitismo. Aseguraba que todas las religiones se hallaban ligadas por misteriosos pasajes subterráneos a los que sólo los iniciados podían acceder. Eso quería decir que, a fin de cuentas, Cristo, Brahma o Alá venían a ser la misma persona, si es que en esos resbaladizos dominios puede hablarse de esta manera. Creo que a Ciruelos le fastidiaba un poco que yo no me interesase por los estornudos de su Dios Universal. Seguramente sospechaba

que lo hacía porque era un empecinado católico o algo así. Un día, le aclaré que yo no creía ni en las reencarnaciones orientales ni en los cielos e infiernos de occidente, pero que el mundo visible me seguía sumiendo en una turbadora perplejidad. Aparte de eso, pensar en un dios sensible y bondadoso como origen de este universo trufado de horrores resultaba tan descabellado como imaginar a una monjita dinamitando un parvulario.

Aunque, después de esta conversación, nuestro amigo debió de concluir que yo era totalmente irrecuperable, no por ello dejó de aconsejarme la práctica del yoga. Me aseguró que, con paciencia y tenacidad, uno podía alzarse sobre la vulgaridad de nuestras esperanzas e ilusiones y llegar a considerar el universo como «un hoyo abierto por la pezuña de una vaca». Yo le dije que en el mundo había algunas cosas maravillosas y que me molestaría que perdieran su encanto. «¿Qué cosas?», preguntó. «Los Bee Gees, las mujeres, los canelones que prepara mi madre...», le respondí sin titubear. Entonces él se rascó la barbita con un gesto que quería ser de Gran Gurú de la India pero que sólo era de Ramón Ciruelos, publicista de una empresa a punto de quebrar, y me dijo que era preferible asumir la futilidad absoluta de todas las cosas, por si un día me veía obligado a renunciar a ellas. Yo no veía por qué razón debería renunciar un día a las mujeres y a los Bee Gees, a no ser que me quedara sordo e impotente. Por otro lado, me parecía que la probabilidad de quedarse a la vez sordo e impotente debía de ser muy pequeña. Cuando se lo dije a Ciruelos, el hombre alzó las cejas, incapaz de darse cuenta de que le estaba tomando el pelo, y me aseguró que más valía tenerlo todo previsto, porque los designios de la

divinidad eran *cada día más insondables*.

A finales de enero, mis relaciones con Marina comenzaron a desmoronarse. Y es que, aparte de aquellas sesiones de silenciosa lujuria, compartíamos muy pocas cosas. En los últimos tiempos, se pasaba las horas practicando las posturas de yoga que le recomendaba Ciruelos. Tal vez le habría gustado verme a su lado, inmóvil, tratando de vaciar mi cabecita de cualquier ambiciosa inquietud. Pero a mí no me entusiasmaba perder el tiempo en aquella aburrida gimnasia. (En una ocasión lo intenté durante veinte minutos y sólo conseguí que, al día siguiente, me dolieran las piernas.)

Una noche, Marina me confesó que, la víspera, mientras estaba practicando el yoga, había sentido que se alejaba del mundo y le había asustado la idea de no poder regresar. Le dije que debía tratarse de una simple fantasía, pero, un par de días después, aquello se volvió a repetir. Al parecer, le daba la impresión de estar cayendo en un pozo misterioso y profundo, de escapar del tiempo y del espacio. Aunque, según el pensamiento kantiano, no era posible escapar del tiempo y del espacio, me acostumbré a espiarla disimuladamente a través de la rendija de la puerta. Marina se sentaba en su tronada esterilla y colocaba el pulgar y el índice de ambas manos en ligero contacto, como haciendo una «o». Era la «postura del adepto» y, según Ciruelos, debían practicarla todos aquellos que habían decidido ser célibes. A mí, este asunto me mosqueaba un poco, y hasta me preguntaba si no tenía algo que ver conmigo, si no era una sutilísima manera de anunciarme que estaba de más en aquella casa. A veces,

desde el pasillo, veía cómo a Marina se le ponían los ojos en blanco y temía que se desplomara bruscamente, fulminada por la repentina comprensión de los misterios de la existencia. Después, al regresar de nuevo a este mundo, mi amada se pasaba un buen rato dando vueltas por las habitaciones, sin decir nada, sin mirarme siquiera, o mirándome como una marquesa hindú miraría al último de los parias.

Alguna noche le recordaba yo que en su mesa de trabajo tenía un montón de exámenes por corregir y ella decía «ya lo sé», en un tono distraído e indiferente. La enseñanza le interesaba cada día menos y había tomado la costumbre de aprobar a la mayoría de sus alumnos, de modo que los chicos estaban encantados con ella. Creo que en clase les hablaba también (en inglés) de la sabiduría védica, y de la posibilidad de identificarse con el Ser Supremo a través de la práctica del yoga. Aún temblaba en sus labios la pálida sonrisa de los primeros tiempos, pero ahora parecía más un arma defensiva que una muestra de verdadero interés por los problemas de su interlocutor. A mí me inquietaba bastante todo eso y cada vez me resultaba más difícil mantener una conversación sensata con ella. Ahora, cuando le planteaba alguna pregunta importante, solía responderme con evasivas, o todo lo más con alguna frasecita enigmática que volvía a dejar el asunto en el aire. Sólo durante aquellos silenciosos abrazos en el dormitorio volvía a ser la muchacha que yo había conocido en el mes de octubre.

A mediados del segundo trimestre, sin embargo, observé que comenzaba a perder interés por los misterios copulativos. Se lo hice ver, pero ella se encogió de hombros. Todo el mundo

tenía períodos más o menos eróticos, dijo, y, de cualquier manera, el asunto no era tan importante, ¿verdad? ¿Que no era importante? ¿Que no era importante si hacíamos o no el amor?, le pregunté en un tono desorbitado. Marina se volvió hacia mí (estábamos en la cama y ella leía un libro de Swami Vivekananda) y me lanzó una mirada vagamente piadosa. Luego me contó la parábola de un tipo que escalaba una montaña y veía cómo, allá abajo, todo se reducía de tamaño: los edificios parecían casitas de muñecas; los caballos, ratones perezosos, y la gente, un montón de ridículos bichitos... Le dije que dejase de hablarme con apólogos, como a los tontos, y que había entendido perfectamente que ahora yo venía a ser para ella un ridículo bichito. «Mira, Sergio, los ejemplos no hay que tomárselos al pie de la letra» me respondió, «sólo son maneras de hablar. Lo que quiero decir es que todas las cosas tienen una importancia relativa cuando se las mira desde lejos.» Pues entonces lo mejor era que me mirase desde más cerca, como un entomólogo entusiasta miraría a su insecto preferido, le dije. Pero ella no quería mirarme de cerca; de cerca, todos los insectos tenían un aspecto horrible y monstruoso. «¡Así que yo era un monstruo!», exclamé. «¡No se puede hablar contigo!», dijo ella, y volvió a enfrascarse en su libro de filosofía vedanta.

Esa noche me pareció comprender que era el imbécil de Ramón Ciruelos quien tenía la culpa de todo, así que fui a verle una tarde, a su oficina. Recuerdo que me miró con cara de espanto. No le había anunciado mi visita y no podía imaginar a qué había venido hasta allí. Le dije lo que me ocurría: Marina estaba cada día más ensimismada y se empeñaba en mirarme como a un bichito. Ciruelos sonrió

nerviosamente —seguro que el apólogo del tipo que subía a una montaña se lo había contado él— y me aseguré que cuando alguien emprendía la búsqueda del Señor Dios del Universo, nunca se sabía hasta dónde podía llegar. Le dije que no estaba dispuesto a dejar que el Señor Dios del Universo me birlara la novia. Me respondió que el Señor Dios del Universo no era ningún ser *personal* y que, por lo tanto, nunca podría quitarme la novia. Además —añadió intentando hacerse el gracioso—, si me hubiera interesado un poco por la filosofía oriental, a esas alturas ya sabría que todos veníamos a ser la misma cosa, es decir, que todos éramos novios de todos. Tal vez Marina había empezado a ver el mundo de esa manera... ¡Pues yo prefería que lo viese como antes de que él la empujara a lanzarse a la búsqueda del Ser Supremo y de la Absoluta Realidad!, le repliqué. «No puedes hacer nada», dijo. «Puedo partirte la nariz», le respondí. Ciruelos se apartó unos pasitos. «Yo estoy en contra de la violencia», me recordó con un ligero temblorcillo en los labios. «¡Pues yo no!», exclamé aspirando furiosamente el aire viciado de su oficina. Pero no tenía ganas de pelearme con un tipo que tal vez ni siquiera se hubiese defendido debidamente.

Aquella historia de amor ensombrecida por la infinitud y el misterio se prolongó aún hasta finales del curso escolar. Para entonces, yo ya había renunciado definitivamente a tener trato alguno con la filosofía vedanta, así que cuando Ciruelos aparecía por nuestro piso, corría a meterme en un cine y me olvidaba durante un par de horas de aquellos dos pánfilos inmóviles en el suelo del salón.

Paradójicamente, a medida que mi amada descubría que su cuerpo y su alma eran una maravillosa porción de la Divinidad Universal, comenzaba a perder su sentido del humor. Puede que los dioses sean demasiado importantes como para reírse de sí mismos, pero sin risa y sin amor nuestra relación fue tomando un tinte cada vez más siniestro. Un día le dije que me estaba cansando de aquella insensata existencia y me respondió que, como yo había elegido el camino equivocado, no podría ser feliz hasta que no se me cayera la venda de los ojos. Le aseguré que la venda ya se me había caído y que andaba dándole vueltas a la idea de regresar a mi casa. Aquella amenaza no le hizo ningún efecto, así que concluí que mi chica estaba embrujada y que no la recuperaría hasta que Ramón Ciruelos no hubiera abandonado este valle de lágrimas. Recuerdo que pasé unos días fraguando descabellados planes para eliminar a aquel indeseable gurú, pero, naturalmente, nunca tuve el valor de ponerlos en práctica.

Con el tiempo, mi papel en la vida de Marina había ido cambiando patéticamente. De apasionado amante pasé a resignado compañero, y de resignado compañero, al tipo que le compraba las frutas y verduras cada mañana. Cuando trataba de hacerle ver la sutil degradación de nuestro amor, ella me miraba como si no supiese de qué le estaba hablando. Un par de veces se me ocurrió llevarla a comer a casa de mis padres y pude comprobar con estupor que ante ellos se comportaba como alguien aparentemente normal. Sabía elogiar los exquisitos platos de mi madre y hasta le reía las gracias al autor de mis días. Sólo mi hermana era capaz de descubrir aquella formidable duplicidad. «Tu chica es un

poco rarita, ¿no?», me susurraba al oído cuando nos dábamos el beso de despedida.

Tal vez al lector le hubiera gustado que mi brumoso idilio con Marina tuviera un final sorprendente o melodramático, pero en la vida real las cosas casi nunca suceden de esa manera. Nuestro amor se fue diluyendo lentamente, como azotado por cotidianas ráfagas de lluvia. A menudo me preguntaba por qué no se decidía a romper conmigo, a confesarme que no era feliz en mi compañía o algo así. Ahora sólo se me ocurre que, en el fondo, le espantaba trastocar las cosas, alterar el dibujo de nuestros misteriosos destinos.

A mediados de junio, Marina me anunció que pensaba pasar el verano en un caserón que su amigo Ciruelos había alquilado en un pueblecito de Guadalajara. Con ellos irían también cuatro o cinco empeñados buscadores de la Suprema Divinidad. Si yo lo deseaba —me propuso sin ningún entusiasmo— podía acompañarles. Enseguida imaginé lo que iba a ser aquello: el mareante olor a incienso a las horas de las comidas, los siniestros cánticos al atardecer, los largos paseos por el campo acompañando al grupo de aburridos seminaristas... Le dije que no tenía ninguna intención de perder el tiempo con una pandilla de espiritados, y que debía elegir entre el Ser Supremo Creador de Todo el Universo y su pálido compañero sentimental. Marina se encogió de hombros y salió de la habitación. En ese instante me hubiera gustado echarle un vistazo al fondo de su alma. Sé que, en alguno de sus sombríos rincones, habría descubierto la temblorosa satisfacción de estar a punto de

librarse de mí.

Después de aquello, tuve la curiosa impresión de que Marina se aproximaba unos centímetros a la superficie de la tierra. Hasta me acompañó al cine una tarde (a ver una película sobre Gandhi). Creo que se daba perfecta cuenta de que estábamos viviendo nuestros últimos días. También hicimos el amor una o dos veces. Pero ahora era sólo un ejercicio profiláctico, como aquellas inspiraciones purificadoras que ella solía realizar en su esterilla, antes de adoptar la postura de adepto.

Cuando sólo faltaba una semana para que ella se marchara a aquel perdido caserón, recogí mis cosas y regresé a mi apartamento. Le dije que la llamaría un par de días más tarde para llevarla a cenar a un restaurante vegetariano. Las clases ya habían terminado y los dos sabíamos que aquello era sólo una excusa para evitar la despedida. No obstante, una mañana de primeros de julio marqué de nuevo su número de teléfono —y me estuve maldiciendo mientras oía la campanita. Por fortuna, nadie descolgó el auricular. Las diez horas siguientes las pasé tumbado en la cama, esperando en vano una llamada suya e intentando considerar el universo como un simple «hoyo abierto por la pezuña de una vaca».

Durante los exámenes de septiembre, nos encontramos dos o tres veces en los pasillos del colegio. Recuerdo que nos hablamos exactamente igual que si acabáramos de conocernos —igual que si yo no la hubiera tenido en mis brazos tantas noches, durante tantos meses, igual que si nunca hubiese cocinado para ella, ni le hubiera comprado día tras día aquellos manojos de brécol, aquellas endibias blancas

que tanto le gustaban...

Siempre me sorprendo de que ocurran estas cosas.

Septiembre

Óscar Esquivias

En el río hay una poza donde solemos bañarnos. Hoy he ido solo. Es ya septiembre y casi todos los de mi edad se han marchado a Burgos, algunos a trabajar y los demás a examinarse de las asignaturas pendientes en la universidad. El camino, estrecho, se abre como un cañón entre las tapias de las huertas. Es muy sombrío: abundan las higueras cuyas copas desbordan las cercas y a veces sus ramas parecen formar parte de ellas, como incrustadas entre los mampuestos. Sólo queda un senderillo de barro bordeado de ortigas y hierbas largas y afiladas. Esta mañana hacía mucho calor. He usado como traje de baño los mismos pantalones vaqueros que llevaba puestos, cortados casi a ras de ingle. Antes había pasado por el bar a buscar a Miguel, por si le apetecía ir al río. Estaba cerrado, pero su madre, desde la ventana del piso superior, donde tienen la vivienda, me dijo que aún no se había levantado y que quizá no lo haría hasta la hora de comer, si comía.

—Anoche la tuvisteis buena, ¿no?

Parecía tan irritada que desapareció de la ventana y no me dejó tiempo para contestar. La noche pasada yo estuve en casa, con mis padres, viendo la televisión. No tenía ni idea de

que Miguel hubiera planeado salir y me sentí molesto. Yo, siempre que puedo disponer del coche de mi padre para ir a las fiestas de los alrededores, me ofrezco a los del pueblo, pero ellos no es la primera vez que salen sin avisarme. Me imaginé que habría bebido más de la cuenta y que no tendría el cuerpo para nada.

El agua estaba muy fría y a la vuelta me sentí destemplado. Hay un silencio extraño en todo el pueblo desde que se han ido los veraneantes y eso se nota sobre todo en la poza, donde los niños suelen ir a chapotear mientras las mujeres de la ciudad se untan aceites en la piel y las señoras del pueblo, las abuelas, con sus pañuelos anudados en la cabeza, ropas oscuras y zapatillas gastadas, miran divertidas la escena. Hoy, nadie. Y no sólo era la ausencia de ruido: también la luz tenía menos convicción para iluminar los detalles, y el sol, como un dios protector de los niños ahora despreocupado, no calentaba el tojo como lo había hecho en agosto. Mientras nadaba de una orilla a otra pensaba en Miguel y en lo que podía haber pasado la noche anterior. Caí en la cuenta de que, salvo yo, no quedaba nadie de nuestra quinta en el pueblo, y él no era de los que se iban solos de juerga.

Seguía pensando en lo mismo cuando pasé ante su huerta. Desde el portillo vi a su madre de espaldas que cavaba con una azada, con la gravedad de quien abre una cárcava en el cementerio.

He comido en silencio. Mi madre iba y venía de la mesa a la cocina. Me ha oído estornudar y refunfuña por mi

cabezonería, por ir a bañarme al río. Creo que está inquieta porque dentro de dos días yo también marcharé a Burgos y les dejaré solos. En este curso, espero, acabaré por fin el bachillerato, con tantos años de retraso. En todo el pueblo hay cierto ambiente de ruina, de letargo. Después de ver el parte, he ido otra vez donde Miguel. El bar seguía cerrado. He llamado al timbre de la casa, pero nadie se ha asomado. Seguramente se estén echando la siesta, o quizá hayan ido a la huerta, pensé. Cuando se marchan los veraneantes sólo abren la taberna al final de la tarde y los fines de semana. De todos modos, he cogido una piedrecita y la he lanzado contra los vidrios de la habitación de Miguel, como solíamos hacer de niños cuando teníamos algún recado importante que darnos. Tengo tan mala puntería que la chinita ha golpeado en la ventana de la casa de al lado, que no tarda en abrirse. Se asoma Tere. Me debía de haber estado espiando, porque lo primero que me ha dicho es:

—No están. Han marchado a la huerta.

Se hacía sombra con la mano, como si saludara a lo militar.

—¿También Miguel?

—No, Miguel no. Quizá esté en la cama, no se le ha visto en todo el día.

—Ya.

Tere sonreía y no se apartaba del alféizar. A pesar de tener mi edad, veinte años, compartía esa curiosidad —a la vez obstinada y aburrida— de los viejos del pueblo, que llevan el registro de todo lo que pasa ante sus ventanas como si fueran notarios escrupulosos y exactísimos.

—Os oí anoche. Bueno, le oí llegar a él, a las tantas.

—Ya.

Pisoteé la colilla que acababa de tirar al suelo.

—¿Tuviste... tuviste también bronca con tus padres?

—No. Anoche no salí.

—Empezó a tocar el claxon, a eso de las cinco. Y a decir barbaridades. Y a cantar, ¿no oíste nada? Despertó a medio pueblo. Oye, ¿te apetece un café?

Le dije que no. Me parecía muy extraño el comportamiento de Miguel. Le había visto muchas veces borracho y jamás le dio por armar escándalos. Al contrario, es de los que con el alcohol se entristece y calla, con gesto de planta mustia. Volví a pulsar el timbre. Nada. Tere seguía en la ventana, mirando mis movimientos. Decidí lanzar otro guijarro, que le rozó la sien. Dichosa puntería.

—Oye, que me vas a matar, no sigas.

Desapareció brevemente de la fachada para volver luego con un escobón.

—De pequeños jugábamos a pasarnos mensajes así, de ventana a ventana.

Y comenzó a sacudir el cristal con el mango. Grité «¡Miguel!». Silencio. Estuvimos esperando.

—O no está, o no quiere verte. Es una tontería que insistas. ¿De verdad no te apetece un café?

Volví a denegar y bajé a casa, intrigado. Mi madre planchaba en una habitación, en penumbra, con los cuartillos entornados. Me recibió con un suspiro, sin decir nada. Subí a mi cuarto, a echarme la siesta.

Horas después fui a la taberna. En el mostrador estaba

Pilar, la hermana de Miguel.

—Se ha ido, andará por las eras o en la ermita, a saber. Hoy está raro, ha discutido con mamá.

Al salir del bar me he enganchado con la cortina de alambre y se ha rajado la camiseta. Otra prenda vieja que no sobrevivirá al verano: como los vaqueros cortos o las sandalias, todo acabará quemado en una hoguera. La sensación de tiempo que se acaba, , no sé por qué, me entristece. Era el final de la tarde, cuando va a empezar a oscurecer y se encienden las luces, momentos antes de que sean necesarias. En el pueblo seguía dominando una quietud de clausura. He ido hacia el río sólo porque me atraía el color malva de aquella parte del cielo. La silueta de los chopos parecía azotar al último sol que se colaba en lo alto del páramo. Junto al tojo he visto una mano con un cigarrillo. Era él.

—Hola.

—Hola.

Me he sentado a su lado y hemos estado un rato en silencio.

—¿Qué te pasó anoche? Están convencidos de que nos fuimos de juerga juntos.

Se encogió de hombros. En su rostro no había ninguna expresión. Oscurecía.

—Ya pensaba que tu madre te había clavado un cuchillo o algo así.

Lo dije por romper el silencio, intentando bromear, pero lo hice con voz torpe, tartamudeando. Debió de sonar tan forzado que Miguel sonrió.

—Casi me lo clava, sí —aspiró el humo del cigarrillo—, casi,

casi.

—¿Estuviste en la fiesta de algún pueblo?

—Sí. En Villandiego.

—¿Y fuiste solo?

Asintió con la cabeza. No había levantado la vista del suelo en todo el tiempo: me acuclillé para mirarle los ojos. Tenía la luna a sus espaldas, recortada por su cabeza. Tuve la impresión de estar en la capilla del seminario, ante la imagen de uno de esos santos jesuitas, algún mártir joven, de rostro enjuto, con sombra de barba y la mirada perdida.

—¿Te pasa algo, Miguel?

Tiró la colilla al río. Observó cómo flotaba en el tojo. Luego se levantó, se quitó la camisa, el pantalón y se quedó en calzoncillos.

—¿No irás a bañarte ahora?

Se zambulló de cabeza en el agua. De repente las ranas dejaron de croar y se oyeron saltitos aquí y allá: habían seguido su ejemplo. Yo me quedé fumando en la orilla.

—La vida es una mierda —le oí gritar, con tono festivo. Y al punto se carcajeó. Empezó a chapotear con los pies, a levantar agua.

—¡Venga, ven a bañarte!

La alegría parecía haber vuelto a Miguel. Y yo sabía que ya no contaría nada de la noche pasada, jamás. Que actuaría como si no la hubiera vivido. Había ocurrido otras veces. Tantas cosas quedaban tácitas entre él y yo que llegaba a tener la sensación de que éramos dos desconocidos que compartíamos algún tramo de nuestro tiempo por casualidad, como dos viajeros en un tren, sin más vínculo que el obligado de soportar el mismo itinerario. Él era la

única persona a la que, sin mentir ni exagerar, podía llamar mi amigo y esa certeza me inundaba de soledad, me hacía sentir que la vida era injusta conmigo. Únicamente nos relacionábamos con naturalidad cuando estábamos con la pandilla del pueblo, rodeados de gente. Solos, siempre acabábamos callados, aburridos, esquivándonos la mirada. Me desnudé y me lancé sobre él, a jugar en el agua como dos chiquillos.

He cenado en silencio. Mi madre iba y venía de la gloria a la cocina. Me ha oído estornudar y refunfuña: «no sé qué te dan en el río». Su única inquietud, yo lo sé, es que me voy pasado mañana.

El asunto Tornasol

Ignacio Galaz

En septiembre un tifón provocó olas de proporciones próximas a las de un tsunami, que llegaron a la bahía, donde se anclaba la ciudad en una isla artificial.

Yasukata Tsutsui: *Hombres salmonela en el planeta porno.*

Tornasol, sujetando las riendas de su yegua, señaló la raya del horizonte. En la muñeca derecha llevaba una pulsera tan ancha como la unión de los dedos meñique, anular, corazón e índice, y tan gruesa como el pulgar. Era la alhaja principal de la momia inca de Rascar Capac, señor de las cumbres...

(Disculpen, pero, como narrador despistado que soy, acabo de percatarme de que esta escena se corresponde con un episodio de una película de serie B titulada *El Valle de las Momias*, la única en la que Tornasol, que entonces tenía veinticuatro años, interpretó un papel de trece minutos como actor secundario, al que el maquillaje impedía reconocer. Regresemos pues al presente, treinta años después, pasando del cine a la televisión).

En la cabeza numismática de Tornasol (esto es, digna de ser acuñada en un dólar de plata debido a su proporción armoniosa) destacaba el cráneo, de perfección planetaria — digamos saturniana—, que se afeitaba cada tres días mediante navaja barbera (era digno de ver al susodicho, apretando las cachas de nácar con mano tremenda, raer su piel con la sola lubricación del agua que manaba por doquier en aquella isla de chiste).

Acompañaban a Tornasol dos jóvenes asexuados que respondían a los nombres de Fideo y Crispín. El primero llevaba una lira; el segundo vestía jubón y calzas de color amarillo. En este momento los tres recorrían a paso lento el perímetro de la isla.

Los ojos de Tornasol, pequeños y escrutadores zafiros, observaban la franja de agua quieta, de una anchura no superior a diez metros, que los rodeaba. Varias cámaras seguían sus movimientos sin perder detalle. Ahora se arrepentía de haber aceptado participar en el concurso *Una isla para ti y tus amigos*. Miró a sus acompañantes, que marchaban algo más retrasados. No comprendía cómo una persona podía nacer sin atributos sexuales (comentaban —eso sí— que ya había en España nueve individuos de este jaez, todos hijos de padres que se habían bañado a menudo en la bahía de Algeciras). El programa de televisión llevaba tres años en antena y había recurrido ya a parejas heterosexuales, homosexuales, bisexuales, hermafroditas y transexuales para acompañar al personaje famoso que acudía a la isla. Solo faltaba echar mano de asexuados, el colmo de la sofisticación.

Tornasol no era famoso. Había trabajado toda su vida como especialista de cine, realizando las escenas arriesgadas en películas de acción. Ahora, tras un accidente de automóvil que le dejó maltrecho, malvivía en el desierto almeriense de Tabernas imitando a los *cowboys* y emborrachándose con coñac barato. La suerte quiso que un realizador le llamara por su parecido físico con un indeseable que acaparaba los platós de los programas encuadrados en la llamada televisión basura. Como el caché del tipo resultaba muy elevado, recurrieron a Tornasol.

La mecánica del programa *Una isla para ti y tus amigos* era simple: en un islote artificial rodeado por un foso inundado, convivían durante una semana tres individuos. El islote constaba de una estructura hueca de fibra de vidrio y tubos de metal más unas conducciones que suministraban agua a varios manantiales diseminados por la superficie (lo que no sabían los concursantes era que el agua que bebían se extraía del foso y regresaba a él por arroyos que corrían entre piedras de cartón). Sobre esa estructura se había colocado una capa de hierba sintética y se habían plantado palmeras de plástico rígido.

El director del programa, un perturbado mental llamado Ranxerox, había alquilado a un zoológico varios cocodrilos del Nilo para arrojarlos al foso, interrumpiendo *sine die* su alimentación a base de pollo. La inversión mereció la pena, ya que seis heterosexuales, cuatro homosexuales, un hermafrodita y dos famosos, al tratar de ganar la otra orilla con desesperación, fueron atrapados por las fauces de los reptiles (las cámaras de alta definición no perdieron detalle). En la isla no había alimento. Además el agua provocaba

diarreas a todo aquel que la bebía. Los concursantes solo disponían de un arpón ballenero para intentar cazar uno de los cocodrilos, eviscerarlo, destazarlo y asarlo en una barbacoa. Aunque el programa se realizaba en verano, bajo un sol inclemente, si se producía una tormenta los concursantes no podían resguardarse. Pese a condiciones tan duras —algunos de los participantes habían permanecido sin probar bocado durante toda la semana, tumbados sobre la yerba artificial y lamentando la hora en que cruzaron el puente levadizo—, los premios en metálico resarcían tan mal trago.

Ranxerox tenía nuevos programas en la recámara. Tarde o temprano *Una isla para ti y tus amigos* perdería audiencia, por lo que había tanteado hospitales para grabar operaciones quirúrgicas en directo con la venia remunerada de médicos y pacientes; también había mantenido conversaciones con el canciller de la embajada española en Teherán para que le facilitara el contacto con alguna autoridad iraní, a fin de que le permitiesen rodar castigos ejemplares, como la amputación de manos, o ejecuciones públicas en estadios deportivos mediante ahorcamiento, con los reos pendientes de grúas (filmar una lapidación a una mujer adúltera resultaba más complicado, dada la presión internacional, pero el dinero podría allanar el camino).

Ranxerox, al ser tachado de amoral por algún periodista, se parapetaba diciendo que él estaba respaldado por las cifras de audiencia, pues si un programa no era visto por un número determinado de espectadores se eliminaba de la parrilla televisiva.

Tornasol tenía hambre (llevaba lunes y martes sin comer). Se acercó a la orilla del foso y contempló el agua sucia. Crispín y Fideo continuaron manteniéndose a distancia prudente de aquel jaque que enarbolaba sin miedo el arpón. Quiso la fortuna que un cocodrilo estuviera dormitando sobre la arena de la ribera. Tornasol se acercó despacio y lanzó el arpón, que rebotó en el dorso de la bestia. A continuación el cocodrilo se sumergió en el agua con estrépito mientras Tornasol profería un juramento (Crispín y Fideo se abrazaron asustados).

—¡Ya me estáis buscando coquinas y camarones! —les conminó.

—Pero si esto no es el mar —replicó Fideo.

—Es una zanja recubierta con malla de polietileno —añadió Crispín, que trabajaba en un despacho de aparejadores.

Tornasol comprendió que no podía proyectar su enfado sobre aquellos dos infelices, los cuales, a buen seguro, necesitaban el dinero tanto como él (en realidad no lo necesitaban, ya que una revista de tirada nacional les había pagado generosamente por posar desnudos en sus páginas interiores, ilustrando un texto que alertaba sobre los altos niveles de contaminación marina por la limpieza de los tanques de petroleros y cargueros en la bahía de Algeciras). A ellos solo les interesaba ser famosos, como a tantos descerebrados —perdón, jóvenes— de su generación.

Llegó el jueves. Crispín y Fideo yacían tumbados bajo una

de las palmeras. Los dos —sin saberlo— sopesaban los pros y los contras de cruzar el canal a nado y llegar hasta la mesa repleta de manjares que se ubicaba no lejos del mecanismo que accionaba el puente levadizo, tras una pequeña valla de protección. Tornasol meditaba más lejos. Ranxerox le pidió a gritos que atrapara un cocodrilo por la cola y le volteara al tiempo que uno de los asexuados le clavaba el arpón. Así tendrían material de primera mano que grabar (también daría juego la operación de destripar al reptil, descuartizarlo, asarlo y devorarlo).

Tornasol se dirigió a la palmera y contó el plan a los chicos.

—Yo voy —dijo Crispín.

Fideo murmuró:

—Avísadme cuando lo hayáis cazado.

Y rasgó la lira.

Tornasol caminó por el perímetro del islote hacia el lugar donde acostumbraba asolearse, con las fauces abiertas, aquel cocodrilo de piel tan dura. Mientras Crispín lo distraía por el frente, Tornasol le cogió la cola por su mitad y trató de ponerlo panza arriba (la cámara —una grúa con cabeza caliente que se desplazaba por unos rieles alrededor del foso— fue aproximada todo lo posible al lugar de la escena). En ese momento Crispín, en vez de arponear al animal, se tiró al agua y empezó a nadar hacia la otra orilla. A punto de alcanzarla fue atrapado por un cocodrilo y arrastrado al fondo (al día siguiente se repitió el programa, que alcanzó una audiencia récord).

Sábado. Tornasol se queda solo (Fideo ha emulado a Crispín, aunque esta vez los cocodrilos, saciados con la carne de su amigo, no lo han molestado, por lo que ha podido acceder a la mesa de los manjares sin contratiempos). Algo debilitado por el hambre y las diarreas, Tornasol se acercó a un manantial y se dispuso a rasurar su cabeza numismática. Lamentaba la muerte inútil de aquel chico. Había creído distinguir jirones de su ropa amarilla en una zona del canal donde la turbidez era menor. Crispín anhelaba la fama —quién no— y en cierta forma la había logrado. El otro ganaría aún más dinero yendo a platós donde contar vida y milagros de su amigo muerto.

Ranxerox volvió a gritarle. Necesitaba acción.

—¡Si te metes en el agua y luchas con un cocodrilo te doblamos el premio!

Tornasol apretó los dientes.

Tras platicar unos minutos con su ayudante de dirección, Ranxerox añadió:

—¡Te lanzaremos un puñal!

Al oír eso Tornasol estalló:

—¡Mecagüen todos tus muertos, hijo de puta!

Ranxerox sonrió.

—¿Quieres que bajemos el puente? Perderás los veinte mil euros... (mantén la toma: ese primer plano de su cara congestionada es insuperable).

De súbito Tornasol se mareó, cayó al suelo y tuvo una visión pasajera: montaba un caballo y en su muñeca relucía —oro puro— la pulsera del inca Rascar Capac. Descendía luego al Valle de las Momias, capitaneando las huestes de los Cadáveres Insepultos y prendiendo fuego a las moradas donde

los Zombis Caribeños llevaban a cabo sus aborrecibles sacrificios. El fuego purificador...

Recuperado del trance, se puso de rodillas y gritó:

—¡No quiero tu cuchillo (ya hay uno junto a la barbacoa); prefiero que me enviéis una lata de gasolina!

—¿Para qué?

—¡Rociaré a ese bicho con ella y lo cocinaré directamente!

Ranxerox pensó que aquel bruto tenía sentido del espectáculo.

—¡Necesitarás fuego!

—¡No hace falta: también hay cerillas junto a la barbacoa!

El director del programa había olvidado por completo la existencia de un cuchillo de carnicero, leña de pino y cerillas de chimenea en el islote (era normal, ya que en los tres años que *Una isla para ti y tus amigos* llevaba emitiéndose nadie había logrado matar un cocodrilo, aunque sí herirlo).

Llegó la noche. Pensando que Tornasol ya no era objeto de interés (durante los primeros días focos muy potentes permitieron grabarles durante la noche, incluso haciendo sus necesidades), los grupos electrógenos fueron desconectados y el personal se fue de copas a la ciudad.

Con energía renovada, Tornasol ascendió hasta el grupo de palmeras y roció la base de sus troncos huecos con gasolina. Luego fue impregnando toda la hierba artificial que pudo hasta que la lata quedó vacía. Una cerilla bastó para provocar la combustión. Las llamas iluminaron la noche de luna nueva. Dos operarios encargados de labores de vigilancia salieron de la carpa donde dormían y descubrieron asombrados el incendio que se iba extendiendo por aquella isla de pega.

Tornasol, enfebrecido y exultante, inició una carrera hacia el canal para intentar salvarse, pero el suelo cedió bajo sus pies en un lugar donde el almacén se hallaba debilitado (ya había caído por esa grieta otro concursante —un humorista venido a menos— hacía diez meses. Se rompió las dos piernas y se fisuró tres vértebras, si bien la operación de rescate permitió rodar un episodio bastante lucido. Por tal motivo Ranxerox dio orden de que no se cerrara, sino que se disimulara con un falso tepe).

Tornasol se encontró de pronto en un túnel. Al fondo brillaba una luz intensa. Avanzó hasta llegar a una bifurcación. A la izquierda un cartel decía: *Esencias patrias*. A la derecha otro rezaba: *Entretenimientos patrios*. Tornasol pensó en las partidas de mus que jugaba en el *saloon* con el resto vaqueros, así que se decantó por el pasillo de la derecha. Llegó a una sala en la que dos pantallas planas de televisión mostraban imágenes. En una se retransmitía un partido de fútbol entre el Real Madrid y el Barcelona (únicamente se oían las barbaridades que los aficionados escupen a árbitros y jugadores del equipo rival, pues la voz del locutor había enmudecido). En la otra discutían varias personas. Una era una chica adornada con una banda carmesí en la que se hallaban escritas tres palabras plateadas: *Princesa del Pueblo*. Destacaba por fea, faltona y follonera. Frente a ella graznaba una mujer madura de buen ver. En medio revoloteaba el conductor del programa, un fante amanerado, maldiciente y murmurador, vestido con chaqueta de lentejuelas y pajarita verde. Tornasol se fijó en la mujer madura; se había retocado el rostro —nariz respingona, pómulos salientes, labios engrosados—, pero continuaba

siendo Valentina, su amor de juventud. La media melena oscura, el cabello liso y recortado a la altura de la frente, los ojos verdes y gatunos... la delataban. Valentina. Había sido una buena actriz. A él lo eligió como amante, pese a ser feo y rudo (o quizá por eso). La historia duró un par de años, hasta que ella se largó a América con un director de cine que la promocionó en Hollywood. Ahora su afición a los casinos y a la cocaína la habían empujado a peregrinar por los estudios de televisión aireando sus miserias. Los ojos de Tornasol se humedecieron. Valentina.

Cuando despertó, Tornasol se encontró rodeado por el equipo de Ranxerox. Estaba magullado y con algunas quemaduras, pero vivo. La isla artificial se había convertido en un amasijo de hierros retorcidos y fibra de vidrio fundida. Los operarios del zoo intentaban atrapar a los cocodrilos mediante lazos corredizos.

Ha transcurrido una semana. Tornasol gesticula mientras el presentador enciende el ambiente. Necesitará un abogado: la productora de *Una isla para ti y tus amigos* ha interpuesto una demanda contra él por daños y perjuicios. Enfrente, unos que se dicen periodistas le arrojan palabras que se clavan en sus oídos como agujas en un acerico. La cuestión es esta: ¿abusó o no abusó de Crispín y de Fideo durante la noche del tercer día, cuando los focos se apagaron para no alterar más el sueño de los tres, pero los micrófonos de alta sensibilidad captaron gemidos con diferente timbre? Fideo así lo afirma.

Tornasol aprieta el puño y contempla su muñeca diestra. Quién tuviera una montura y la pulsera de Rascar Capac para barrer tanta inmundicia. Si no fuese por el maldito dinero...

Cuentos incansables

Pablo del Barco

Cuentos casi ni cuentos

Despertó; todo estaba oscuro: la calle, el pensamiento, el amor; y volvió a dormir; se le hizo la luz..., y se le acabaron los sueños.

* * *

Era tanto hombre como mujer. Los días de confusión, que sumaban muchos, no se sentía nada; era sólo una realidad sin espejos.

* * *

Llegó al país, emigrante, para comerse el mundo; se comió su basura, su náusea; pero era el rey, en las cartas, en las conversaciones, en las fotografías con que ilustraba a familiares y amigos de su excelente maravillosa nueva vida.

* * *

No veía el mundo; tenía los ojos demasiado abiertos.

Sobre la belleza

Era la mujer más bella del mundo.
Era la mujer más bellaca del mundo.

* * *

Se despertó una mañana exigiendo a los pájaros su grito.
Lo intuyeron, cantaron, enloquecieron los compases del aire,
la gran tormenta arrasándolo todo, estalló.
Se asfixió la mañana para siempre.

* * *

Imaginen la escena y el resultado; reunión de altura literaria, cena de «trabajo» en la embajada, se habla portugués, brasileño, portuñol, hispanoluso...; aumenta el tono y el brío del lenguaje...; la conversación de ha interesantísima; no se entiende una palabra; así el mundo va feliz, los académicos también.

No es vanidad

Le dijeron que era un buen escritor, le pusieron en

bandeja premios literarios importantes, empezó a vender libros, a firmar para fans en colas interminables, se creyó un excelente creador soplado por las mejores musas, pero un día le acusaron de maltratador treinta y seis personas al unísono; eran los que le habían suministrado temas y textos para sus libros, alumnos de un taller de creación literaria; a todos les había convencido de incapacidad narrativa y poética; pero de aquel juicio que sobrevino y del que fue acusado gravemente, ni su propio padre, el gran editor del país, pudo defenderle.

El anticelulítico ocular

Ocho de cada diez dermatólogos aconsejan el anticelulítico «Amarse»; lo anuncian a bombo y platillo en sus páginas web: prueba sin compromiso, tratamiento inicial gratuito, anestesia también, ojos tapados con tela de seda china en la operación, enfermera bilingüe contra los traumas de la sedación, devueltas en casa a los cinco días, garantía de encontrar nuevo amante en un plazo de dos semanas; no es publicidad engañosa; al despertar se ha producido el sueño, todos se sienten felices; el más feliz, el fabricante de lentillas formateadas que se les implanta sin autorización a las presuntas anticelulitizadas, para que todo lo vean según sus sueños.

La traición

¡Qué frío horrible y yo sin precauciones! Pasó una hora, regresé a casa, apreté el timbre del portero automático, — ¡Tírame el chaquetón de cuero, Laura!— voceé, se asomó en bata, despeinada, cayó la prenda en mis manos, la ajusté al cuerpo helado, al llegar a la oficina metí la mano en el bolsillo para sacar las llaves; no eran las mías, pero había un libro, que vi extrañado mientras notaba un tono diferente y otros botones en el chaquetón; ¡un libro de Paulo Coelho! Entonces, sentí un terrible dolor, un horror mayor que el de saber que Laura me había traicionado.

Ciruelita

Para glotonear más me subí al ciruelo; allí arriba, escondido, era el rey sin ley. Comencé por la primera y terminé por la última ciruela, como es natural. Agotadas las dulces prendas, aunque no el deseo de la fruta, seguí por mis manos, llenas de dulce melaza, por mis brazos, por todo mi cuerpo, hecho ahora al sabor y olor de pura ciruela. Desesperado al terminar de engullirlo, sin saciar el deseo, continué por las ramas más tiernas del árbol..., reventando en su propia savia, ensamblándome con ella, que me consumía por todos los quiebros y caminos interiores, hasta quedarme ya ciruela para siempre, sentir crecer los leves frutos que alimentaran otras bocas, y esperar, como hace el árbol desde su nacimiento..., a que alguien quisiera disfrutar de mí.

Llegó al fin, sentí que me tomaba delicadamente en su mano, me acercaba a su boca; el primer mordisco en mi suave y nueva piel lo sentí como un sueño cumplido, como la más profunda y bella hendidura de amor, y el amor de ella es lo que había conseguido para la eternidad.

El paquete del premio

Con qué ilusión hizo el paquete, más que al escribir el libro; se pensaba ganadora, era el mejor poemario del momento; Blaca Varela, la antipática Gabriela Mistral, la Pizarnick y Lucía andaban por allí revueltas, saudosas, reinas del verso aplaudiendo a la nueva adalid: Pulchra Inocencia. Pensaba que su nombre ya lo decía todo. Y así fue: el jurado estaba compuesto por poetas del diente retorcido, con más plomo que una diana, sensible a los nombres, maquillados de lobo feroz contra la poesía huera de autores hueros: el nombre de ella lo decía todo. El paquete era espectacular; las empleadas de la Institución lo colocaron en un estante, sin abrir, perfecto, como modelo de paquetería cultural. Pero el premio era de poesía, no de marketing, y así se malogró la gran poetisa del momento.

Ojos que no ven

Estaba en la última fila, mirando con sus ojos de miope,

miope como siempre, atenta como miope de siempre, y pensaba qué pensaba y qué sentía ella, tan atenta, tan distante en su mirada de miope, ojos azules, bellísimos, transparentes pero..., desde el fondo de la sala alargaba la distancia, y yo pretendía acercarme a ella desde el estrado en el que hablaba, pero sentía siempre el frío de sus ojos, lo impenetrable en su transparencia, y un dardo que me penetraba hasta la nuca. Quería y no podía ver, todos los planos de visión aparecían uniformes, planos, era todo una línea sin fin, un hilo tenso entre los dos, creí que la tenía perdida para siempre, pero comenzó a moverse el hilo sin perder la tensión, a acortarse la distancia, arrastrándome hasta entrar, en perfecto equilibrio, por el eje de su ojo, ciego y seguro. Desde entonces, desde su miopía, me invento con ella la más fabulosa realidad a cada rato.

Teoría del YO

Harto de gafas —para cerca, para lejos, para el ordenador, para el placer—, todas me abandonaron por decisión mía. Así, a pelo, miré el culo del vaso, me veía perfectamente, tan real que me dio miedo, era un yo más que yo; para asustar al miedo quise apagar la sed, incliné ligeramente el vaso, sentí que comenzaba aquel maldito vértigo que me aturdí desde hace algún tiempo, perdía la vertical, más inclinado, perdía el plano, inclinado hacia el vacío, en dirección al suelo, deslizándome más rápido, maaás, máaaasss, perdiéndome de vista, sintiendo que algo mío penetraba en mí, que fluyo y

desaparezco, no me veo, no me siento, no..., no puedo sostener el vaso que se estrella contra el suelo.

Claudia entra en la habitación, me llama: —Rubén, Rubén... Rubén...—; angustiada, sale corriendo dando gritos con mi nombre —Rubén!, Rubén!, Rubén...!—; nadie le avisó que yo podía desaparecer ni le había dado yo sospechas de estar en otros brazos.

En el suelo los pedazos de vidrio del vaso hacen divertidos guiños al vacío, estrepitosamente; al fin conseguí beberme, todo para mí, doble, definitivamente y para siempre.

El vértigo

Se levantó y volvió a caer; todo le daba vueltas. Llamó a gritos, las palabras se volvieron contra él, le dañaron el rostro, le agrietaron la seguridad y la valentía. Leo, el perro, le miraba con curiosidad, y comenzó a ladrarle, con la valentía que a él le iba faltando. Notaba que le aumentaban los pechos, se le hacían redondos y sensuales, sentía calor en el vientre, o no sentía el frío habitual, los muslos se le redondeaban, también el culo, ahora musculoso y carnal, y el bulto de entre las piernas ya no lo sentía, no estaba; en su lugar se desarrollaba una espléndida mata de pelo, negra, dura, acaracolada, brillante. Le llamaban, por otro nombre: ¡Sara! ¡Sara! ¡Sara!...

No era un sueño, no tuvo que despertarse, se sintió mujer, era mujer, sonrió con orgullo; se prometió no decírselo a nadie; estaban los paparazzi en la puerta. Abrió la ventana

sobre el mar, saltó al vacío; en su rostro se dibujaba aún la sonrisa feliz; fue lo último que pudo saberse de él, que él pudo saber de sí mismo(a).

La caca del perro

Estaba sucia la calle, sucia la ciudad. Acostumbraban los habitantes a orinar en cualquier lugar, en cualquier pared. Los perros regaban las aceras con sus excrementos; las bolsas de recogida aumentaban en sus dispensarios, nadie las usaba. Olía mal, inventaron procesiones todos los atardeceres para que el olor a incienso tapara aquel hedor. Para ocultar la desidia con las bolsas de los excrementos decidieron transformarlas en flores artificiales; nació un colectivo notable de artesanos que aumentaban la calidad y la producción de flores para decorar las imágenes que aquel pueblo, tan devoto y tan sucio, devoraba con emoción.

Llegó un día la venganza; los orines, los olores se volvieron contra los habitantes, fueron a sus orígenes, hinchándose de manera desahogada; las cacas de los perros decidieron introducirse en su destino, las bolsas disfrazadas de flores, que con el peso reventaron, fueron esparciéndose, cubriendo las imágenes, los mantos, los varales, las cornetas y tambores, las cruces de guía, los espacios entre cofrades. Sólo salvaron su espacio los descreídos de aquellas celebraciones. Al cabo de un tiempo las estadísticas ofrecieron una explicación: ninguno de los no afectados pertenecía a una cofradía; ninguno de estos abandonaba los excrementos del perro en las

calles de la ciudad.

La paja de Joan

He perdido la memoria; coloqué ayer el título del cuento y no sé qué intentaba escribir, no me pasa a menudo, pero ayer estaba de buen humor y no quería lanzar dardos venenosos contra el mundo; además, me había enterado de que la malvada de mi vecina había abortado y así el mundo mejoraría con ello; no era la caída de Bush, ni las pérdidas millonarias de algunos millonarios universales por la zancadilla de otro millonario universal prestigioso; ni que la oposición política echara más basura sin justificar contra el gobierno –de tan burda no se lo cree nadie–; estoy obligado a pensar, porque el título de una obra literaria no puede despreciarse; decía mi profesor de literatura que de algunas obras lo mejor es el título y de otras el trasero del autor; Joan es gordo, robusto, amariconado, con dos buenas tetas como dos..., le hice el protagonista en los preludios de la narración; pero no acierto con lo de la paja; tal vez le crea un excelente trabajador en la granja de su padre, o psicópata onanista incansable, o tal vez quería decir que no ve la viga en su ojo y sí la paja en el ajeno, o que...; no, no, eso que pienso ahora es desvarío, cosa de mi caos permanente y no permito a nadie que penetre en él; es fuerte el asunto, inhumano, y ni siquiera en estos tiempos de fin de año resulta agradable; sí recuerdo que Joan despotricaba contra la Navidad, pero era luego el que iniciaba el derroche, el consumismo, las

celebraciones, la incoherencia, la batalla contra lo racional, asumido hasta transformarlo todo en un pulso con la realidad en el que a priori y feliz se dejaba vencer; y la paja se opone a la firmeza; tal vez haya pensado en eso, pero da igual, el título queda redondo y justifica el relato; además, el nombre en catalán, me da cierto aire universalista como autor, y la ambigüedad, y lo absurdo, y lo vacío, ¿no es cierto, querido lector?

El egoísta

La sociedad me hizo así, más egoísta que nadie. Decidí aprovecharlo todo en mi beneficio. Como era inventor de cuentos, o así me lo creía, pensé que lo más beneficioso para mi ego sería verter en estas narraciones lo que la vida cotidiana me ofreciera. Pero enseguida empezó a traicionarme la realidad, que en mí consistía en trabucarlo todo, reinventar aquella sarta de elementos aburridos que era lo que me ocurría cada día. Las cacas de perro sobre el pavimento, eran espléndidos cuadros plásticos y con ellos abrí una carpeta en mi ordenador para publicar más tarde un catálogo con estas espontáneas, multidiversas y a veces inapreciables obras artísticas. Los orines de mujeres y hombres vertidos con escaso respeto en rincones del centro de la ciudad se me convertían en fábrica de fragancias imperecederas. Los asesinatos eran prueba de las facultades inaprovechadas del ser humano en ocasiones. Los maltratos a niños eran en mi subconsciente pruebas radicales de la más

bizarra justicia. El trato espurio de la mujer lo creía una prueba radical de la fuerza insoslayable de la naturaleza. Me quedaba horas enteras escuchando los bocinazos que provocaban el intenso tráfico en la ciudad, sin entender que se despreciara aquel abundante caudal de músicas aptas para todos los públicos. Y los lamentos de los paseantes sobre las dificultades económica, por ejemplo..., qué desprecio argumental para los excesos del sexo y de los amores automáticos. Los borrachos y las prostitutas, y sobre todo los transexuales, era los únicos sobre los que no tenía voluntad ni capacidad de transformación: estaban justos en un medio, un tiempo y un espacio justo. Lo reuní todo en un libro; fue un éxito de ventas. Al final comprendí que, quien más quien menos, anda, en privado, a bofetadas con la realidad.

El morito generoso

Le llamaré Guaja. No sé su nombre pero siempre acababa así la frase; guaja. Me enseñó todos los hoteles de la pequeña ciudad; me pilló en la hora tonta y le seguí; puedo escribir una antología de aposentos nada recomendables. Al despedirle me enseña «un tesoro» que tiene en la mano y que me quiere regalar; acepto el regalo: —Doscientos dirhams — me dice, por el regalo, un pellizco de hachís; trato de convencerle de que un regalo es un regalo: —Yo no vender, y o regalar. —Dame. —Sí, doscientos dirhams—. No hay quien le convenza. Me invita a té, en casa, con su hermana. Me ofrece a su hermana, sin preguntarle, que se ofrece, también gratis,

generosa. Entramos en su cuarto, sensual, aromatizado, reluciente. Hace la danza del vientre; empieza a quitarse la ropa y yo a ponerme. En el momento crucial —¡qué cruz, dios mío!— me enseña un documento: —Tú firmar—. Es un compromiso de casamiento. Le digo que no puedo, que estoy casado en mi país. —Tú, ¿cuántas mujeres?—. Le digo que una (una mentira): —Mi país poder cuatro, a mí no importar—. Bendito regalo; le digo que soy gay para desanimarla; tampoco le importa. Y menos al hermano, que llega con un alfanje de 1,50, metros, claro, y que o hay boda o nunca más sexo ni amor. —Yo no prohibir, mi hermana ser regalo, y o no querer nada, sólo tú firmar el documento—. Y firmo porque, después de todo, te regalan la vida que luego te quitan, te regalan la felicidad que más tarde te venden tan cara, te brindan amor que acaba, en el mejor de los casos, con divorcio; ganas hijos que al fin se pierden o te pierden; dinero que el gobierno entre crisis y enjuagues bancarios hace volar. Después de todo, el regalo del «guaja» no estaba tan mal, como la hermana. Yo me comprometía a dejarle mi herencia —después de muerto, para qué me servía—. Y, a fin de cuentas, tenía que agradecer la generosidad del regalo, que era un regalo, ¿entendiste?

Ya no hay títulos

Dada la intensidad, variedad, vaciedad, insulsez, vanagloria, gratuidad y escasa ambigüedad de los textos literarios en la actualidad y la valoración de muchas obras

sólo por el título (sin que conste que analistas, críticos, reseñadores y otras especies de igual calaña se lean más allá de los resúmenes de las mismas, queda prohibida la asignación de cualquier título en la forma tradicional para obras literarias, nominándolas apenas por una letra y un número, asépticos, y convenientemente registrados en el «Catálogo de obras para la superación del escaso mérito de las mismas en la época actual».

(Este decreto de la Academia de la Lengua, a punto de ser editado, fue anulado por decisión del Presidente de la misma, propietario y director de la más importante editorial del país, publicadora –no podía ser menos- de toda la morralla literaria del país y, excepcionalmente, de alguna obra de autor con talento, perdida irremisiblemente entre el limo total.)

Acta encontrada entre los restos de la Biblioteca de Constantinopla con motivo de los severos acontecimientos y consecuencia de la guerra de Irak, en el año que ya olvidaron todas las crónicas.

El sueño cifrado

Era aquel exactamente el número; lo había marcado mil, miles de miles de veces, con el deseo detrás, aumentando, reventando, destrozándome. Era noviembre, pusimos -Aída y yo- abril como límite, no hubiéramos podido atravesar la

primavera y su explosión de sensaciones. Era el sueño iniciado por teléfono, un día que él llamó por error y ya se quedó atrapado por la voz de ella. Teléfono fijo, de mesa, con incrustaciones de alabastro el de ella, el mío de un vulgar plástico rojo desvaído, acostumbrado a manoseos nocturnos, a largas inútiles conversaciones amorosas. Llegué a la ciudad lejana en un vuelo barato, sin comer, sin beber, estrujado en el asiento del avión, oliendo a vaca de mi convecina, todo un lujo en manteca movable; pero me esperaba ella; bajé de la nave, arrastré mi maleta por el aeropuerto, vi el teléfono público, llamé nervioso, respondió una voz horrible, metálica, asustadora:

—Error, este número no existe. Error, este número no existe.

Insistí, llamé mil, miles de veces, siempre la misma respuesta:

—Error, este número no existe. Error, este número no existe.

Viaje inútil, deseo inútil, pasión inútil, sueño inútil. Tomé el primer vuelo de regreso, ni quise visitar la ciudad. Nunca más Aída, nunca más el deseo, nunca más el amor.

Nunca supe qué ocurrió. Pero quien más sufrió fue su amiga Irene, todo el tiempo al teléfono con aquella voz simulada de metálico, ante el ataque de ansiedad y miedo que su amiga Aída sufrió al saber que Geldon había llegado al aeropuerto para cumplir su pasión.

El equilibrio del mundo

Tres historias secundarias de la humanidad

Carlos Contreras Elvira

Stroh

Hasta que Tom Waits (*Swordfishtrombones*, 1983), Shakira (*Gira mundial*, 2011) y Diego Galaz (*Festival de Instrumentos Insólitos*, 2011) dieran a conocer el mayor de sus inventos, Johannes Matthias Augustus Stroh (1828-1914) había pasado con más pena que gloria por el mundo. Cuarto hijo de una las mejores familias de Frankfurt y habitual en toda fiesta que mezclara mujeres y aguardiente, en su vida sólo se le conocen dos pasiones: la mecánica y la acústica. La primera pudo frecuentarla gracias a la imposición paterna de estudiar ingeniería y explica sus continuos fracasos amorosos; la segunda le vino dada por esa dulce demencia llamada Revolución Industrial y por el deseo materno de completar su formación con estudios de violín. A los veintitrés, siendo ya ingeniero, es expulsado de la Orquesta Sinfónica de Frankfurt por inventarse el pasado de un fagotista sin sentido del humor, incidente que le anima a viajar como polizón a la Exposición Universal de Londres (1851) ignorando que ya no regresaría. La razón se llamaba

Charles Wheatstone (1802-1875), científico de dudosa reputación que le ofrece unirse a su taller para perfeccionar algunos ingenios mecánicos. Johann acepta y se muda al 42 de Hampstead Road desoyendo la negativa de sus padres, lo que más tarde significará su expulsión de la familia. Nunca se arrepintió y en los 60's abre una tienda que da salida a las máquinas desarrolladas con Wheatstone. El local, que llega a contar con cincuenta y cuatro peones y diez aprendices, alcanza una gran popularidad por lo insólito de su escaparate, donde destaca el telégrafo eléctrico (1866) que él mismo desarrolló sin imaginar que sería su jefe el que pasaría a la historia al patentarlo junto a su colega William Fothergill Cooke (1806-1879). Cansado de enriquecer con su talento a los demás, en 1868 deja el taller para ser funcionario en la British Telegraph Manufactory, al tiempo que vuelve a refugiarse en la música. Así, forma parte de un cuarteto que todo UK cree un trío porque las grabaciones de la época no registran con suficiencia el sonido del violín, lo que le acarrea variados disgustos, como el arresto que sufre durante un concierto en Brighton al ser considerado un intruso sobre el escenario. Inquieto por que la Historia volviera a soslayarle, se encierra durante meses, disparando un sinfín de rumores que acallará al reaparecer públicamente con un híbrido de violín y gramófono. El artilugio, patentado como «violín Stroh» (1899), logra que el sonido del instrumento sea grabado y alcanza cotas legendarias hasta que el resto de músicos protestan porque ahora es a ellos a los que no se escucha. Aquejado de neurastenia y de síndrome de Diógenes antes de que se tipificara, Stroh pasó sus últimos días como funcionario de

Correos en una oficina de Candem. En ella, se enviaba telegramas gratis a sí mismo, en los que cifraba breves biografías inventadas de inventores que luego archivaba por orden alfabético y de los que sólo se conservan los resguardos. Nadie le echó de menos cuando, estallada la Gran Guerra, una embolia volvió sus ojos hacia atrás mientras dormía la mona en una pensión de Clerkenwell.

Angelina Beloff

Aunque Elena Poniatowska diera a conocer su triste biografía en el epistolario *Querido Diego, te abraza Quiela* (1978) y Diego Rivera la inmortalizara en su *Retrato de Angelina Beloff* (1909), el itinerario vital e intelectual de Angelina Petrovna Belova (1879-1969) ha pasado a la historia como uno de esos cruces de caminos en los que se pierde todo el mundo. Nacida en el seno de una familia liberal de la clase media, estudiante de pediatría durante el día y alumna de una academia de pintura por la noche, de ella se ha dicho que fue amante simultánea de los hermanos Eliseev; que Mayakovsky le dedicó varios poemas asignados a Lilia Brik y Tatiana Yákovleva; que ayudó como correctora a Pasternak durante la escritura de *Doctor Zhivago* (1957); que rivalizaba en belleza con la mismísima Natalia Goncharova —mujer de Pushkin— o que tenía tatuado en el muslo izquierdo un verso de Gorki en cirílico. Sea como fuere, su verdadera vida comienza en 1909, año en que abandona los estudios de pediatría para ingresar en la Academia Imperial

de Bellas Artes de San Petersburgo. Una disciplina que roza lo militar y su portentoso uso de la técnica son sólo dos de las razones por las que sus maestros deciden becarla en la Academia que Henri Matisse tiene en París. Desde allí pasa a la de Anglada Camarasa, donde conoce a la pintora cántabra María Gutiérrez Blanchard. De la estrecha relación entrambas —con la que algún trasnochado ha querido fantasear— surge el viaje que hacen a Londres y Brujas, siendo en la ciudad belga donde conocen a Diego Rivera, que le pondrá el cariñoso mote de Quiela y con quien compartirán piso y estudio a su regreso a París. Es precisamente en el N^o 3 de la Rue Bagneux donde el destino disloca la existencia de Beloff con un giro inesperado. Una tarde en la que María sale al teatro, Rivera pide a Quiela que le sirva de modelo y ella acepta desoyendo a su intuición, lo que deriva en una sarta de apasionados revolcones entre lienzos y pinturas que ponen la única nota de color a un matrimonio gris que, a lo largo de doce años, incluye el nacimiento y la muerte de Dieguito —el niño que les roba la gripe— y las continuas infidelidades del pintor, que termina por regresar a México con la promesa de enviarle dinero para reunirse con ella en el D.F. Tras once años sin noticias, Angelina consigue ahorrar lo suficiente como para ir a buscarle, pero al llegar descubre que se ha vuelto a casar dos veces. Por si fuera poco, cuando al fin se encuentran en público, Rivera finge no conocerla, lo que le lleva a pensar en el suicidio. Tras llenar de convicciones católicas un cuerpo vacío, Beloff se rehace como maestra de grabado e ilustradora, lo que queda patente en las acuarelas que ejecuta para varios cuentos de Andersen y London. La publicación de *Teatro Guñol* (1945) y algunas muestras

colectivas en el Salón de la Plástica Mexicana —que funda en 1949— son sus últimas alegrías. Veinte años después, el mundo sigue tan conmovido por la muerte de Rivera que nadie se detiene a pensar en esa vieja rusa que, en un catre de Coyoacán, cierra sus noventa años sobre sí misma como los pétalos de una flor nocturna.

Richard Mutt

El nombre completo de la compañía era *J. L. Mott Iron Works* y no hay que ser un lince para saber que la mitad del nombre refería a su fundador —Jordan L. Mott— y la otra al servicio que ofrecía: estufas, hornos, depósitos y plomería en general. La primera tienda se inauguró en Mott Haven, en el Bronx de Nueva York, hacia 1828 y, a la muerte de Jordan padre, Jordan Jr. se hizo cargo de un negocio que popularizaría gracias a tres medidas con las que quiso domar a la suerte: la primera fue participar en la Exposición del Centenario de Filadelfia (1876), para la que construyó una fuente de hierro fundido que colgó a veinticinco metros de altura y que apareció en todos los periódicos; la segunda, trasladar las oficinas y showrooms a la Quinta Avenida, donde dispuso siete llamativos escaparates y la tercera, contratar a una veintena de muchachos que repartían publicidad por todo Manhattan. Seguramente fue uno de ellos quien, a finales de 1916, entró en el local que mi padre tenía en Lexington Ave. para resguardarse del frío con un trago. O quizá el papel llegó de la mano de algún cliente que lo olvidó

justo en la mesa del fondo. Qué más da. El caso es que en ella solían sentarse tres pobres diablos y que aquel día discutían sobre una exposición de Artistas Independientes o algo así. La cosa, por lo que pude entender, consistía en que cada participante pagaba seis pavos a cambio del derecho a exponer su obra. No había un jurado que decidiera qué valía y qué no, ni un premio para el mejor, así que ya puede usted imaginar la seriedad del asunto. Fue entonces —mientras uno de ellos giraba el papelito sobre la mesa poniendo boca arriba o boca abajo los artículos que ofertaba— cuando mi padre me hizo acercarme a ellos con seis dólares en la mano y una broma en la cabeza. Al principio se rieron cuando dije que quería participar en la exposición, pero en cuanto les enseñé los seis machacantes miraron la chapa de mi camisa y me dijeron «de acuerdo, Richard, y qué quiere exponer el señorito» a lo que les contesté señalando una de las fotos del impreso. Los tres se miraron confundidos y sólo el que había estado girándolo leyó: «el modelo Bedfordshire es un urinario de fondo plano y auténtica porcelana, fabricado en serie por nuestra compañía». Hubo entonces un silencio raro y mi padre no pudo evitar reírse como no se rió en la vida, antes —claro— de disculparse por mí y hacerme regresar hasta la barra. Puesto que no volvieron, pensé que se habían ofendido, pero el otro día vi en una revista el mismo meadero boca abajo y con el título de *Fountain*. Al parecer un tal Duchamp lo había expuesto en medio mundo bajo la firma de Richard Mutt y acababa de llegar por primera vez a España vía Burgos. ¿Se imagina qué hubiera pasado si mi padre no se hubiese reído aquel día? Porque no hay que ser un lince para saber que la mitad de la firma del objeto que cambió la

historia del arte es mi nombre y la otra el apellido de Jordan Jr., el heredero de la compañía que ofertaba el Bedfordshire a través del papelito.

A veces concretar no sirve de nada

Jesús Pérez Saiz

Algo le ha pasado durante el sueño, una sensación como la de entrar caminando de noche en el mar. ¿La imagináis? ¿Os imagináis a vosotros mismos desnudos, de noche, dentro del mar? ¿La temperatura del agua? ¿Una textura más densa de la habitual?

Quizá habéis pensado que el agua está fría, pero sucede todo lo contrario: es cálida como el de una piscina cubierta en un lugar de sol. Si hay algo parecido al líquido amniótico en el mundo, el agua de ese mar lo es. Y la sensación que deja en el cuerpo. Y más si al final de esa zambullida hay una mujer que tiene los ojos del color de las avellanas —sí, de las avellanas—, y el pezón también, y en una transformación de esas que solo se producen en los sueños la veis subiendo las escaleras de un autobús rojo con un pecho desnudo maravillosamente lleno, y os lo ofrece, y tras ella, al fondo, distinguís la muralla de piedra de un colegio de Cambridge, por poner algún lugar.

Y lo curioso es que esa mujer no es la chica de la facultad que le gustaba, pero se ha convertido en ella al despertar. En su recuerdo y quizá también en la promesa de un por fin. Y la sensación de calidez del agua ha dejado paso en un

nanosegundo a otra sensación: algo parecido al aire fresco de las mañanas de verano. ¿La imagináis? ¿Imagináis esa brisa en la piel? He dicho en un nanosegundo, pero quizá en menos tiempo, quizá en el increíble lapso de un picosegundo, aunque podría haber sido en un zeptosegundo nada más e incluso en un yoctosegundo. No importa. Lo que importa es la transformación y la promesa que esconde. Y el aire fresco en la piel tras el agua. Y el verano. Y el fruto. Y el amor y la vida. Qué palabras, ¿eh?

Desayuna una manzana, tostadas, té y copos de avena. Lo de siempre, aunque esta vez no echa aceite de oliva en las tostadas, sino que las unta con mantequilla y pone encima una capa de mermelada de ciruelas que hacen las monjas de algún lugar. Eso es lo que le ha tocado en la cena de trabajo. La mermelada. Sorteamos regalos inútiles —dos bolas que se chocan entre sí, un bote de perfume vacío con forma de pechos de mujer, de pechos feos, con pezones misil y eso— y bueno, su premio no estuvo mal, aunque él no toma nunca.

Pero ese día se la sirve, y le gusta. Y le alegra tomarla porque hay algo distinto en ese sábado, un sábado en el que podría poner música mientras se ducha. Julio Iglesias. Por qué no. Una milonga. O Frank Sinatra. Y tumbarse después. En la cama. Genial. Desnudo. Qué gusto. Y pensar que la chica del autobús no es un sueño, joder, sino una revelación. Accesible. Sí. Porque sabe dónde vivía ella y podría buscarla también en el ordenador. ¿Por qué no lo abres? Pon su nombre. No tienes más que hacer eso, poner su nombre. No será difícil que encuentres algún hilo del que tirar. Tú le

gustabas. Le gustabas, ¿lo sabes? Han pasado muchos años, cierto, pero quién te dice que no esté esperándote. ¿No lo hacía todos los días en el autobús de la universidad? No era casual, no. Si lo hubiese sido quizá habríais podido hablar de vez en cuando, o saludaros, pero no lo hicisteis. ¿Por qué? Por timidez. Y si había timidez era porque los dos sentíais algo. ¿Es así o no es así? Si hay timidez, hay sentimiento. Y quizá teníais un poco de miedo a encontrar lo que buscabais demasiado pronto; miedo al rechazo, también, y miedo al miedo. Pero el amor puede esperar, a veces incluso le viene bien hacerlo, coger poso, y años, y densidad. ¿O no?

Han pasado veinte años, pero ella igual sigue como tú. ¿No has visto *Qué bello es vivir?* Si James Stewart... ¿Cómo se llamaba? Eso, Bailey, George Bailey. Si Bailey no se hubiese cruzado en el camino de Mary, ella no hubiese sido más que una bibliotecaria soltera y gris.

Es un poco peliculero, cierto, pero ¿no crees que eso es lo que podría haberle pasado a tu chica? Bibliotecaria, soltera, gris... ¿Por qué no lo averiguas? Búscala en internet. Conocías su nombre. Y lo que estudiaba en la facultad. En la caja de cerillas. Así la llamabas. Nunca le hablaste de tu teoría sobre la universidad. Misión: fabricar cerillas. Misión de las cerillas: dar lumbre y extinguirse pronto para que la cadena siga. Hijos de puta. A ella seguro que le gusta tu comparación. Hijos de puta. Lo podéis decir los dos: hijos de puta. Y reíros. Sí, desnudos, claro, antes de, o después de, cerillas de mierda vosotros también, utilizadas y apartadas en cuanto dejéis de ser útiles. Menos mal que tenéis trabajo, y seguridad, y un sueldo a fin de mes, e inteligencia y cultura. Así al menos podéis reíros, y podéis miraros a los ojos

mientras folláis como los últimos habitantes del universo, los que ya no heredaréis la Tierra.

¿Cómo no le vas a gustar? Eres un tipo culto, leído y viajado, ¿o no? Ir a Nepal no lo hace cualquiera. Y coleccionar relojes de bolsillo tampoco: los dos Elgin National Watches son maravillas. Elgin, Illinois, ciudad cercana a Chicago. Elgin, compañía fundada en 1864. Enséñaselos. Búscala. Agáchate, enciende el interruptor de la regleta, el ordenador y prueba a ver.

Se te ha acumulado polvo en los cables. Menuda mierda, ¿eh? Tú superas el ritmo de producción medio de polvo en una casa, mucho más de seis miligramos por metro cuadrado y día, y eres tú solo, joder. Y trabajas fuera. Sí, bueno, la alfombra esa que se deshilacha ayuda, pero ¿no dicen que aproximadamente el setenta por ciento de la composición del polvo son células muertas de piel humana? ¿Pero cómo son esas células? ¿No es su tamaño microscópico? ¿No es cierto que en una gota de sangre puede haber hasta cinco millones de células? ¿Y cómo se caen tantas si tienes cubierto todo el cuerpo de ropa excepto la cabeza y las manos? ¿Y cuántas células muertas hace falta que se acumulen para formar las pelusillas que tienes entre los cables? ¿Ochocientos millones? ¿Y por qué en los cables, con lo escondidos que están? Si allí solo llegas con unos pies que están dentro de unos calcetines negros que a su vez están dentro de unas zapatillas de casa con cuadros escoceses azules y rayas blancas. ¿Desprenderán

células muertas los cables? ¿Y los enchufes? Igual es eso, joder. Y con tantos enchufes, qué quieres. Es lo mínimo que te puede pasar: que tengas polvo, y pelusillas cada semana, y que la pantalla se cubra con hilillos blancos casi invisibles salvo a la luz del día. Es posible que una pantalla grande atraiga más a las células muertas. Y luego, cuando se acumulan muchas, se desprenden y forman esas pelotillas asquerosas que te recuerdan al pelo de rata. Pero tú no quieres una pantalla menor, ¿a que no? ¿Te acuerdas de qué fue lo primero que viste en ella?

Vietnam. Paisajes alucinantes de Vietnam.

Podrías ir juntos. Podrías contarle que Vietnam es importante para ti, que lo es desde París. Al menos desde París. Ya fue casualidad caer en aquel restaurante, ¿eh? Qué gente más amable, joder. Tú solo. Llovía —llovió los cuatro días del puente—. Pero la familia vietnamita era majísima. Y la comida buena de verdad; distinta, pero buena: *Phở*; *Chả giò*. Te lo servía una mujer que hacía una reverencia al dejar el plato en la mesa. Su hija —cinco o cuatro años— pintaba en un cuaderno. No te miró ni una sola vez. Pero te gustó. Te gustaron. Te transmitieron algo. Y luego viste aquella foto de la niña desnuda que huye por la carretera. Y llora. Kim Phuc es su nombre. Tenía nueve años, algo más que la de París. Kim Phuc. La quema el Napalm. Joder. Y no llora. Grita por el dolor que le produce esa mierda pegada a la piel. NAPALM. Una gasolina gelatinosa que combustiona de una forma más lenta y duradera que la gasolina normal. ¿Os lo imagináis? ¿Os imagináis esa gelatina combustionando lentamente en

vuestra piel? ¿En la de Kim Phuc? ¿Lo que tiene que doler?

Hay algo ahí que te atrae de Vietnam, sí, la gente y su mundo, la bahía esa tan famosa, cómo se llama, y los campos de arroz, todo. Y también otra foto en la que un chaval con camisa de cuadros recibe un tiro en la nuca. Eso casi te hizo vomitar, ¿te acuerdas? No es más que un chaval, casi un niño, y tiene las manos en la espalda, atadas, quizá, aunque quizá no, y un tipo que parece un militar vietnamita le pega un tiro en la nuca.

¿Habrá visto ella la foto?

Seguro que sí. Ella es tu par. Lo era y lo es. Y piensa en lo que supone tener una pistola a diez centímetros de la nuca, y en el impacto de la bala al entrar en la cabeza. Es ese momento el que recoge la foto, un nanosegundo en el que la bala —el viento que genera su velocidad— le aplasta al chico el pelo de la sien derecha y le cierra el ojo. Un nanosegundo más, un yoctosegundo más y la foto hubiese reflejado cómo la bala le destroza el cráneo. Así, boom. Se acabó. Pero eso no ocurre. ¿Cómo es posible? ¿Sabéis qué velocidad alcanza una bala de pequeño calibre? Algo menos que la velocidad del sonido, pero ¿cuánto menos? ¿A cuánto puede ir? ¿A novecientos kilómetros por hora? ¿A mil? ¿Mil cien? ¿Habéis visto la foto de una bala atravesando una manzana? El autor tuvo que manipular un estroboscopio que le permitiera una velocidad ultrarrápida, con una exposición de entre $1/50.000$ y $1/1.000.000$, o sea, un segundo dividido en un millón de partes. ¿Cómo es posible que exista un momento así? ¿Cómo es posible hacer la foto de un momento así? Pregunto: ¿cómo es posible?

Vietnam. Te habla de dignidad, ¿eh?, de luchar contra un gigante y vencer. Te atrae. Y seguro que a ella también. Y si no, se lo puedes descubrir tú. Vietnam. Un mundo no tan lejano una vez que estéis juntos, ¿no crees?

Es difícil obviar volutas así de grandes, y de grises. Y solo hace una semana que pasaste el aspirador. Pelotillas y algodoncillos rizados, polvo gris, células muertas. Los cables están llenos. Calcula: veintitrés millones de células muertas en una sola pelusilla. En la que está detrás de la regleta de enchufes. Adivina las que hay en el mueble de la televisión. En el mueble, tras el mueble y debajo del mueble, entre los cinco ruedines. Y en los compartimentos para el devede, y para el descodificador, y para las películas, y para el equipo de música y los discos: lo mejor de Sinatra, Julio y los Dire Straits —siguen siendo jodidamente buenos—; y uno de arias de Alfredo Kraus que te hace llorar. ¿Lo sabes, chica del autobús? Le hace llorar. *E lucevan le stelle*. Lloro como un gilipollas siempre que escucha esa canción.

...

Jazz también. Coltrane. Y la voz de Louis Armstrong, claro. Escúchala ahora si quieres y después vas al ordenador, pones su nombre y la buscas. Y si quieres ver antes algo de Vietnam, lo ves, y si das con ella, se lo dices. Estaba viendo información sobre Vietnam y me he acordado de ti. ¿Sabes quién soy?

Quizá piense que eres uno de esos que va quemando la agenda de chicas hasta el instituto, un cabroncete

desesperado, vaya, e igual te lo hace ver, o te lo dice, esa misma palabra: cabroncete. Podría pensarlo, ¿no crees?, y decírtelo, aunque tú no eres así, no lo has sido nunca; más bien todo lo contrario: más de fantasear con un paseo junto al río, o navegar en un sampán por una bahía de ensueño, de imaginarte con ochenta años rodeado de nietos a los que contar que ella ha sido lo mejor de tu vida.

¿Sabéis cómo la conocí? En el autobús de la facultad, sí, pero cómo di con ella veinte años después...

Sus fantasías de amor van por ahí. Las de sexo son más bien de peli porno; no merece la pena ni mencionarlas.

No había comida y te has tenido que ir corriendo, pero ya la buscarás. Te apetecía algo vietnamita. Pues muy bien, joder, hoy es un día diferente, un sueño diferente y una forma diferente de levantarte. ¿Desde cuándo no te pasaba algo así? No lo recuerdas, no, es imposible que lo recuerdes, hace mucho que no te ponías música y te tirabas en la cama a pensar. Pensar, recordar. Qué bien, joder. El autobús de la universidad. Rojo. Y ella siempre allí. Sentada al fondo. Tú en medio. De pie. Los dos mirando por la ventana. El río. Los árboles. Sin hojas y con hojas. Con hojas verdes y con hojas amarillas. Y la pelusilla de junio. Y los nidos en las ramas desnudas. Gorriones. Te encantan. Y la nieve. Y el hielo. Y los brotes. Y vosotros con vuestras carpetas. Ella a Magisterio y tú a Derecho. Y el Derecho Civil. Coñazo, pero con ella en la cabeza. ¿Qué más daba que el profe os tratara como a niños, que dictara sus apuntes, dictado, como en Primaria, e hiciera exámenes sorpresa porque hay que sabérselo todo de

memoria? Sabías ser cerilla si hacía falta ser cerilla. Además tú siempre has sido de mucha memoria. Los afluentes principales del Duero son el Pisuerga, el Esla, el Tormes... Todavía te acuerdas. Y de algunos números del monasterio de El Escorial: quince claustros, mil doscientas puertas y dos mil seiscientos setenta y tres ventanas. Alucinante, ¿eh? Pues sigues siendo igual, pero con más fondo, con más que aportar. Ya lo demostrarás cuando vuelvas del híper. Después de comer, sí. La buscas. Ahora a lo tuyo. La comida vietnamita. ¿Que no hay? Pues fideos de arroz. Y verduras precocinadas al wok. Y rollitos de primavera. Cógelos. Qué más da que sean chinos. Ya comerás vietnamita cuando vayáis allí, quizá este mismo verano, ¿eh?

Contesta. Es César, ¿no?, tu amigo. Contesta y dile que te viene mal ir a comer, no tienes por qué decirle nada más. Te viene mal. O no te apetece, y ya está. Que puedes ir luego si necesitan un punto, pero que a comer no, que ya has hecho planes.

¿Qué planes?

Planes.

¿Te quieres hacer el interesante?

No. Nada de eso. Pero tampoco le vas a decir que prefieres comer vietnamita, ¿no? ¿O sí? pues díselo: hoy como vietnamita.

¿Vietnamita?

...

¿Qué coño haces tú comiendo vietnamita?

No concretes. Si prefieres no concretar, no concretes.

Vietnamita. Punto.

No es su día, no con las cartas. Les dan revancha, pero él prefiere dejarlo. Así, las cartas sobre el tapete, los garbanzos en el centro de la mesa —Álvaro hace montoncitos de cinco— y ellos recostados en las sillas con una copa en la mano. Whisky. Dos whiskys, gin-tonic y coñac. Y hablar. Eso es lo que más le gusta. Hablar más que jugar. Ya no tiene ningún interés para él ver quién gana. Esa tensión para vencer a tu amigo, para engañarle, doblar su apuesta a mayor o pasarte al juego con treinta y una. Cero interés. Mucho mejor la conversación. Aunque César se haya reído de él con lo de vietnamita:

Pajéate. Es muy bueno contra los sueños, te lo digo yo.

A veces es gilipollas, pero es su amigo, y se llevan bien. Y también hablan de otras cosas. No de ópera, ni de relojes de bolsillo —ninguno sabe lo que es un Elgin—, pero sí de excursiones en bici por la provincia. Y de correr. Y de pelis. Y de un restaurante que los ha sorprendido. A veces de trabajo. Álvaro, por ejemplo, les dice lo de Marta, que es una compañera de la biblioteca con la que estudiaron en el instituto. Que va a tener un niño. Que se ha liado con uno y que es que estaba buena.

Estaba muy buena.

Era tímida con catorce años y con veinticinco. Y no le gustaba llamar la atención, pero tenía un punto, joder, ¿y os acordáis cuando se reía? Si es que era guapa, además, y no tenía tan poca teta.

La justa.

Pero sobre todo era maja, coño, una tía maja.

Y hablan de ella bastante. No suelen hablar de tías en esas partidas, pero esta vez sí lo hacen, de ella, porque les cae bien a todos, aunque hasta ese momento ninguno había pensado en Marta como mujer, como alguien con quien estar, ir a la compra o tener un crío.

Así es la vida, dice César, y aquí el único que tiene futuro es este cabrón, el de la vietnamita.

Igual tiene razón. No con una vietnamita, pero sí con ella, y seguro que César le tendrá envidia, y Álvaro, y Luis, y todos los amigos que aún siguen solteros. A todos les gustaría estar con una tía maja, sensible, que escucha ópera, y lee, y le gusta viajar, y te anima en tus aventuras, y es pasional cuando hace falta, pero sobre todo maja, hay que insistir en ello, con una sonrisa parecida a la de un sueño, y ojos tan marrones que no tienen fondo, y brillantes, y cultos, y de buena gente. Igual se lo puedes decir, tener una conversación seria con ellos y decirselo: es cojonudo esto de las cartas, y tomar copas, y salir al monte con las bicis, o a correr, e ir donde nos dé la puta gana, pero qué vacío, ¿no?, qué triste es a veces llegar a casa y ver que allí no hay nadie más que tu fantasma, ¿no? ¿No os ha pasado eso de entrar por la puerta y tener la sensación de que llegáis a un lago, de que tras la puerta no hay nada más que un lago y no os queda otra que pasar, y andar, y buscar una barca o algo que os lleve a otro sitio, pero comprobáis que no hay barcas, y que el lago no tiene profundidad, solo unos diez centímetros de agua que os empapa los zapatos, y los pies, y los deja fríos, y no hay nada

más? ¿Que tras cerrar la puerta de casa se han desdibujado los contornos del lago, y no hay orillas ni lugar seco alguno? ¿No os ha pasado? Es duro eso, ¿eh?, los pies mojados y no tener con quién hablar de ello, o con quién compartir por ejemplo *E lucevan le stelle* y llorar como un puto mono. Y ver una foto de un tío disparando en la nuca a otro y temblar, joder, temblar porque uno puede sentir el aire de la bala en la piel, y la quemazón y cómo fragmenta los huesos que encuentra a su paso. ¿Sabéis lo que es eso? ¿Lo sabéis?

La criatura de Cantarranas

María Jesús Jabato

[Relato basado en una de las anotaciones de Marcos Palomar, contenida en *Cosas sucedidas en Burgos: sentadas y vistas*].

Noviembre estaba siendo hosco y desabrido. Los días amanecían pardos como el coñac y pardos morían en una sucesión de monotonías quebradas solo por la viveza de la lluvia, que arrancaba de las viejas tejas de los viejos edificios el sonido de una romanza y avivaba el brillo de las hojas derribadas por la moribundia del otoño. El tiempo, el mal tiempo, estaba llamado a ser, por su tozudez, tema de conversación en la ciudad, pero aquellos días no se hablaba de los reveses del clima, sino del marinero italiano venido de Terranova que se alojaba en una fonda de la calle Cantarranas la Mayor, a poca distancia de la Catedral. Los que lo habían visto contaban que medía cuatro codos y un palmo y tenía un tórax velludo y robusto de gladiador romanos. También decían que capturaba peces de las más variadas especies en las frías y violentas aguas de Terranova, frente al Océano Atlántico, allá donde las ballenas jorobadas emergen del mar y dan un salto en el aire como si fueran

delfines antes de volver a sumergir su tonelaje en las aguas. El marinero estaba familiarizado con la luz blanca de aquellas latitudes, con el anchuroso mar y la brega en el barco y no concebía prolongadas estancias en tierra firme, aunque llevaba ya varios meses en tierra española y había llegado a Burgos, camino de Madrid. La razón de su viaje, según se decía en los corrillos de la ciudad, era mostrar en la capital de la Corte una de sus capturas, la más espectacular que nunca nadie haya visto en el mundo, capaz de sorprender al mismísimo Rey. Tal era la expectación creada, que no solo propios, sino también extraños venidos de la comarca y aún de más lejos, hacían cola durante horas ante la puerta del mesón para ver aquella criatura que se exhibía en una de las alcobas interiores.

Varias veces intentó Marcos acercarse a Cantarranas la Mayor, pero el agua y el viento le hicieron desistir otras tantas de esperar turno para contemplar el portento de ultramar, hasta que la apacibilidad de aquel domingo, víspera de la partida del marinero hacia la capital del Reino, le decidió. Era la última posibilidad que tenía de ver por sus propios ojos aquello que calificaban de increíble quienes lo habían contemplado, y no dudó en echar al bolsillo el cuarto que cobraba el marinero por franquear la entrada del mesón.

Aunque era temprano el gentío se congregaba en las inmediaciones del local. Tal era la curiosidad creada que nadie quería perder la ocasión de ver aquella criatura extraordinaria y contendían por conseguir acercarse a la entrada. Un mozalbete desharrapado, a sueldo del navegante, intentaba ordenar en fila a los congregados y cuando tras no pocas voces y esfuerzos lo consiguió, Marcos

comprobó que habrían de pasar varias horas antes de que sus ojos pudieran dar fe de lo que allí se mostraba.

En la espera tuvo ocasión de escuchar distintas versiones de la captura del extraño ser por el marinero, alguna de las cuales le pareció peregrina en extremo, aunque pensó que si extraordinaria era la captura no menos extraordinaria debía ser la proeza de rescatarla de las temibles aguas del océano, y dio crédito a unas y otras explicaciones, ya fueran estas de uno o de otro sesgo, porque hacían la espera más llevadera.

Cuando estaba a un palmo de la entrada del mesón el ayudante del marinero le requirió el pago del cuarto que costaba la entrada, que Marcos entregó con agrado, caldeada como estaba su imaginación por las historias y elucubraciones oídas a los compañeros de espera y las severas admoniciones que el muchacho repetía como una letanía. «El acceso se hará de uno en uno, decía el chico, y se podrá permanecer un minuto en el interior de la alcoba, seguía diciendo, sin que sea permitido tocar al extraordinario ser que en ella se muestra, tanto por seguridad del visitante cuanto porque el amo de la criatura lo tiene terminantemente prohibido».

Marcos accedió inmediatamente después de un hombre enjuto y ya mayor y por ello escéptico, que aseguraba a quien quisiera escucharlo que quería ver lo que se mostraba para comprobar que en su vida había visto todo lo habido y por haber y convencerse de que cuando la muerte llamara a su puerta nada habría en el mundo que no hubiera pasado ante sus ojos.

La puerta del mesón daba acceso a un recinto oscuro, iluminado por una tenue luz que entraba por una ventana

entornada. En la penumbra, la voz de alguien que no pudo distinguir le indicó que subiera las escaleras y entrara en la primera habitación. Allí estaba el marino, sentado a la puerta de la alcoba. Tenía el pelo ensortijado y rubio, como virutas de sol, y el rostro curtido por la brisa del mar. Su brazo poderoso, tatuado con anclas y gruesas cadenas, descansaba sobre una mesa en la que había una jarra de vino. El olor a tabaco de pipa impregnaba la estancia. El hombre movió la cabeza en señal de que podía pasar y abrió el desgastado cortinón que daba acceso a la cámara, cerrándolo tras él.

Marcos se vio entonces en presencia de una mujer con el rostro muy abultado al igual que los ojos, voluminosos y anormalmente redondos, como los de un pez. La nariz era muy chata, casi imperceptible, y tenía el cabello grueso y recio como cerdas de jabalí. Estaba cubierta por pieles de animales de diferentes colores cosidas con sus nervios y calzabas botillas, también de piel y calzones y urgarina o casaca. La mujer tenía la cabeza baja, como un animal hosco, y estaba en una esquina de la alcoba, con los brazos abandonados a lo largo del cuerpo, quieta, casi inmóvil. Marcos la miraba entre atónito y amedrentado pues nunca había visto nada igual; Ni siquiera parecido. De pronto, la mujer levantó la cabeza y fijó sus ojos en él. Una lágrima resbalaba por su deforme mejilla dejando en ella un reguero de luz.

Cumplido el tiempo de la visita, el marinero dio un estridente silbido y volvió a abrir el cortinón. Marcos, que no había articulado palabra durante la contemplación de aquella criatura y pese al poco amigable semblante del

marinero, se atrevió no obstante a preguntarle cuál era su alimento, respondiéndole este de mala gana que carne cruda.

Ya en la calle, los integrantes de la fila que esperaba entrar al mesón preguntaron al afortunado espectador por el extraordinario ser, que Marcos describió cumplidamente agrandando incluso la deformidad del rostro y el salvajismo del aspecto de la mujer, no tanto por poner más expectación donde ya la había cuanto por su natural fantasioso. «Y come carne cruda», dijo para rematar la explicación, sabedor de que acaso no llegaran a conocer tal circunstancia por no tener la previsión o la osadía de preguntar por ello.

La tarde empezaba a declinar. Un viento helador había hecho acto de presencia y la lluvia, otra vez la lluvia, se anunciaba en los gruesos nubarrones que tachonaban el cielo.

Jorge Villalmanzo, hasta aquí y más allá...

Joan Gonper

Por varias veces he querido comenzar el desarrollo de este texto. Al impulso primero repleto de emoción contenida, y nula inspiración sino lágrimas y moco tendido, le han seguido luego otros muchos, muchos más, en los que no he visto la luz para escribir, para recrear, para fotografiar tanta ausencia. Llevado por el estupor, por la intención... de un modo u otro he ido posponiendo traer al papel invenciones, aventuras, encuentros, viajes, ediciones, recuerdos y momentos conjuntos en la relación fraternal con Jorge Villalmanzo. Ante las reiteradas dudas, como en tantísimas ocasiones en estos tropecientos años de comprensión mutua, he deseado poner un mail a jvillalmanzo@yahoo.com o llamarle al 678 701 472, a su teléfono: —Jorge, ¿cómo desentrañamos esta paradoja?...

Fue una extraña sensación. A las tantísimas de la noche, un escueto sms como venido de ninguna parte, llegaba con la noticia. «Jorge ha muerto.» Principio y fin. Luego, nada. El director de un medio de comunicación burgalés pasaba la

monstruosa, cruel y atroz noticia, que ha quedado grabada ahí con fecha de 29 de marzo de 2012. Luego, al día siguiente temprano, la llamada de E., la otra llamada de B., y la confrontación en Google de este reguero de palabras dolosas que advertían del fallecimiento del amigo, del hermano.

Quedó a un lado el cómo. Al otro, las consecuencias de un día de huelga general. Sólo, aquí el estupor. Sólo, el cómo con el cuándo. La soledad. Diré que solo un día antes hablamos por teléfono. Había rematado la exposición «Arte contra la violencia»: «Todos con Sergio». ¡Vente para Toledo!, le dije. Es primavera, está chula la ciudad. Date un fin de semana largo, te relajas y miramos y hablamos y nos damos a la tertulia literaria y al conocimiento histórico. Y este viaje, pospuesto una y otra vez desde el otoño anterior, parecía que se plasmaría por fin.

1. Descansa en paz

Me despierto con la noticia dura y dolorosísimamente inhumana del fallecimiento del hermano, del amigo del alma, del compañero de correrías vitales. ¿Y para qué me lo cuenta usted?, me dirán aquí. Sin enfermedades previas, en un plis plas, sin avisar, sin precedentes, sin tiempo para nada: sin adioses para un tipo que se despedía de corto y de largo enviándote un beso, este puro de corazón y un corazón puro.

Fue un desvanecimiento larguísimo tras un dolor agudo donde la tráquea y izas! Lo siento, no puedo reflexionar sobre

otra cosa en este momento. Digo de él... Durante los últimos veintitantos años fue compadre de correrías literarias y de las otras; yo, su lazarillo; él, mi sombra. También, al revés. Así. Así un tiempo largo que se queda corto, que no debería decirse en el mismo instante en que el amigo fraterno va camino del cementerio, hacia no se sabe dónde... a ese sitio donde se encontrará con poetas, donde haya árboles, donde se haya de ubicar a la gente de bien.

Dos días antes él me lo había dicho. Deberíamos apearnos del mundo. Y él fue y lo hizo, el día de la última huelga general. Nos habíamos comentado sobre un poema de Gioconda Belli, «que todo se detenga, una huelga sin respirar dos minutos, huelga de todo». Y él, lo llevó a cabo. ¡Una huelga naciendo en cada cuerpo a raíz del suyo!

Pero no hay ironías que valgan cuando él ya no está aquí para ironizar vía telefónica cada día después de la jornada laboral. Y cuando ves que su Facebook echa humo con mensajes de condolencia y lágrimas al amigo, al hermano, al burgalés, al generador de mil componendas culturales, al trovador de mil películas... cuando estamos seguros de que sí está ahí al lado, para escucharnos, para decirnos, para oír, cuando le oíamos cariacontecido, cuando le notábamos mimosón o hipocondríaco. Porque es malo morir, vaya que sí, pero con cincuenta y un años es una cabronada del diez.

No quiero creer en el destino ni en las premoniciones. Él era un generador de optimismos y punto. No hay nada más que añadir. Sin embargo, permítanme una lágrima y un silencio, porque aquí y ahora no quiero creer en nada. Días antes hacíamos planes para ese fin de semana: acercarnos a Toledo a ver la floración en los alrededores del Tajo y darnos

al contubernio literario con los colegas de florituras creativas de esa otra Castilla. Y ahí es cuando te dicen en mensaje corto «Jorge ha muerto». Y como si conocieses a otros Jorge te encoges de hombros y dices ¡qué Jorge!, ¡otra broma suya!, cuando sabes que no hay más Jorge que valga.

Es irónico. Viene como un flash ahora el homenaje invernal que se le hizo hace unos cuantos años. A un tipo de cuarenta y tantos que anda por los ahíles como perdido, haciendo el bien y sin mirar a quién. Y, de repente, que alguien diga, ¡hagámosle un homenaje a Jorge Villalmanzo!, un día invernal de Burgos y ahí se te presenten dos centenares de personas aglutinadas solo por un boca a boca. Y ahí es cuando vienes a conocer la personalidad optimista de un tío sensible experto en flores, en micología, en literatura, el artista que durante diez años ofreció el galardón del premio «León Felipe» de poesía, una cuchara cuyo hacer heredó de su padre el escultor 'Guma'; un articulista ingenioso y de larguísimo recorrido en diversos diarios de Castilla y León, el comunicador alejado siempre como el aceite y el agua de los poderes culturales, percusionista del grupo folk *El cencerro electrónico*, inventor de revistas, duelista creativo, portador de un japonés en su interior, en su círculo adscrito, en su bonhomía.

Luego, el desconcierto el día que falta el director de casi todos los conciertos. Día de ruptura y rupturas. Y de la negación divina. Podríamos abrir un estanque de curiosidades como las que él recreaba en sus esculturas de madera, en Marmellar, en sus conferencias, en tanto viaje literario eterno y común por España, por Francia, por Portugal.

No sé para qué escribo todo esto. Por necesidad, sí. Pido disculpas. Mientras, van llegando mensajes y llamadas de personas que durante estos últimos veinticinco años se han cruzado por la vida de Jorge Villalmanzo de manera tangencial o no tanto, voces como de ultratumba que conocían sobre nuestra intimidad. Acabo de enterarme, dicen.

En fin... adiós a un corazón tan grande que se le ha salido. ¡Mierda de vida!

2. Un agujero

Siempre fue el corazón de Jorge Villalmanzo un pozo sin fondo. Un agujero. Un tubo desnudo y emancipado, solo imbuido por su sentido común, por su bonhomía, por una personalísima forma de hacer. Se ha escrito mucho sobre que Jorge Villalmanzo hacía el bien. Error. Era así. Ni hacía el bien ni hacía el mal. Únicamente hacía. Su cabeza funcionaba como un relámpago, con una emoción elemental animosa para hacer encaje de bolillos y apuntarse a cuanto proyecto, idea, acción o inacción podía pasar ante sus ojos, ante él. No había una raya limitadora en su forma de ser. Actuó siempre desde la libertad proclamando la libertad; la más absoluta libertad. Era concededor de los capullines que le rodeaban, de los capullazos, de los cabroncetes y de los hijos de puta que le pasaban por encima, los que le ningunearon, los que le dieron estopa hasta en el carnet de identidad.

Pero él, como caballero con la mano en el pecho, se ofrecía

gustoso y no; ponía la otra mejilla, hacía de tripas corazón, zanjaba peleas sin entrar a ellas. Jorge Villalmanzo era así. Desde siempre. Lo comentó el sacerdote que hizo el sepelio. Y lo han escrito quienes le han escrito nombrándole o sin nombrarle, diciéndole.

3. Hace miles de años

Hace miles de años Jorge Villalmanzo era como le hemos conocido con cincuenta y un años: un niño grande, juguetero, confiado, desprendido, afectivo, cariñoso. Siempre fue el niño del bautizo al que unos y otros se han pasado de brazo en brazo. Desde que comenzase allá por la veintena con los *Piodernos* y con otras mil aventuras quijotescas literarias, hasta este aquí. Andaba por ahí como una criatura abandonada pero sin temor, sin temer, haciendo porque sí. A su manera y sin buscar la trascendencia.

Recuerdo que nos vimos por primera vez después de una larga carta de presentación que envié a mil y una instituciones, entidades, promotores culturales y demás. «¿Quieres dinero?», me soltó como un soplamocos. «No», respondí. Y así empezamos. Parecía hipervitaminado. Corría de aquí para allá. Se apuntaba a todo y nos llevaba a todos los que le conocimos de cerquita, con la lengua fuera.

A Jorge Villalmanzo no le sentaban nada bien los trajes. Todos sabemos que le caían grandes, que no le animaban nada. Tampoco le sentaban bien los doctrinarios. Él ahí, iba y volvía correvaidile y caballero andante. ¡Claro que notaba los

impactos que le cosieron a soplamocos una y otra vez! Pero no se desanimó nunca. Meditaba, escribía, volvía, acumulaba libros, palabras libres, textos que guardaba junto mil cedés o los títulos de los artículos pegados en una chincheta en su habitación. Cronométricamente perfecto, le gustaba la literatura, la fotografía, la cultureta y la Cultura.

4. Las cucharas

No sé qué día se le antojó coger el tronco de un árbol elegido, partirlo en dos y entregar una cuchara de palo, natural a base de gubia y aceite de oliva y entregar cada mitad a dos autores a los que admiraba. Realismo y surrealismo a la vez.

Descripción de la cuchara del trofeo del II Premio Internacional de Poesía «León Felipe» (año 2004): La peana es de pino soriano (en homenaje a la autora de «Vamos, vemos», Dña. María Ángeles Maeso) y la cuchara procede de una viga de sabina de una casa antiquísima del pueblo del escritor Jesús Carazo, justo a lado de Silos, por tanto la madera puede tener tranquilamente, como mínimo, cuatrocientos años. La madera de esta cuchara es de sabina negra (*Juniperus turbinata*), un árbol de copa verde-oscura y densa, que puede alcanzar hasta 4 ó 5 metros de altura y de crecimiento muy lento. El nombre de junípero proviene del latín «juniperus» que es el nombre que daban los romanos al enebro, aunque es posible leer en algunos libros que proviene del celta

«jenepirus», que significa áspero, rudo y que podría relacionarse con sus hojas punzantes. Su tronco, muy ramificado y retorcido, posee una corteza marrón oscura que es quebradiza al envejecer. Las hojas, muy parecidas a las de los cipreses, son diminutas, más o menos triangulares, aromáticas, y disponen a modo de escamas imbricadas (como las tejas de los tejados) recubriendo las ramitas. Hoy este árbol se utiliza para crear bonsáis. Tanto las flores masculinas como las femeninas son muy pequeñas y poco llamativas, agrupándose en inflorescencias menudas en las ramas jóvenes. La sabina es un árbol de distribución típicamente norteafricana (Sur de Europa, Asia Menor, Norte de África, etc.). Esta madera es muy apreciada por su excelencia, en la fabricación de herramientas, artesanía, artesanados de cuevas, adornos, armas o por su uso medicinal como antiséptico. Y de la madera de sus raíces se fabricaban las cazoletas de las «cachimbas». El alcohol obtenido de la fermentación de algunos granos (centeno, malta, maíz, etc.) con frutos de enebro, generalmente de *Juniperus comunis*, y plantas aromáticas son la base de la ginebra o gin, ya mencionada en la antigüedad por Plinio. Su resina pulverizada servía para fabricar una goma denominada «barniz de escribir» con el que se frotaba el papel para que no se corriera la tinta al escribir con pluma. Sus bayas también se han utilizado, y utilizan, para aderezar guisos y salsas, o como sustituto de la pimienta. Incluso, tostadas, se han utilizado como sustituto del café. (J. VILLALMANZO SANTAMARÍA).

Descripción de la cuchara del trofeo del IV Premio

Internacional de Poesía «León Felipe» (año 2006): La madera de la cuchara es de abedul (*betula pendula*). La madera es muy blanca y se talla bastante bien. Los abedules son árboles de ribera y son muy apreciados en jardinería. Son unos árboles bellísimos y muy ornamentales. Muchos abedules se utilizan para la realización de pasta de papel. En el centro de Europa y norte son unos árboles muy literarios. Existen infinidad de referencias a ellos en la literatura y en el cine. Existe también en el norte de España, en la zona denominada atlántica, de la que nuestra comunidad tiene amplia presencia (Burgos, León, Palencia). Es un árbol, por tanto, que se integra y contrasta bien, por esta razón lo hemos elegido para esta ocasión y para este premio. La peana es de pino silvestre, con una capa de nogalina y las piezas de hierro, especialmente la herradura, con tantos evidentes simbolismos y evocaciones, es un trabajo realizado a fragua y posiblemente tenga más de cien años. La integración de elementos nobles, como son la madera y el hierro trabajado en la fragua, son un simbolismos, a la vez, de ese otro trabajo contaste y bellísimo que realizó en vida nuestro querido León Felipe Camino y que todavía realiza eficazmente a través de su poesía, sin ir más lejos, recordemos, por ejemplo, el bosque que lleva su nombre en un parque de Jerusalén. (J. VILLALMANZO SANTAMARÍA).

5. Un día después

Nada será igual después de Jorge Villalmanzo. Actuaba

como aglutinador, como animador, como pegamento sin pagamento, como instigador de acciones con su peculiar autoexigencia, como socorro espléndido. Lo digo por si acaso, Burgos ha perdido a un buen tipo, a un sembrador del buen rollo, al colega de todos, de todas, al lector empedernido, al animador, al que repartía cartas en juegos de niños sin ser un tahúr nunca, sin jugar con las cartas marcadas. También, a un cronista agudo y a un acelerador de partículas mustias. Pintores, fotógrafos, escultores y poetas burgaleses, también los castellanos y leoneses, le echarán de menos como se verá... como también esos otros que como viudas compungidas desde el momento del tanatorio para acá le bailan el agua. Porque, al menos, en estos últimos veinte años de algún modo siempre estuvo él ahí de manera desinteresada plegándose a tantos esos otros intereses de otros. En fin...

«...Leo tu corazón desde tus ojos como leo en la palma de tu mano un lenguaje cifrado para un libro críptico hasta lo hermético...» escribió Bernardo Cuesta Beltrán en la contracubierta de *Círculo adscrito*.

Corazón, mucho corazón, un puto corazón que se le salió de tanto usarlo; Pero... y ¿la continuidad?

.....

La llamada de la naturaleza

Javier Guadilla

Para Jorge Villalmanzo:

*«Allí donde imperaba un desierto el plantaba un jardín.
Donde no había nada hacía nacer una amistad.»*

Andaba ya la tarde por esa hora en la que los pájaros acolchan su canto, cansados del ir y venir de un día caluroso. La sombra de los escuetos quejigos se alargaba hacia el este, matizando en tonos granates el escaso pasto achicharrado por meses de canícula y penuria de lluvias. Subir por la débil pendiente que se adentra en el bosquecillo hacia el alto del Sauce se hacía agotador como un andar por dunas de arcilla prieta y pequeños guijarros. Sólo el deseo de sentarse bajo la espesa copa del Roble de la Paz le empujaba a Efrén a continuar su marcha.

Sorteó un par de resacas bostas de vaca en las que revoloteaban cientos de moscones, con un aletear sonoro, como el ulular de diminutos perros y, tras superar de un salto la cuneta que jalonaba en aquel punto el camino, notó el abrazo fresco de la sombra que colgaba del dosel de ramas grises cubiertas de tanto en tanto de líquenes de un color amarillo verdoso.

Alguien había construido un rústico banco que semicircundaba por su lado norte al rugoso tronco. Las piedras que daban estructura a aquel asiento no superaban en altura el medio metro y estaban irregularmente aparejadas, pero su simplicidad, su falta de vanidad, las maridaban sin esfuerzo con la aspereza primitiva del paisaje. Al sentarse apreció su acogedora calidez.

Desde aquel privilegiado mirador podía Efrén observar al completo el paisaje. Rodaban suavemente las laderas, cubiertas aquí y allá de matas de roble, hacia un vallecillo en forma de media luna donde los campos de cereal anunciaban el final de las arboledas. Hacia el norte, en la parte alta de la colina, los árboles ganaban en porte, con sus ramas más altas vencidas por los vientos dominantes, pensó Efrén que se curvaban como los viejos asediados por el obstinado viento de la vida. Aunque, mientras subía, el calor se le había hecho casi insoportable, ahora, bajo las lobuladas hojas de aquel roblón, un frescor mágico le permitía respirar profundamente. Vio a su derecha el disperso caserío de San Adrián, recortada la discreta torre de su iglesia ante la cresta plana del teso que, en breve, sujetaría como una peana al sol poniente.

Sintió que habría podido pasar allí la noche, contemplando un cielo como nunca había visto en la ciudad, marcada la Vía láctea con una nitidez indiscutible, como un cuadro antiguo en el que, eliminados los superfluos barnices, aparecen detalles hasta entonces desconocidos.

Mientras disfrutaba con estos pensamientos, vio por el camino, en la curva que rodea las primeras tenadas, la silueta diminuta de alguien que ágilmente ascendía, seguido

por un camión de los que transportan ganado, que iba dando tumbos torpemente. Poco a poco el ruido del motor ganó en presencia y también el chasquido de las destartadas cartolas.

Al poco, Nuncio, el pastor llegó a su altura y tras un «buenas tardes» apresurado, casi sin parar, le dijo: «Voy al cercao de la Gallega, a coger los terneros que se los llevan pal matadero» y, sin mediar más palabra ni esperar respuesta, continuó su precipitada marcha, seguido por el camión, que, a juzgar por el atronador estruendo de su motor, andaba más que apesadumbrado por subir aquella cuesta.

Efrén era hombre de ciudad y la imagen de unos desamparados terneros adentrándose en las siniestras fauces de un matadero no le resultaba en absoluto tranquilizadora. Ciertamente toda la relajante calma del lugar se había desmoronado ante la certeza traumática de la suerte que esperaba a aquellos inofensivos animales. Ya no se sentía a gusto, así que se levantó y tomó una senda que, en apenas cien metros, le puso al lado del castillete metálico que en otros tiempos no tan lejanos sirviera para subir y bajar vagonetas en el pozo de carbón de San Dámaso. Frente a la torreta una explanada de estériles se extendía unas decenas de metros hacia el pueblo como la proa de un malecón rodeada por una barandilla de maderos cilíndricos. Se acodó en ella y contempló pensativo, o más bien, pensó mientras contemplaba. Hacía ya un lustro que la casualidad le había llevado a aquel lugar y desde el primer instante, aquel día de primavera en el que con su mujer había recorrido la senda de los mineros, se había enamorado sin remedio de un paisaje que, a su parecer, ilustraba la sencillez y la aspereza que él

llevaba dentro.

Al rato comenzó a oír de nuevo el ronco respirar del camión, ahora más rápido menos entrecortado. Nuncio corría tras él sin poderle dar alcance. Al llegar a la altura del Roble de la Paz tomaron la horquilla del camino que, alejándose del castillete, les llevaba al pueblo a través de un sombrío sotillo. Notó Efrén que un nuevo sonido alteraba la monotonía del motor. Era un mugir agudo que partía del remolque, una cuchillada gutural que le puso en alerta. Sin apenas tiempo para comprender el origen de aquel gemir desesperado, observó que, en lo alto de la loma por la que habían pasado segundos antes el camión y Nuncio, se alzaba una polvareda y al momento aparecían a todo galope no menos de 12 vacas mugiendo angustiosamente y haciendo sonar con un desordenado estruendo sus cencerros.

Fueron unos enloquecidos segundos de carrera, una desgarradora sinfonía de ruidos inconexos. Al llegar a la portilla que da acceso al monte, Nuncio, que ya había dado alcance al camión, retiró la tosca portezuela de alambres, pasó el transporte y Nuncio tras él, cerrando de nuevo la cerca. Nada tardaron en llegar a aquel punto las vacas, que, pese a su frenesí, no comprendían cómo superar el infranqueable obstáculo que les impedía el paso.

Se quedaron quietas, mirando la nube de polvo que ascendía de la trasera del camión, moviendo acompasadamente las colas al tiempo que alzaban la testuz y proferían un mugido cada vez menos intenso, cada vez más distanciado.

Al cabo de un rato, comenzaron a girar lentamente sus pesados cuerpos y, con la pesadumbre del vencido, iniciaron

el camino de vuelta, las cabezas gachas, los cencerros rozando el suelo.

Perplejo, desde su punto de observación, Efrén no daba crédito a lo que acababa de ver. Para su pragmática perspectiva de hombre de ciudad una vaca no era más que un recipiente de carne, nacido y criado para servir de alimento. Pero aquello de lo que había sido testigo trastocaba radicalmente todas sus ideas preconcebidas. Aquel correr desesperado y el llanto violento de aquellos animales, el deseo frenético de poder reencontrarse, no podían ser sólo fruto del instinto y ,por último, el andar hipnotizado del regreso, denotaba la conciencia de que nunca más volverían a pastar juntos, a tenderse en torno a los bebederos cada vaca con su ternero.

Mientras bajaba de vuelta al pueblo, por el umbrío camino que cruza abandonados huertos donde sólo crecen las zarzas y la maleza, sintió Efrén una punzada que le era familiar, el preludio de un torbellino interno que terminaba indefectiblemente en un llanto imposible de sofocar y lloró todo el camino de vuelta, sintiendo todo el sinsentido de la vida concentrado en aquel instante como un universo apretado en la cabeza de un alfiler.

Al llegar a la plaza, formando un corro bajo los plátanos, Nuncio y los otros hombres del pueblo comentaban los sucesos de la jornada, Efrén sólo pudo escuchar: «...y me los han pagao de puta madre, tú».

Tras la torre de la Iglesia un sol rojo declinaba.

Romance de ciego

Ester Pardiñas

Cuando pienso que la tortura feroz de este dolor ya no está tan viva en mi interior, que cada tirón del alma se va cicatrizando, me invade un malestar amargo, un sentido desolado de la nada de cada cosa humana, que no supera siquiera el dolor.

Giovanni Verga

Comenzaban los tiempos en los que la vida asustaba más que la muerte, se notaba en la frente arrugada de padre, en las lágrimas furtivas de madre, que ya ni siquiera se acercaba al balcón conmigo para oír al ciego que, debajo, desgranaba triste, tarde tras tarde su canción:

*Yo nací pobre y sin vista, por la voluntad de Dios.
No veré jamás mi madre, madre de mi corazón,
ni jamás veré su cara ni su rostro encantador,
que los ojos de mi cara solo sirven pa llorar.*

Así debía ser, nuestros ojos en esos tiempos sólo servían «pa llorar».

—Madre, madre... venga, que ya está el ciego...

—Déjale hija, bastante tenemos ya...

Y es que no sé que morbo infantil me movía a asistir todos los días para escuchar al ciego que se ponía bajo el balcón de nuestra casa de Huerto del Rey :

*Triste existencia la mía, triste es la vida sin ver,
yo vine al mundo entre sombras y entre sombras moriré,
triste existencia la mía, triste es la vida sin ver.*

Así debiera haber sido. No sabía el ciego que con los malos vientos que corrían lo mejor era no poder ver, no sentir.

Desde el 19 de julio de 1936 en casa se lloraba por mi hermano que estaba en el frente.

—Hijo, levanta, rápido, vístete, ponte el uniforme.

Toda esa noche hubo algaradas en Burgos, en las calles, en los barrios, se decía que los mineros de las montañas venían a matarnos. Tenía tanto miedo al oír los gritos que me fui a la alcoba de Manuela, la chica que ayudaba en casa, y me apretujé contra ella ocultando las dos las cabezas bajo las mantas. Padre estaba levantado y le oía acuciando a mi hermano:

—Rápido hijo, es tu deber como ciudadano y soldado... vete al cuartel.

Mi hermano se fue y marchó, según nos dijo luego padre, en dirección desconocida con una columna motorizada por el camino de Madrid.

Y madre venga a llorar y a retorcerse las manos, y mi hermana que no estaba, porque ya era maestra y se había ido a pasar el verano a Santander con las hijas del Polidoro y

ahora que había estallado la revolución no podían regresar.

—Si ya decía yo que no tenía que ir —se quejaba madre, pero ya era tarde. El odio nos separaba a todos, y todo era diferente. Sólo el romance del ciego, puntual cada tarde de aquel mes de julio, me hacía pensar que nada había cambiado, pero no era cierto.

Al principio madre sólo recuperaba la sonrisa cuando llegaban las cartas de mi hermano, después la perdió definitivamente aunque no dejó de recibirlas. Padre las tomaba en mano, se las daban en el cuartel y llegaba con ellas a casa a pasos rápidos, antes que en otras ocasiones, y no las leía en la cocina, donde Manuela bregaba con los pucheros y madre sentada en la silla baja remendaba la ropa con el semblante abatido, junto a la ventana.

—Buitrago, están en Buitrago —jadeaba mi padre, la respiración rota de subir las escaleras del piso de dos en dos— ¡Dice que en cuanto tomen Buitrago se acaba la revolución!

Y luego hablaba sólo con madre de cosas que no querían que yo oyera, pero que oía a pesar de todo, mientras simulaba jugar en el rincón a atrapar rayos de sol con las manos, espantando las motitas de polvo dorado.

—Dice que la aviación enemiga no los deja ni dormir ni comer, que duermen en un pico, bajo las estrellas, a campo raso y que se les han unido 150 guardias civiles que se han pasado del enemigo.

Y yo, inconsciente de la situación, me iba a escuchar al ciego que a esa hora había comenzado su cantinela, y me imaginaba a mi hermano arriba en un monte, tan alto como al que subíamos en verano en el pueblo de la abuela, dónde de noche se veían brillar las estrellas tan cerca, que parecía que

si te estirabas un poco podrías tocarlas; pero luego las estrellas desaparecían y veía a mi hermano arriba, solo y perdido, empañada la visión de las estrellas por unos aviones que cruzaban una y otra vez los cielos en una danza loca y desatinada, y me ponía a llorar yo también sin saber muy bien por qué.

Cada vez que había carta mi madre preparaba un paquete con mudas limpias, con comida, con dinero sacado de los ahorros de la alcancía, escondida bajo las tablas del suelo. Y mi hermano respondía que no necesitaba nada, salvo la ropa, que la comida era gratis y la cama ancha y mirando al cielo, y que el dinero no había donde gastarlo... y entonces madre reía y lloraba a la vez, reconociendo el humor irónico de su hijo, incólume a pesar de todo.

La vida transcurría doliente, todo era un ir y venir a comprobar las listas de las bajas en las que, gracias al cielo, no aparecía el nombre de mi hermano. Él ascendió a sargento sin saberlo, porque la orden del regimiento llegó al cuartel y no estaba allí, sino muy lejos bromeando con la muerte en un sitio llamado Loma Verde, que definía burlón como lugar de vida pura y sana por estar entre pinares y porque se cenaba a las seis y se levantaban a las seis. Mi hermano nunca antes había madrugado tanto.

—Demonios de chico —decía padre—, tiene arrestos —y sonreía un poco suavizando algo su rostro severo. Madre no, madre sollozaba y suspiraba siempre, desde que faltaban sus dos hijos. Suspiraba hasta cuando limpiaba las lentejas, las que todavía quedaban del saco traído del pueblo, que se iba vaciando poco a poco, como nuestras almas.

—Ven aquí, hija —me llamaba madre a veces, y me

abrazaba fuerte, muy fuerte, estrechándome contra su regazo, ahora siempre vestido de negro y húmedo de llantos.

Mi hermano vino una vez, de permiso, en el mes de septiembre, desde que comenzara aquella guerra. Ahora todo el mundo la llamaba así y ya nadie sabía cuando iba a acabar, ni el amigo de padre que al principio decía que «aquello se ventilaría pronto, un paseo». Al presente callaba siempre.

Yo no sabía muy bien lo que era la guerra pero no me gustaba, porque nos separaba, porque las gentes corrían por las calles como asustadas, los mercados estaban casi vacíos y las calles se quedaban huérfanas al anochecer, me aburría en casa y mis zapatos heredados hacían crujir las tablas del piso en las cámaras vacías de mis hermanos. Y una tarde de sombras largas de otoño ni siquiera llegó el ciego.

Mi hermano apareció con la guerrera sin botones y desgarrada, las perneras del pantalón cogidas con imperdibles, dejando ver sus rodillas, las barbas ralas y desordenadas, y el pelo de estropajo.

—Ay, ay —se lamentaba mi madre—, si hay que cogerle con pinzas —pero era él, él que regresaba del frente, del monte donde había estado agazapado la mayor parte del tiempo refugiándose de la aviación enemiga. Yo no estaba al corriente aún de lo que era un bombardeo, pero pronto, y también me enteraría. Pero sí que sabía lo que era estar agazapado: era estar encogido, escondido para que no te encontraran, al igual que cuando jugaba en el pueblo con los chicos a buscarnos; y pensé que mi hermano había estado en el monte jugando al escondite, y que si yo hubiera destrozado así la ropa madre me hubiera perseguido con la zapatilla,

pero a él no, no. No se cansaba de abrazarlo, de besarlo y de mecerlo, y mi hermano, agotado, incapaz de protestar se dejaba hacer.

Piojos, también trajo piojos, y Manuela lo tuvo que hervir todo y frotarnos la cabeza con brea roja de la que se guardaba en la carbonera.

Volvió a marcharse en pocos días, a pesar de mis ruegos. Me convenció porque me dijo que tenía que llevar doce mulas a sus compañeros y yo me reí viéndolo convertido en mulero, de pueblo en pueblo, igual que el hijo de la Juana que vendía cacharros de barro y de latón de puerta en puerta.

Él se marchó y para cuando regresó de nuevo, mi hermana ya había conseguido llegar a Burgos, un año después de su partida de vacaciones, por mar, en un destructor alemán que llevó a muchos refugiados desde el puerto de Santander hasta Bilbao y los sacó de allí, y luego por tren, en un viaje peligroso e interminable, pero regresó y allí estábamos todos los que quedábamos en casa esperándola ansiosos en la estación, a pesar de que ya había sonado el toque de queda.

Cuando él regresó de nuevo yo había crecido y aprendido en mis carnes lo que era una guerra y un bombardeo y sabía lo que era morir. Los vi, vi a los muertos en el barrio de San Julián, había tantos niños, chicas de mi edad. Madre me dijo que no mirase, que cerrara los ojos, pero no la hice caso, no podía evitarlo. Vi a los muertos en el puente de San Pablo, destrozados los cuerpos después de que cayeran las bombas, y ya no pude dormir nunca sin pensar en ellos. Y sabía lo que era estar agazapada en el refugio de Laín Calvo, en el viejo garaje, sin pensar para nada en jugar al escondite.

Mi hermano volvió en varias ocasiones, siempre de permiso o a hacer gestiones, pero no retornó definitivamente hasta abril de 1939 cuando terminó aquello que empezó un verano.

Yo nací pobre y sin vista... cantaba el ciego... como todos los que estábamos inmersos en aquella guerra, pobres porque la contienda se llevaba nuestros más preciados dones, nuestra familia, nuestros seres queridos, y ciegos, porque para luchar entre hermanos había que estar ciego.

Muertos

José María Izarra

Harto de vivir entre los muertos, se le ocurrieron dos alternativas para tratar de hallar una solución a semejante circunstancia y, de paso, alcanzar la paz consigo mismo: apuntarse a la secta o hacerla desaparecer. Tras sopesar los pros y los contras, al intuir la más fácil, eligió la primera de ellas. Inmediatamente, comenzó a ensayar toda una serie de procedimientos enfocados a terminar con su doliente existencia: soga, precipicio, pistola, veneno...

Con la soga, fue incapaz de hacer un nudo que sostuviera su corpachón; el vértigo impidió que se arrojara desde el décimo piso de un edificio; la pistola que compró en el rastro había sido inutilizada por la Guardia Civil; no logró meterse a la boca ni una sola cucharada del sopicaldo preparado con raticida Iris...

(Se omiten el resto de instrumentos y técnicas, una larga retahíla, por resultar ciertamente ridículos en comparación con los ya expuestos.)

Le costó convencerse de que no había nacido para matarse, pero, finalmente, no tuvo más remedio que claudicar. Decepcionado, malhumorado, deprimido, pasó una temporada dándose cabezazos contra las paredes, maldiciendo

su cobardía, llorando por las esquinas previamente visitadas por lo perros... de tal modo que en tres ocasiones fue retenido o auxiliado, o ambas cosas simultáneamente, por la policía local, que en dos de ellas lo trasladó a urgencias y en la otra lo puso de patitas en el hospital psiquiátrico. No llegó a ingresar ninguna de las tres veces, al no ser calificada su situación ni siquiera de pronóstico reservado. Unos cuantos puntos de sutura, un apósito y a la calle, en las visitas a urgencias, y un blíster con dos orfidales y también a la calle, en la correspondiente al manicomio.

Cuando se calmó del todo, empezó a considerar la segunda de las opciones. Como un nuevo San Pablo que acabara de caerse del corcel, vio la luz al descabalarlo una silla a la que se había subido para cambiar un halógeno. De pronto, apareció ante él un camino por explorar; un camino que se bifurcaba apenas transcurrida media hora desde que comenzara a transitarlo: o liquidaba a los muertos haciendo que resucitasen, o se los quitaba de la memoria.

Pero ¿cómo resucitar a los muertos? Probó de todo: conjuros, magia blanca y magia negra, sesiones de brujería, consultas con chamanes, entrevistas con cirujanos plásticos e investigadores con células madre; lectura y estudio, entre otros, de los autores Poe, Lovecraft y Mary Shelley... Años perdidos para nada. Además, leyendo la Biblia, en busca de alguna clave al respecto, pudo cerciorarse de cómo era del todo inútil la pretensión que lo tenía desvelado. Según el libro sagrado, «los muertos son inmortales», lo cual, interpretado como había que interpretar los textos bíblicos, esto es, al revés de su literalidad, significaba que la naturaleza de los muertos era, en efecto, irreversible y eterna; inerte, no viva,

sin embargo.

Así pues, sólo le quedaba intentar borrar por la fuerza la nómina de inmortales de su memoria o esperar a que el Alzheimer hiciera su labor. La cosa le urgía: los muertos no le dejaban vivir. Es lo que tenían los muertos: que eran unos hipócritas. Muy silenciosos ellos, muy modositos, pero tan porfiados como las termitas: se le metían a uno en el cerebro y ya no había forma de desalojarlos.

Precisamente con el propósito de apartarlos de sí, concertó una cita con un neurólogo con fama de poco escrupuloso (lo que, traducido al lenguaje de la economía, significaba que, por dinero, era capaz de pasarse por la entropierna el juramento hipocrático). En principio, aceptó realizarle una lobotomía para que dejara de rememorar a sus muertos, sin menoscabo de sus facultades intelectivas; el pago por adelantado, eso sí. Cuando le replicó que el pago, como era lógico, al concluir la cirugía y a la vista de los resultados, el médico se desdijo de su primera palabra, aduciendo que no se arriesgaba a que, después de hacer su trabajo, dado que se trataba de una intervención clandestina, se negara a pagarle. Por más que procuró persuadirle de su probidad, llegando incluso a ofrecerle una comparecencia ante notario para plasmar por escrito su compromiso de hacer efectivo el importe de la intervención el mismo día en que se efectuase, no pudo conseguirlo; de donde infirió que aquel sinvergüenza pretendía timarlo: o sea, que si pagaba por adelantado, lo operaba; de lo contrario, no. ¿Por qué? Porque iba a dejarlo tontito, y los tontitos ni admiten deudas ni tienen capacidad legal para disponer libremente de su dinero.

Fracasada esa primera intentona, y tras el lógico periodo

de enfurruñamiento, sirviéndose de la ayuda profesional de algún psicólogo que otro, y de algún que otro libro de autoayuda, ensayó ciertas mañas que, si bien en las dos primeras sesiones parecía que iban a funcionarle, en la tercera ya se mostraron como un rotundo fracaso. Así, la de visualizar a los impertinentes muertos disfrazados de chinos con uniforme. Qué bien: todos eran iguales; aunque, como entre los dichosos chinos había también individuos del género femenino, al tercer día, no pudo resistir la tensión de levantarles las faldas y, poco después, de retirarles la careta, con lo que de nuevo se hicieron visibles sus muertos. ¡Las mujeres siempre lojodían todo!

Vuelta al principio. ¿Y si, macho y todavía potente como era, sustituía todos sus difuntos por una harén vivo? Lo desechó rápidamente. Dos inconvenientes insalvables: uno, tan evidente, palmario y oloroso como la mierda misma, no podía permitírsele económicamente, y, dos, no hubiese podido atenderlo por falta de la suficiente testosterona (potente, *ma non troppo*), lo cual habría propiciado que se amargara más incluso y, consecuentemente, que se refugiase en su inframundo.

No había solución, se había sincerado ante un amigo de máxima confianza. Tendría que aprender a vivir como rehén de sus queridos muertos. Su interlocutor, sinceramente preocupado, le habló entonces de una noticia que había ojeado en un periódico, la cual hacía mención a un fármaco que borraba los malos recuerdos. Se le abrieron los ojos como platos y pidió, por favor, a su amigo que se esforzara en recordar los detalles: en qué cabecera había visto la noticia, cuántos días hacía que la había visto... Del nombre del

periódico se había olvidado y no podía estar seguro del tiempo transcurrido desde que viera la noticia, pero no más allá de ocho días. Lo dejó marchar y se puso a indagar como loco en las hemerotecas. Dio con lo que estaba persiguiendo: el fármaco era el propranolol, que se utilizaba en el tratamiento de la tensión arterial, y del que se había descubierto que, administrado antes de la evocación del recuerdo, hacía que el paciente no mostrara reacción de miedo frente al recuerdo. Estaba salvado.

Se echó a la calle en busca de la farmacia más cercana. Encontró una enseguida. No había entrado nunca en ella. Pidió el genérico de propranolol. La manceba le exigió receta. Se excusó diciendo que al ir a tomar la dosis, se había encontrado la caja vacía y que no tenía consulta con el médico hasta el día siguiente. Ni por esas. Fue a otra farmacia, y lo mismo. Decidió, en consecuencia, presentarse en la de su barrio, a la que acudía habitualmente y en la que lo conocían de sobra. Le pusieron pegas. No tenían idea de que jamás hubiera llevado ese medicamento. Reconoció que no, pero es que solamente había gastado una caja, que hacía dos meses que se la habían recetado y la había adquirido en una farmacia de guardia, porque, a la hora que había salido de la consulta el comercio en general ya se encontraba cerrado. Al final, se la expendieron bajo una marca impronunciable... con la condición de que, al día siguiente, o al otro a más tardar, trajese la receta.

Nada más entrar en su domicilio, y tras una meteórica lectura del prospecto, se tomó una pastilla con un vaso de agua. Se sentó en una silla y empezó a evocar a sus queridos y dolorosos difuntos. Según la noticia del rotativo, no tendría

que experimentar ningún tipo de sentimiento; todo lo contrario, debería sentir apatía... Al concluir el repaso, y un instante antes de desmayarse, pudo darse cuenta de que estaba llorando como una Magdalena, de que hiperventilaba y de que estaba sumido en la pena más grande que lo había embargado nunca. En cuanto se recobró del vahído, cogió la caja del propranolol y la tiró al cubo de la basura.

Hilvanó un par de refranes: «De perdidos, al río; si no quieres caldo, taza y media». Si no había podido deshacerse de sus recuerdos luctuosos, interpretó, se acercaría a ellos, los llevaría consigo, los tendría presentes en todo momento, aunque interfirieran en su discurrir diario. Pensó en plantar tantos árboles como finados se le amontonaban en la coronilla y bautizar a aquellos con el nombre de estos, y aportar tierra de las tumbas o ceniza de los despojos a sus nuevas raíces... pero desechó la idea por manida... En realidad, ese servicio ya estaba comercializado por cierta funeraria con el nombre de «evento ecológico».

Ese mismo tipo de relación unívoca la ideó con cascabeles en lugar de árboles, pero llegó a la conclusión de que, engarzados en una cadena para colgársela al cuello, sonarían varios o todos a la vez, con lo cual los recuerdos iban a presentársele tumultuosa e indiferenciadamente. Asimismo, pensó en los mojones de la carretera provincial por la que circulaba diariamente en lugar de los árboles y de los cascabeles... pero los mojones también eran todos iguales y no era capaz de ponerles a cada uno un rostro diferente. Nada, no le servía.

Ya se había resignado a dejar pasar el tiempo, consciente sin embargo de que el tiempo –por más que las lenguas

sabias lo aseveraran— no iba a ser remedio para su mal, cuando un buen día, el primero de lluvia después de meses de pertinaz sequía, se sorprendió saludando a su enterrado padre al coger el paraguas del perchero. Su padre era su paraguas. En lo sucesivo, prestaría más atención a fin de verificar si se repetían con otros fallecidos ese tipo de asociaciones. Salió a la calle y, al pasar por el primer bar, le dieron ganas de asomarse por dar los buenos días al alma dipsómana de su único primo difunto, y al detenerse en el primer paso de cebra regulado por semáforo, tuvo que reprimir el impulso de echar la mano al poste a la par que se interesaba por las andanzas de un tal Catalina, extinto colega suyo de andar por ahí atropellado por un mal conductor...

O sea, que la solución había estado ahí, en su cabeza; lo que pasa es que no se había prestado a sí mismo la suficiente atención... Tentado estuvo de saltar y hacer media docena de zapatetas en el aire, pero, definitivamente, se retrajo: no fuera a ser que pusiera en peligro la estabilidad de algún anciano o lo tomaran por lo que no era y avisaran al 112. Continuó con el paseo. Hasta su vuelta a casa, contabilizó seis puntos en el espacio urbano (una floristería, la estación de autobuses, un antiguo cine, la estatua de una anciana castañera, una sombrerería y el cenotafio de El Empecinado, por ese orden) en los que, sin detenerse, saludó, respectivamente, a otros tantos finados muy próximos a él:

—¿Son para tu almohada, Jorge?

—¡Hombre, Elías! ¿Ya te vuelves?

—¿De ver una de zombis, Juan?

—¡Abuela Jesusa!, ¿al calorcito?

—Qué, ¿a la sombra? Con Dios, Bernardo.

—¡Juanjo, amigo! ¿Sigues velando una tumba vacía, emboscado en esa barba?

Se sintió bien, descansado. De ahora en adelante, cumplimentaría a sus recuerdos, aunque la gente en la calle lo tomara por idiota.

Primavera

Carlos de la Sierra

A Jorge, que fue mi amigo.

Las primeras semanas del año 2002, trabajaba Jorge Villalmanzo en el prólogo de *In memoriam*. Alguna mañana, mientras se enjugaba el sopor del sueño, tomábamos un café reconfortante en cualquier bar de barrio y me hablaba de su pasión por la naturaleza, de su querencia por la libertad y los espacios abiertos, de su amor por bosquecillos y umbríos... Me mostraba, entonces, lo mejor de su alma.

En consonancia, le gustaban especialmente algunos pasajes de esta obra literaria que guarda tanta relación con el mundo natural: su espacio más íntimo. He querido, pues, recuperar esas narraciones en su honor, y en recuerdo de nuestros mejores días, ahora que camina por la Llanura.

Carlos de la Sierra

(Año 13638. Diario de un hombre de barro)

Supongo que nuestro caminar resultaría torpe para el observador figurado; para mí es grandioso mirar las hileras de seres que, unidos de las manos, marchamos por la Llanura Seca. Me parece que nuestro paso es elástico y potente, que somos los supervivientes vencedores de una gran batalla de regreso a su patria; somos los altaneros conquistadores que pisamos con firmeza las tierras conquistadas.

Me agrada comprobar que los colores raciales han desaparecido; todos somos del mismo color de arcilla roja, con las únicas diferencias manifiestas de nuestro sexo o altura; nadie conserva ni un mínimo trozo de vestidos o fragmento de adornos. Toda la Humanidad está desnuda, muestra su piel sin sentimientos de impudicia o lujuria. Nadie mira el cuerpo propio o ajeno con deseo ni puede sentir apetito carnal; nada nos obliga a la destrucción por el sexo ni necesitamos reproducirnos.

Las hileras se pierden en la distancia del vacío. Las manos, firmes, sujetan al compañero; nadie tira o arrastra a otro. Noto que la marcha aminora su velocidad, aunque no llegamos a detenernos; algo debe ocurrir en la cabeza. Algo importante, pues la experiencia me indica que, sólo lo extraordinario, puede frenar nuestro paso. Como siempre, ante la duda miro hacia los animales. Ellos, lejos de detenerse, acentúan su velocidad; están nerviosos o ansiosos, algo les altera. Manadas de gacelas, cebras, impalas corren alocadamente sobrepasando el lugar que ocupo. También, cerradas bandadas de pájaros cruzan sobre nuestras cabezas atónitas; en el horizonte no se divisa nada que indique cambios importantes, pero nosotros estamos casi detenidos. Llego a temer que, de nuevo, el barro

esté ante nosotros. Pronto desecho esta sospecha: si así fuera, los animales no correrían con tanto ahínco.

Entonces sucede algo maravilloso. Varios compañeros de mi hilera destraban sus manos y se postran en tierra, ibesan el suelo! Extrañado, bajo la vista... y quedo clavado en el lugar. No puedo creerlo, bajo mis pies se perfilan ligeros brotes de hierba; tiene un color amarillento, ipero es hierba! Mi primera reacción es refleja, salto hacia un lado para no pisar esa aparición amada; avanzo entre mis compañeros y veo que el suelo se cubre, como si fuera pelusilla de melocotón, de grandes manchas de hierba. Aflora, incluso, algún brote alto con tallos muy verdes (el color después del barro, el agua y la nieve); hay arbustos y árboles enanos (las primeras alturas que destacan en el horizonte de la Llanura desde nuestra partida). Sin reparar en más, me lanzo al suelo. Ríe en mi interior, ruedo, doy vueltas sobre mi cuerpo; la hierba se pega a mi piel; acaricio el suelo, ilo beso! Con mi lengua de barro blando lamo los brotes de hierba, soplo su fragilidad; otra caricia, trato de oler, de sentir iqué gozo! ¡Qué otra cosa puedo hacer! Atolondrado, me siento en el suelo, lo acaricio con las dos manos. Toco la hierba, reverente, no deseo que las briznas se desprendan de su lugar. Casi todos mis compañeros se han tendido: iuna derrota hermosa!; alguno, arrodillado, reza. Una escena sublime y patética. El encuentro con la hierba logra romper la monotonía de la marcha. Todo es alborozo y felicidad (en silencio, sin producir sonidos).

Me levanto y miro hacia los animales; están tan contentos

como nosotros. ¡Más!, pues ellos vivían en praderas, bosques, selvas, estepas, montes... Ellos respiraban fragancias de tomillo, lavanda, amapola, orquídea, sauce, olivo... Sus madrigueras, sus nidos, eran de rama, zarza, nenúfar, césped, palmera, hoja, arbusto... No ignoran que es imposible rumiarse este prado, pero su contemplación, ¿su olor imposible?, los excita. Las manadas giran en rápidos círculos sobre la hierba. Desde las alturas, las aves descienden en vertiginosos picados, se posan, picotean con sus picos de barro, elevan el vuelo, saltan, aletean, regresan al suelo, frotan plumas contra plumas... ¿cantan?... Cómo saberlo.

Pasamos mucho tiempo, inmersos en este estado de saludo gozoso. Después, en las filas de vanguardia, alguien ordenó avanzar. En un momento reconstruimos las hileras y la marcha prosigue. Ahora nuestras manos no están unidas, vamos a caminar en solitario, sin el apoyo del compañero. Con paso calmado, recreándonos en la frescura del suelo. El suelo se cubre de hierbas y arbustos (muy altos, muy verdes), alguno me llega a la rodilla. Durante tramos extensos, el suelo es verde esmeralda, como el césped de los jardines; en el camino que divide personas de animales puedo ver las primeras agrupaciones de flores diminutas (amarillas, azules, malvas, rojas, blancas, verdes, anaranjadas, irisadas...), alguna carrera de setas y hongos gordezuelos de tejado blanco que se desparraman por la Llanura Sorprendente. Parece que de los tejadillos de las setas coloreadas (sobre rojo, lunares blancos, azules) vayan a salir enanitos mágicos, queridos habitantes de la infancia encantada. Millones de mariposas, abejas, libélulas, moscas y demás turbamulta de insectos se precipitan por la Llanura, revolotean entre nuestros cuerpos; tropillas de

hormigas disciplinadas, de escarabajos organizados, de saltamontes inquietos, de grillos, arañas, garrapatas... ocupan sus territorios, regresan a su patria. Sin duda, pienso, así era el Vergel del Pasado; aquí todo tiene luz y color, todo se mueve, palpita. Es agradable ver evolucionar a tantas especies diminutas; la mayoría, hasta ahora, había permanecido oculta, con sus pequeños cuerpos dispersos entre los de animales gigantes; alguna vez he visto nubes de insectos que volaban muy apretados... Así caminamos, inmersos en la maravilla.

NOTA: *In memoriam. Trilogía Esencial. Segunda Parte: Primavera.* «(Año 13638. Diario de un hombre de barro)», p. 129-131.

CANTO LI

Frente a mi ventana quedan cinco castaños centenarios; ejemplo mudo del paisaje del ayer. Su ramaje verde amarillo se alinea, tronco frente a tronco, en una hilera que marca el paso de sendas remotas que los peregrinos tomaban al llegar a mi ciudad. Lo llamaban Camino de la Plata. Son cinco árboles de corteza muy castigada; el rayo desarboló al cuarto hermano. A pesar de todo, cada primavera, acompaña a sus compañeros en el rebrote: no se resigna a morir. Son castaños ancianos, de abrigo entrañable; tienen las horquillas centrales muy abiertas, hacia la copa, el ramaje se cierra en multitud de ramas entrecruzadas. Cinco castaños que conforman un rincón caprichoso de paz en el corazón de la urbe. Lo que queda de un bosque hermoso; los árboles,

majestuosos, se dejan mecer por los vientos turbulentos de mi tierra; nada les inquieta. Inmutables, observan llegar y partir las estaciones. Ramas descarnadas, nevadas en invierno; cuerpo florido en primavera; sombras pletóricas en verano; oros apacibles en otoño. Así es su existencia. Imagen de tiernas frecuencias, en la espera de la lluvia vivificadora que, ahora, se derrama; los castaños permanecen atentos, con sus sentidos desplegados, ante la tormenta fugaz. Agazapados en sus ramas, los gorriones tranquilos ven deslizarse por las hojas el goteo lento del agua inesperada. La niebla cubre de humedad el último paisaje, los castaños intuyen su próximo final, y en plegaria terminal apuran el regalo postrero de las nubes. No volverán a encontrarse. El árbol derribado no podrá llamar a la nube viajera, ni ésta enviarle el saludo de su hermano lejano, de otras tierras. El árbol caerá bajo el filo del hacha inconsciente, la ciudad perderá otro trozo de su alma maltratada. Sobre el suelo verde surgirá la presencia gris. Otro edificio muerto taladrará la fértil pradera. De los castaños, nadie volverá a hablar; de la belleza perdida, nadie se acuerda.

NOTA: *In memoriam. Trilogía Esencial. Segunda Parte: Primavera.* «Canto LI», p. 140.141.

Arena en el estómago

Raúl Elena Calvo

Si a mi padre le mencionaban a Ponce se reía. Si en la misma conversación volvía a sonar su nombre, se rascaba la cabeza, detrás de la oreja derecha, como esperando que pasara el tiempo. Si por casualidad, a alguno se le ocurría sostener que Ponce no era simplemente un torero más, sino uno de los grandes, a mi padre se le hinchaba la vena del cuello, soltaba dos juramentos, y luego, resoplando, se levantaba de la silla rumiando la misma frase de siempre: «Con la puntita», decía, «ése torea sólo con la puntita». Cuando ya se perdía por el pasillo, se daba la vuelta y me miraba: «José Tomás; eso sí es arte. No lo olvides. José Tomás».

A mi padre le gustaba entrar solo a los toros. A mí, a veces, me dejaba acompañarle hasta Las Ventas. Tomaba siempre una copa de coñac en una taberna vieja de la calle Alcalá. Había fotos de toreros, montones de fotos, por todo el local, y carteles con nombres muy bonitos y entradas de corridas de hacía mucho tiempo. «Mira, Manolete», me decía apuntando con el dedo índice estirado hacia un rostro delgado en blanco y negro. Luego me giraba agarrándome por los hombros y me decía: «Mira, Ordoñez». El camarero, un

abuelo encorvado con el delantal blanco y muy sucio, atado mal a la espalda, me miraba y sonreía. Aquel sábado de mayo, además, me sirvió un refresco sin preguntar, y a mi padre otra copa queapuró despacio, paladeando, haciendo un ruido escandaloso al acabarla. Sacó la cartera y pidió un puro. Cuando el viejo le tendió la caja abierta para que eligiera, mi padre dudó, revoloteó con la mano haciendo círculos, y al final eligió uno enorme. «¿Qué pasa hoy? », preguntó el camarero, «¿ya vas a poder con eso? ». «José Tomás», respondió mi padre satisfecho. «José Tomás; eso pasa». Y nos fuimos a la calle.

Nos encontramos a unos vecinos del barrio que también iban a la corrida. Mi padre se las arregló para inventarse excusas y librarse de ellos rápidamente. Pasamos al lado de una fuente en las que varios niños de mi edad jugaban a mojarse. En menos de un minuto vi los ladrillos rojos de Las Ventas.

Habíamos quedado con mi madre en la puerta, como otras veces. Me recogería y luego iríamos andando hasta casa, sin hablarnos, o le esperaríamos sentados. Era una especie de pacto: el niño no entraba a los toros. Y es que a mi madre no le gustaban los toros. No le gustaba nada. Había aceptado con resignación que mi padre se gastara el dineral que se gastaba en San Isidro y, a veces, en algunos festejos esporádicos fuera de Madrid. Había aceptado incluso las tertulias en casa, los domingos sobre todo, con mi tío Emilio y algunos amigos que se las daban de entendidos —según mi madre— para pasarse la tarde entera dándole andanadas a la botella de Lepanto o las de Rioja, y al jamón cuando había. «Aquí por lo menos le tengo controlado», les confesaba a mis tías en la cocina.

«Anda, mira a ver qué hace tu padre», me decía alguna vez cuando me veía dudando si entrar o no en el salón. Yo entraba obediente; me acercaba a la mesa, o me sentaba en el sofá de cuero junto a mi padre y les escuchaba hablar —a él sobre todo— de las grandes corridas, de los naturales más inolvidables, de los trucos para salvar el viento en los capotes y de la mano izquierda de Antoñete. No entendía casi nada, pero me gustaba la voz de mi padre pronunciando esas palabras. Me gustaba verle levantarse con la cara encendida y la camisa empapada por la espalda y las axilas, para hacer una especie de paseillo breve que provocaba las risas de todos, o para detenerse en medio del salón y rememorar un par de verónicas o un pase de pecho que siempre tenían fecha, lugar y nombre.

Mi padre miró el reloj y se separó unos metros para intentar ver entre la gente. Faltaba muy poco para las cinco y mi madre no aparecía. Yo merodeaba entre los puestos de pipas y caramelos. «¿Dónde se habrá metido esta mujer?», dijo en voz alta, «precisamente hoy; si nunca se retrasa». Las puertas empezaban a despejarse; algunos hombres buscaban y ofrecían entradas fuera de las taquillas que llevaban ya tiempo cerradas. «¿Una para el chaval?», le preguntó sin levantar la voz un joven muy moreno al pasar junto a mi padre. El sol calentaba mucho. Llegaba un murmullo enorme desde la plaza. Mi padre echó mano a la cartera mientras llamaba al tipo que le había hecho el ofrecimiento. Pagó mi entrada. Me agarró muy fuerte del brazo y me llevó hasta la puerta número siete. Entramos. «Recuerda muy bien este día», me dijo. Me senté junto a él en un tendido de sombra y miré al ruedo. No sé por qué pensé en una película de

gladiadores romanos. Discutió con el viejecillo de al lado que no quería dejar que me sentara allí. Cuando empezaba el paseillo —José Tomás era el de grana y oro, me dijo—, el viejo y mi padre aparcaron la discusión para siempre.

Me asustó el silencio que inundó la plaza cuando los toreros iniciaron su faena. Había imaginado el espectáculo como un concierto explosivo lleno de ruido y de sangre. Me gustaba el silencio, y me gustaba también la música que anunciaba los cambios de tercio y, a veces, me distraía mirando a la banda y la gente sentada en los tendidos. Pregunté el nombre de los otros toreros. No recuerdo que nadie me contestara. No recuerdo nada de lo que hicieron en la arena.

José Tomás toreaba en tercer lugar. Mi padre se puso muy serio cuando le vio coger el capote y avanzar hacia el toro. Yo pensé que iba a pasar algo malo. El viejo se movió a mi lado y me golpeó las costillas con el codo. Lo hizo todo el tiempo; cada vez que el toro embestía, cada vez que el torero remataba una serie de capotazos y miraba al público. Acabé acostumbrándome. Luego, un hombre demasiado bajo se ocupó de poner las banderillas. José Tomás, mientras, bebió dos sorbos de agua apoyado en el burladero. Más clarines. Mi padre sudaba como si estuviera descargando cien camiones a la vez y no le quitaba la vista de encima, no se perdía ni un solo movimiento de su cuerpo. Antes del tercer pase con la muleta la plaza empezó a moverse. Me levanté como todos y aplaudí. Aplaudí a rabiar. «Al natural no; al natural no pasa». «Pasa, claro que pasa, abuelo», contestó mi padre sin mirarle, como si estuviéramos sentados en el salón de casa. Me mordí la lengua cuando vi al toro pasar tan cerca. Una vez, dos veces, no sé cuántas. La plaza entera se suspendía en

el aire. Cerré los ojos un momento e imaginé que el baile de ahí abajo estaba pasando en una pista de hielo. «Qué grande, dios, qué grande», creí entender a mi padre en un susurro mientras sacaba un pañuelo blanco del bolsillo y se limpiaba las mejillas. Luego, vi la espada manchada de sangre; me pudo el estruendo y me senté. Mis manos ardían.

Al salir vi el banco vacío en el que alguna vez mi madre y yo esperábamos. Pensé que estaría en casa, enfadada conmigo. No me importó. Cuando llegamos otra vez a la taberna mi padre había crecido. Se había cuidado bien de secarse todas las lágrimas antes de entrar y sonreía de una forma que dejaba ver sus dientes renegridos. Le abrazaban y le felicitaban como si hubiera salvado la vida a alguien. Me gustó sentir que era importante y me imaginé a mí mismo creciendo tanto como él. El camarero, sonriente, sirvió una hilera muy larga de copas. Y luego, otra. Y otra más. Parecía que toda la plaza se había citado allí para seguir festejando lo que habían visto. Pasé mucho tiempo sentado en una mesa marrón de formica, bebiendo refrescos que no pedí. Recordaba todavía el ruido, y notaba con claridad la arena y el cosquilleo en el estómago. De vez en cuando me miraba la punta de los dedos y me los pasaba por los labios para comprobar que ya no quemaban.

El sol no calentaba tanto cuando salimos y nos dirigimos andando hacia casa. Mi padre andaba despacio, en silencio, y, de vez en cuando me daba un cachete cariñoso o me revolvía el pelo. «Qué suerte has tenido, bribón», me decía. Paramos en la fuente a echar un trago de agua. Él se mojó las manos y yo me reí cuando le vi meter la cabeza entera debajo del chorro helado. Nos reímos los dos. Tardamos una eternidad

en llegar. Antes de doblar la última esquina mi padre paró en seco; dio un par de pasos atrás y me señaló un cartel que anunciaba la corrida del día siguiente. Puso el dedo en la pared, debajo del nombre, y empezó a reírse a carcajadas. «Don Enrique Ponce», dijo, medio ahogándose, «no se atreverá, hijo, no se atreverá, seguro», y arrancó una tira de papel despegándola de la pared. Yo también me reí a carcajadas, di un salto y me abalancé sobre mi padre para subirme a su espalda. Estuve a punto de hacerle caer. Hizo un gran esfuerzo para sujetarme, y no paró de reír. Llegué al portal de casa a hombros de un gigante.

El criado infiel

José Carlos Iglesias Dorado

*Todos los objetos hieren
arrojados con violencia destemplada*
Jorge Villalmanzo

Hace cuarenta años que sigo la misma rutina.

Me levanto temprano, antes de que cante el faisán, observo mi rostro ajado e impertérrito en el espejo del recibidor, estiro un poco las piernas por el jardín y ordeno a la servidumbre lo dispuesto para el día en cuestión.

Después me encargo personalmente de preparar el desayuno del señor barón: un croissant de mermelada de frambuesa de los bosques cercanos, un zumo de naranjas traídas expresamente del valle de Napa, una rebanada de pan reciente untada con mantequilla de leche de vaca de Yorkshire y una taza de café humeante, de Colombia por supuesto.

Siempre el mismo desayuno, lo cual no deja de ser, pienso todos los días mientras me encamino a servirlo seguido por una sirvienta que porta en su bandeja de plata el frugal tentempié, una metódica ventaja.

A las nueve en punto de la mañana atravesamos el ala sur de la mansión hacia el primer piso, donde después de cruzar por la sala victoriana y dejar a la derecha el cuarto de invitados azul turquesa, mis nudillos actúan en un gesto mecánico y compulsivo que consiste en golpear tres veces la puerta de la habitación del barón.

Unos segundos de espera darán paso a un gruñido ininteligible que hace ya tiempo codifiqué como la aprobación para penetrar en el santuario donde mi amo se retira cada noche a descansar y soñar con los ángeles y ¿por qué no? con algún que otro demonio.

La sirvienta me cede la bandeja en ese momento y desaparece como una buena actriz secundaria en una comedia londinense.

Una vez dentro de la habitación, y en penumbras, termino de despertar con voz afectada al señor barón. Acto seguido, deposito la bandeja del desayuno en la mesita de caoba con sumo cuidado, descorro las cortinas en un gesto suave pero enérgico, y le deseo, con un repertorio de dos o tres variaciones que elijo dependiendo de la forma de las nubes, que tenga un día provechoso, lo cual, dicho sea de paso, es de lo más adulator por mi parte, pues hasta el momento todos los días en la vida del barón siempre han sido de lo más provechoso.

A continuación desaparezco hasta las cinco en punto de la tarde, en que mis servicios serán requeridos de forma inexcusable.

Es el momento en que cada uno ha de dedicarse a sus tareas, a esos quehaceres cotidianos, a esas faenas rutinarias sin cuya exactitud no coordinaría bien el planeta sus

movimientos de rotación y traslación.

Además, al barón le trae al fresco lo que haga con mi vida desde el momento en que me esfumo de su habitación hasta que vuelvo a aparecer de nuevo, cuando el viejo reloj de carillón del siglo XVIII dé las cinco en punto.

A mí, personalmente, tampoco es que me incumba demasiado su forma de emplear el tiempo, aunque no deje de admirarme ese ansia frenética por manipular sofisticadas operaciones financieras cuyo único fin es, según él, el de proporcionar al resto de los mortales una existencia placentera, despreocupada y lo más relajada posible.

No seré yo quien ose inmiscuirse en los asuntos que a diario despacha mi atareado patrón, aunque la experiencia acumulada y la humildad que conllevan mis ocupaciones me hayan hecho ver las cosas de una forma mucha más cercana a la realidad de lo que sus asesores alardean en los informes anuales.

El señor barón controla importantes compañías farmacéuticas que venden medicamentos a los países más pobres a un precio superior al del mercado, eso sí, después de haber tenido la deferencia de infectar a buena parte de su población con un extraño virus que sólo su medicamento podrá combatir, aunque de forma lenta y onerosa.

Mi amo el barón es también el máximo accionista de una multinacional que fabrica potentes vehículos de gran cilindrada, unos automóviles mucho más rápidos y robustos que los de la competencia, y cuyos ocupantes apenas sufren accidentes de consideración, no así el resto, indefensos ante tan imponentes armatostes.

Pero el barón, hombre magnánimo y calculador, aún

tiene tiempo para ser el mecenas de una fundación donde son atendidas las víctimas de los accidentes de tráfico causados por esos vehículos tan potentes y veloces, seres tristes y desagradecidos que se mueven silenciosamente en sus sillas de ruedas, y que son incapaces de esgrimir unas palabras de satisfacción cuando su benefactor acude, por Navidades, a felicitarles el año y de paso tratar de elevar su deteriorada moral.

Aún sacará tiempo el señor barón, después de la cabezadita tras el almuerzo, para cultivar su espíritu paseando por los extensos jardines de la mansión, y jugar un poco al golf con alguno de sus vecinos, de forma noble y distendida, no en vano por aquí todos los propietarios pertenecen a la más rancia y aristocrática nobleza

A veces le observo a lo lejos, mientras camina agarrado del brazo de algún marqués o alguna vizcondesa, compartiendo confidencias al oído. Detrás de ellos van los caddies, portando el voluminoso carrito con hierros, putts y demás palos, y no puedo por menos de imaginar a ciencia cierta sus maquinaciones, que más bien parecen juegos inventados para la gente de su alcurnia y linaje: mañana destituir al presidente de un consejo de administración, pasado derrocar al presidente de un país africano donde han descubierto un importante yacimiento de piedras preciosas, después especular con el precio de la malta y la cebada para así obtener pingües beneficios, aún a costa de pagar los parroquianos en los pubs la pinta algunos peniques más cara de lo que debería estar.

En fin... yo, por mi parte, y ajeno a ese tipo de conspiraciones y tramas, me dedico a algo más prosaico y

gratificante: me encierro en el invernadero junto a mis plantas y mis entelequias. Me olvido de todas esas minucias y me evado podando un bonsái, trasplantando un rosal o plantando unas azaleas.

Dejo que pase el tiempo y el tiempo me dice que sólo debería dedicarme a estas ocupaciones, y no a otras.

Además, aquí, en el invernadero, nadie me echa en falta, ni el barón siquiera, pues... ¿a quién le interesan las intimidades de un simple mayordomo cansado y acostumbrado a estar solo?

Pero hoy, por fin, cambiamos de hábitos. El señor barón ha decidido hacer una concesión, y ha montado una espectacular cacería por los alrededores de la mansión. Como hace ya hace algún tiempo que el zorro dejó de interesar, varias manadas de corzos corretean juguetonamente entre los robles sin imaginar la fiesta en la que van a participar, muy a su pesar.

Tenemos pues bastantes invitados, alguno de ellos muy importantes, y el barón me ha pedido, de forma inusual, que me esmere con el té. Un anfitrión que sirve un buen té se convierte en el anfitrión perfecto, con el mundo a sus pies, y todos los demás poderosos rendidos al simple y cautivador aroma de unas estimulantes plantas elaboradas con suma paciencia oriental.

A las cinco en punto apareceré con mi mejor traje por el salón. Será el momento de demostrarle a la humanidad toda mi sabiduría, dedicación, elegancia... y hastío.

Dudo mucho que alguno de los invitados sepa distinguir entre un auténtico té hindú de Darjeeling y el injerto artesano que después de muchas horas de ensayos he creado a

solas en el invernadero. Nadie notará la diferencia de sabor. El barón me felicitará y después de hacer una pequeña reverencia desapareceré del salón con el mismo sigilo y cuidado con el que he preparado éstas últimas tazas de té.

Después colgaré la librea y saldré por la puerta de servicio, flanqueado por guardaespaldas, vigilantes de seguridad, agentes secretos y escoltas. Me perderé en el bosque, juntos a los zorros indultados, las ardillas enloquecidas y los corzos sentenciados. Y allí seré feliz, alimentándome de hierbas y bayas silvestres. Sin más pretensiones que mantener contacto con los espíritus de los que aman las plantas, la poesía y las personas.

Sé que ni el barón ni sus invitados perdonarán mi experimento, aunque ni tiempo tendrán siquiera para comprobar que, a veces en la vida, las pequeñas cosas sencillas son mucho más importantes que toda la parafernalia monetaria, globalizadora y mercantilista.

Al fin y al cabo, lo único que he tratado es ser fiel a algo que me enseñó una vez el barón: el altruismo ha de ser lento, rutinario y engañoso, y sobre todo invisible y sutil como las manos de un jardinero, que no se note nunca quien lo lleva a cabo.

Enseñanza de un día tardío

Estíbaliz del Val

Muchas veces, cuando despertamos y vemos que el sol tímidamente comienza a hacer su trabajo, nos desperezamos, y comenzamos a oír los pajarillos saludarle en el patio, buscando el café que sin duda nos pondrá en marcha en un largo día, nos olvidamos de la infinita cantidad de días diferentes que empiezan en ese mismo momento a nuestro alrededor.

Hay días felices, donde todo parece sacado de un anuncio de la tele, días fríos, donde la baja temperatura no tiene porque ser la culpable, días trepidantes, días aburridos, días tristes, días tranquilos... pero a mí los que más me gustan son los días tardíos, porque son esa clase de días que, aunque pasan desapercibidos, llegando incluso a ser invisibles, con el transcurrir de los amaneceres, a veces puede que muchos, otras alguno menos, vuelven al recuerdo, ya que, sin darte cuenta, notas que en ese día por lo menos hay algo valioso que has aprendido.

Estaba yo en uno de esos días que iban del frío a lo invisible, atendido a todas esas cosas que aun siendo importantes son muchas veces prescindibles, cuando sin darme cuenta noté que algo en mi crujía. ¡Ay! la edad —me

dije—, ¡ay! lo mal que como —pensé— ¡Uff! tengo que hacer más ejercicio —me auto-ordené—....

Como iba pasando el rato y ese crujido tan insistente seguía haciendo su aparición cual hipo inoportuno, decidí intentar algo para eliminarlo o al menos conseguir olvidarlo y poniéndome lo primero que encontré (total iba a ser un día invisible) bajé al parque más cercano, tal vez, disfrutando de esos primeros días de primavera mandase ese crujido a paseo y pudiera volver lo antes posible a las cosas de todos los días

Cuando llegué, a pesar de que todo estaba tranquilo y pude ver que las flores ganaban la batalla a la tierra y ya sobresalían sobre la hierba y los pájaros disfrutaban de los rayos del sol que antes habían tan de buena mañana saludado, refrescándose al mismo tiempo con las gotitas de agua que saltaban estrepitosamente de la fuente, no me sentía mejor, es más, ese crujido cada vez parecía más sonoro.

Lo peor de todo fue que, cuando me paré en un recodo del sendero que había tomado, caí en la cuenta de que ese ruido interno no había comenzado justo esa mañana, podía asegurar que llevaba ya varios días escuchando ese sonido de fondo, que, a pesar de su cri-cri inicial, ya se estaba convirtiendo en un desagradable brum-brum, qué curioso es —me dije— que sólo cuando hacemos una parada en el camino nos damos cuenta de la existencia de cosas que pueden llevar días e incluso años junto a nosotros y que a pesar de que posiblemente sean nefastas, son ignoradas completamente.

Seguí observando el parque, sus árboles grandiosos, sus arbustos chaparritos, sus columpios alzándose mientras imaginaban ser enormes castillos y sus bancos que siendo estos, los de sentarse, apacibles sitios, ofrecían sus servicios

para poder descansar tranquilo.

A pesar de estar ante un paisaje fabuloso, la verdad es, que me hubiera gustado encontrar, dibujando el viento y bailando con la brisa, las risas de los niños, pero tal vez hace tiempo habían dejado de considerar ese parque su sitio.

Como no quería volver a encerrarme en las paredes de mi casa, decidí hacer un nuevo alto en el camino, sentarme y pensar a cerca del origen del insistente ruido.

Fue unos minutos más tarde cuando una voz me alejó de mi «come-come» diciendo:

—¡Ah! ¡Otra vez ese ruido! ¡He aquí otro oxidado que empieza a estar asustado!

Y efectivamente, fue que tras escuchar esa frase, cuando espantado dirigí mi mirada hacia la voz y encontré frente a mi a un hombre de edad indefinida, de aspecto, ahora que lo pienso, indescriptible, que me miraba con unos ojillos entrecerrados, no sé si por el sol o por tener unos párpados ya cansados, un hombrecillo del que muchos hubieran rehuido, incluso tal vez yo, si al sentarme lo hubiera visto, pero ahora, lleno de curiosidad, decidí preguntarle si él sabía lo que era ese ruido y el anciano, con esa sonrisa que sólo saben poner las personas que cuando lo necesitan encuentran a alguien que les escuche, empezó a contarme la siguiente historia:

Cuentan que al comienzo de los tiempos cuando hombre y mujeres empezaban a poblar la tierra y todo lo que decían o hacían era un puro experimento, que unas veces salía bien y otras mal, pero del cual siempre aprendían, apareció una terrible plaga que les atormentaba y amenazaba con dejar todo en un simple principio.

Esta plaga que tanto les asustaba y para la que aún no les

había dado tiempo a aprender el remedio, acarreaba una serie de síntomas que empezaban a ser inconfundibles, sobre todo por lo frecuente de su aparición y su diferencia con las pocas enfermedades a las que se habían enfrentado hasta ahora.

Todo comenzaba con un tímido cri-cri que con el paso de los días se convertía en un terrible brum-brum llegando a ser tan molesto y tormentoso que al final a quien atacaba le paralizaba, ya no sólo para comer o andar, si no también para hablar e incluso escuchar, impidiéndoles hacer una vida normal y que la final les terminaba por convertir en una roca rojiza que para lo único que servía era para adornar los caminos que aquellos hombre y mujeres empezaban a transitar.

En un principio no le dieron demasiada importancia, ya que consideraban que había tantas cosas por hacer que no se podía parar por un simple crujido o por unas pocas piedras grandes en el camino, pero la situación llegó a ser verdaderamente preocupante cuando avanzando el raro virus rápidamente entre la comunidad hizo que las rocas ya no fuesen un adorno bonito si no un obstáculo para poder llegar a cualquier sitio, por ello, lo que comenzó como un simple hecho sin mucho sentido pero que en realidad no molestaba, paso a ser un asunto a resolver de vital importancia para aquellos hombres y mujeres que aun tenían todo por hacer.

Como estaba acostumbrados a arreglar las cosas experimentando con todo aquello que estaba en sus manos, decidieron que la mejor solución seguramente sería trabajar aún más duro y con mayor insistencia en todas sus

obligaciones que como hombres y mujeres de bien que eran tenían que atender, pero fue un intento fallido, sucedió que el virus aceleró su paso y contagiando cada vez a más personas que, al convertirse en rocas, bloquearon muchos caminos.

Al no dar resultado pensaron que era mejor probar otro tipo de cosas, como por ejemplo aislar a la población afectaba para que no se contagiase las personas que ellos consideraban sanas, pero tampoco dio resultado y sólo consiguieron crear montones de rocas rojizas y que la gente que empezaba a notar los primeros síntomas no dijera nada por miedo a que les echasen del poblado, haciendo esto que comenzasen a aparecer enormes piedras en las calles o frente a puertas y ventanas, impidiendo su apertura y que por tanto quedasen inutilizadas por no poder acceder a ellas o que debido a la falta de sol y ventilación se volvieran inhabitables.

Si algo caracterizaba a estas personas era eso que se dice de «no darse por vencido fácilmente» y probaron con pócimas y ungüentos porque ante otras enfermedades esos remedios les habían ayudado, pero una vez más, continuaron sin conseguir un buen resultado, al principio, parecía que el ruido desaparecía y que habían dado con la solución definitiva, pero al pasar los días todos los síntomas volvían a aparecer y con mas energía, algunas veces incluso empeorando ya que no solo era un cri-cri o un brum-bum, también se podía escuchar una especie de grito que aunque lejano era ensordecedor y que no se marchaba ni en la fase final de la enfermedad cuando la persona ya se había convertido en roca, agravando por tanto la situación general de la población, ya que, no sólo tenían rocas que entorpecían

caminos o bloqueaban puertas y ventanas, si no que contaban además con una terrible cantidad de rocas que gritaban y les hacían incluso ensordecen, algo que sin duda era terrible porque cuando comenzaba la enfermedad en sus cuerpos no oían sus primeros síntomas y se convertían en rocas sin ni si quiera poder despedirse de sus conocidos.

Iba pasando el tiempo y las situación era insostenible había ya más rocas que personas cuando una de sus pobladoras que estaba empezando a oír en su cuerpo ese fatídico cri-cri decidió tomar cartas en el asunto y buscarle una solución definitiva. Para ello emprendió su búsqueda siguiendo el único camino que las rocas no habían bloqueado porque al ser el menos transitado, no había pillado allí a ninguna de las personas en transformación.

Recorrió valles y montañas, cruzo ríos y rodeó lagos y aunque no dejaba de escuchar el cri-cri, notó como no aprecia el brum-brum, y eso, en el fondo, le animaba a seguir su camino, a pesar de que, cuando se cruzaba con otras personas y describía la curiosa plaga, en el mejor de los casos, cuando no huían presas del miedo por el contagio, le dijese que no conocían la solución.

Cada vez los senderos eran más solitarios y más oscuros los caminos y el remedio tan ansiado seguía sin aparecer, angustiada, desolada, acompañada de ese raro sonido que, ahora, incluso y para no estar tan sola, se paraba a escuchar de cuando en cuando a lo largo del recorrido, llena de ira, decidió parar y volver, regresar a un destino que, sin duda, la convertiría en otro estorbo en su poblado que con tanto trabajo y tesón había construido, tanto que le había impedido querer, tanto que le había impedido reír, tanto que sólo le

había dejado, ahora que lo pensaba, justo tiempo para vivir, pero sin dar espacio a ninguna emoción, sin permitirse experimentar ningún tipo de sentimiento que no fuese útil para realizar todas aquellas cosas que era obligado hacer

Fue en ese momento cuando sus pies se paralizaron, sus piernas se quedaron rígidas y la transformación en roca anunció su inicio, no podía ser, no podía pillarle tan lejos de sus compañeros, no podía ocurrir que todo terminase ahí, en un lado de un lejano camino, ella no merecía ese destino.

Estaba dándole vueltas a todo esos pensamientos que se agolpaban en su cabeza, como si tuvieran prisa también por escapar, cuando, de pronto, sus ojos, justo unos segundos antes de que se convirtieran en roca, comenzaron a llorar, por supuesto que ella no sabía que era ese líquido que salía de ellos, puesto que sólo había tenido tiempo en su vida para trabajar, pero comprobó con alegría cómo, a medida que esas gotas de agua que salían de su interior mojaban la roca en que se estaba convirtiendo su cuerpo ésta se despedazaba y era absorbida por su propio organismo,

Tras terminar de llorar y ver que ya no tenía ni rastro de minerales rojizos en su cuerpo y además había desaparecido el crujido delator, llena de esperanza, descaminó todo el trecho recorrido y llegando sonriente a su pueblo, algo que sorprendió a sus compañeros porque nunca habían visto ningún tipo de expresión en un rostro y menos de ese tipo, les explico lo que había ocurrido, cómo pensando en cómo se sentía en su interior, en definitiva, haciendo caso a ese ruido, había conseguido que de sus ojos saliera un líquido extraño que logró disolver la roca en que se estaba convirtiendo.

Todos la miraban extrañados, consideraban que lo que

contaba no era útil ni tenía ningún sentido, pero decidieron probar, porque en el fondo no tenían que perder y tal vez algo bueno, poco o mucho, que ganar.

Y así fue, todos los hombre y mujeres de la comunidad que empezaban a padecer el virus se pusieron a escuchar ese ruido y por medio de él, y lo que les dijo, se dieron cuenta de todas las cosas que nunca habían sentido y que en su afán por crecer y avanzar se habían olvidado de amar, pero también de reír y lo mas importante de llorar y era eso lo que les había hecho convertirse en piedra, ya que, los hombres y mujeres, dentro de toda su perfección, y con el fin de que no se parecieran en nada a las rocas duras frías y sin ningún tipo de emoción, habían sido creados con la cantidad justa de agua en su interior que les permitiera poseer un alma sin rigidez, capaz de sentir, capaz de poderse emocionar.

El problema estaba en que, ese agua, de vez en cuando, era necesario que fuera expulsada, con el fin de que no se oxidasen los sentimientos con los que también habían sido creados, y que a estos hombres y mujeres en su afán por avanzar, se les había olvidado sentir y expresar cualquier tipo de sentimiento que no tuviera nada que ver con su trabajo por lo que la acumulación de este liquido hacia que se oxidaran sus engranajes internos y comenzasen a hacer un pequeño ruido, siendo después algo más molesto, llegando ese óxido finalmente a convertirles en enormes rocas de mineral ferruginoso.

Pero ahora ya habían aprendido la solución, de vez en cuando tenían que parar y simplemente ponerse a escuchar, tenían que aprender a sentir... desde entonces ya no tuvieron ningún tipo de duda pues sabían lo que era que sus allegados

de convirtieran en enormes rocas y decidieron que la menos una vez al día pararían a escuchar si el ruidito acudía a advertirles que algo estaba pasando y cuando esto ocurría, si hacia falta, lloraban, sí lloraban para que ese líquido que estaba rebasando peligrosamente el límite no comenzase a oxidar sus engranajes y fue desde ese día cuando ya nadie más se convirtió en roca...

Y dicen por ahí, que incluso algunas del las que estaban en el camino bloqueando puertas y ventanas o las que gritaban ensordeciendo a toda persona que estuviese cerca también se dieron cuenta de lo que había ocurrido e intentaron recuperar todo eso que el oxido había corroído un día y a fuerza de sentir y llorar pudieron recuperar su alma oxidada y continuar con su destino...

—Así que, amigo mío —dijo el anciano que acababa de contarme la historia—, haz el favor de escuchar un poco ese ruido que oyes porque te está avisando de que algo en tu interior se está corroyendo y tienes que hacer un alto en el camino o te convertirás en una roca insensible con la que nos tropezaremos todos en medio del camino...

Y dicho esto se levantó y se fue, dejándome solo en el banco, confundido y lleno de preguntas.

De camino a casa fui dándole vueltas al asunto y caí en la cuenta de que era cierto, que hacia días que no me paraba a escuchar, no me paraba sentir y ya no me acordaba cuando era la ultima vez que sin darme cuenta me había puesto a llorar... y de verdad que no os voy a contar si ese día lloré o no, solo sé que desde que escuche la historia desde la sonrisa de ese anciano, aquel día tardío, ya no he vuelto a notar ningún crujido.

Desde pequeños nos enseñan a ser fuertes, a no llorar y muchas veces hasta a no sentir pero con las palabras de ese hombre comprendí que son las lágrimas las que hacen que nuestra alma no se oxide y nos podamos distinguir, de las piedras de un solitario camino.

Las calabazas

José Manuel Sastre

A Jorge

Esa noche duerme mal. En la habitación de al lado oye la respiración de su hija y de su nieta. Alicia tiene algo en la garganta que le impide el paso del aire al estar tumbada y ronca. Suena mucho más alto el dormir de su nieta que el de la madre.

Han llegado por la tarde. Con tan poca maleta, que él supo en cuanto las vio que sería una visita breve. Como las de otras veces, como las de siempre. Por eso se quedó parado en mitad de la puerta de entrada.

—Hola, padre —su hija le buscó la mejilla y le dio un beso.

—¡Hola!, abuelo. —La niña se abalanzó sobre él. Cuando bajó la cabeza, sin dejarle tiempo a retirarse la boina, se aferró a su cuello y le besó.

No esperó mucho su hija a contarle el porqué de su visita. No más de media cerveza de silencio, sentados los dos en la mesa de la cocina. Alicia había salido a la huerta con el perro.

—Necesito dinero, papá.

—¿Ahora me llamas papá?

—No empiece —revolvió el casco dorado. Bebió un sorbo y lanzó un pequeño eructo de espuma blanca—. Necesito un poco de dinero. No es para mí, es para Alicia. Tengo que operarla. Bueno, para las dos. No tengo trabajo y debo unos meses de la hipoteca. Ya sabe, anda mal la cosa.

—Sí, sí que anda mal —dijo el viejo—. Asómate al huerto: todas las calabazas están sin recoger. No hay forma de venderlas. Nadie las quiere.

—¿Y Tomás? Tomás es amigo tuyo. Tiene que echarte un cable. Seguro que no le has pedido el favor. Tú siempre con ese orgullo que te envuelve como un cascarón, esperando a que vengan a pedirte las cosas. Como si vivieses en un palacio para dar cita previa a las visitas. ¿Quién crees que va a venir a pedirte algo a esta cochiguera?

El viejo calló.

Alicia entró con un portazo y con el perro detrás suyo, lleno de restos de babas pegadas en el morro.

—¿Qué hay de cena, abuelo?

El viejo madruga como el resto de los días. Suelta al perro por la finca. Se moja la cabeza y se peina con los dedos. Pasa las puntas de la toalla por las orejas y camina despacio en dirección al pueblo.

Tomás García, mayorista. El rótulo está sucio. Hace años que había sido clavado en la fachada y le falta pintura en algunas letras. Entra en el local, y apenas traspasa el umbral, le sale al encuentro un hombre encorvado y con el escaso pelo peinado hacia tras. Lo para, le tiende la mano y juntos salen de nuevo al quicio de la puerta. Hablan poco. Al

final, es el otro quien eleva un poco el tono:

—No, Andrés —le dice Tomás—, yo nunca me comprometí a comprarte la cosecha. Si lo hice todos estos años fue por hacerte el favor, no por hacer negocio. Sabes que no tengo grandes cámaras para guardar la mercancía. Voy comprando y vendiendo casi en el mismo día. Y este año a todos nos sobra producto. ¿Qué quieres, que se me pudra a mí en el almacén? De verdad, Andrés, que no puedo. Tú solo juegas tu parte, pero yo tengo a mi mujer y a las niñas. Ya sabes que me casé tarde y aún no saben tirar por ellas mismas.

Sí, piensa Andrés, sí te casaste tarde, maldito golfo. Y lo hiciste con la rica del pueblo. Que buen braguetazo empleaste. Un chupatintas de secretario de pueblo de tercera. Bien que lo vimos todos, cómo te acaramelaste a la hija del señor Juan. Si hasta mi mujer, la pobre, que no se enteraba nunca de nada, lo decía: ese secretaducho tanto rondar la finca va a conseguir lograr faena. Pero antes, y aún durante el cortejo, cómo reías las gracias a todas las mujeres guapas del pueblo: las engatusabas, las prometías y, con la misma rapidez, las olvidabas. Luego que el suegro te plantó el negocio, solo fueron ojos y manos para su hija. Aunque las manos y algo más los usaste antes de la boda con ella. Fue al altar, del brazo del señor Juan, con un vestido demasiado frondoso. Ésta oculta fruto, decía mi mujer, la pobre; ya verás cómo madura antes de primavera. Y así fue: en febrero le parió una nieta sietemesina de más de tres kilos de peso.

Lo peor no es que te niegue el pacto acordado. Lo peor es su invitación a tomar un vino. Que se atreva a compensar el engaño con un mísero vino. No, gracias, ya sabes que solo

bebo con los amigos, le dices. Se lo dices en la misma puerta del almacén. Y cuando Tomás te va a replicar se le quedan las palabras en la boca enfriadas, congeladas, porque por el callejón entra un camión cargado de calabazas.

Cuando regresa a su casa, la encuentra vacía. En la cocina, sobre la mesa hay un papel escrito con letras grandes y redondas: «Nos hemos tenido que ir. Muchos besos, abuelo». Él se sienta con el mensaje arqueado entre las manos. La cosecha de calabaza tendrá que quedarse sin comprador. Andrés se remueve en la silla; no solo por el problema del dinero, ni de dónde sacar para la cosecha siguiente. Ni el qué comer llega a preocuparlo. Piensa en cómo va a recoger las calabazas, dónde arrojarlas. Las calabazas no pueden amontonarse porque se escurren y extendidas ocuparían casi la mitad del terreno. No pueden quemarse, ni dejarse a la fresca... Las calabazas son el verdadero problema. Se arrepiente de la motoazada que ha comprado a cuenta, harto de deslomarse la espalda con la palota y el azadón. Se arrepiente de las pocas veces que ha gastado, del tabaco y del vino, hasta que se da cuenta de que es ridículo no poder fumarse una faria ni siquiera en domingo, o tomar un chato o dos en la cantina.

Pasa el día con el perro tumbado a su lado. Cuando lo mira, menea el rabo, golpeándolo contra la baldosa de la cocina. Casi suspira, el animal. Durante la tarde sigue sentado en la cocina con la cabeza llena de calabazas dando vueltas sin sentido como si fuesen pedaladas en una rueda de bicicleta sin cadena, hasta que el perro le pide la cena y el cuerpo la cama.

Con los primeros fríos de la mañana se levanta y se coloca sobre el buzo una chaqueta de lana azul, con las coderas rotas y sucias de barro. Sale con solo un trago de agua a la huerta: una explanada de tierra rojiza, cubierta de troncos amarillos y hojarasca ya seca. Como esparcidas desde el cielo, una lluvia de pelotas enormes, verdes, anaranjadas y amarillas, redondas u ovaladas, parecen canicas deformes, olvidadas en el patio de juegos por niños gigantes.

Pasea entre los surcos medio borrados por la maleza; solo respeta no pisar los frutos. Lleva en la mano el azadón a modo de cachava. Las calabazas más próximas a la casa están maduras y son las que hay que recoger pronto. La parte central, más filosa, es la más dulce, pero si fermenta, amarga y las calabazas se echan a perder. La cabeza le late por las sienes como si quisieran salirle brotes. Se aprieta con ambas manos, tanto que los pensamientos se le quedan estancados hasta que el último recuerdo fermenta amargo al revivir el resto de la conversación con su hija:

—Desde luego, padre, eres un guarro. ¿Tú crees que aquí puede comer Alicia? —su hija señalaba la mesa de madera con las botellas de cerveza y las mondas de patatas aún por recoger. Él pasaba un trapo y tiraba en una bolsa los cristales y en un cubo los desperdicios para que comieran las gallinas; pero la mujer insistía— No sé cómo puedes vivir así, entre tanta mierda.

—Vamos, hija —decía él—, ahora lo limpio un poco.

Pero aunque sus manos tuvieran la rodea dando vueltas por la mesa, la mirada se le fugaba con la niña, que salía de nuevo con el perro; le hubiese gustado dejarse arrastrar por

ambos hacia la puerta, pero los clavos que salieron de su boca le clavaron a la mesa de la cocina:

—¡Basta de reproches! ¿No has venido a por dinero? Pues déjate de reproches; busca en el cajón de la alacena por si hubiera una cubertería de plata, o, mejor aún, rasga el colchón para ver si escondo en él los ahorros. Pero si quieres ver algo reluciente, será mejor que empieces a limpiar tú...

Le interrumpió el portazo dado por su hija. Luego sus voces en el huerto llamando a Alicia. Eran voces mucho más altas de lo necesario, en la quietud de la noche.

Según camina entre el calabazar le parece ver brotar una muñeca nueva para Alicia, unas cortinas naranjas para la cocina, o el mantel de plástico con dibujos de frutas que tanto le gustaba a su nieta. Una vez Andrés estuvo en la ciudad, en casa de la hija; se fijó en las cortinas y en el mantel, abiertos y no dijo nada de la habitación con la cama deshecha, ni de los cacharros que tapaban la pila. No dijo nada. Se entretuvo con la niña y con aquella botella de cristal transparente que guardaba en su interior una calabaza alargada mucho más grande que el cuello por donde le dijo que la había metido. La próxima vez, quiero que me traigas botellas con naranjas y peras dentro, como estas del mantel, le había pedido su nieta.

Lleno de rabia apoya el mango de la azada sobre la calabaza que está a sus pies, y esta se abre en dos, con sus pipas pálidas y sus hilachos naranjas, sin ningún rastro de plásticos con frutas, ni de telas, ni de la pequeña muñeca. Recuerda la entrevista en el banco y, con más rabia, descarga de nuevo el azadón sobre otros frutos, que se abren seccionados como vulvas rojizas. Él se lo vio venir: Enrique, el del mostrador, le dijo que mejor hablar con el director. Con

el director, con el que nunca había cruzado palabra. Ni cuando sacó dinero, ni cuando lo metió. Él solo hablaba con Enrique. Era un hijo del pueblo y le conocía desde que era un crío. El director le invitó a pasar a su despacho y le señaló una silla frente a la mesa que servía de escritorio.

Según avanza, las calabazas son más duras y el arma se queda enganchada en la corteza. Se vuelve sobre sus pasos en busca del hacha afilada con el que pica la leña. Sigue luego degollando cadáveres, dejando una huella sólida de carne roja, hasta la puesta del sol. Las palabras del banquero le aturden más que sus propios golpes: mire, usted, señor Andrés, le decía el director, un joven con corbata en tonos azules un poco más apagados que los del traje: usted es un buen cliente. Y balanceaba unos papeles ante la cara del viejo, bien para justificar la certeza, o por contrarrestar los tratamientos de usted y de señor que le había dado en apenas media frase. No hay nada que hacer. Política del banco. Ya sabe usted, los de la capital no entienden de cosechas, pero nos es imposible dar más crédito. En realidad, lo que nos debe, vale más que los avales que tenemos. Pero de eso, no se tiene que preocupar, añadió. Ya sabe que siempre hemos tenido interés por su finca.

Andrés se levantó de la silla incluso antes de que el director pusiese los brazos en la suya. Salió con un breve adiós y, ya en el territorio conocido de la oficina, llevó la mirada al mostrador. Enrique permanecía tras el cristal de su ventanilla, mostrando tan solo la parte superior de la frente y un resto de pelo, rojizo y rizado, igual que lo tuvo su padre cuando fueron compañeros de pupitre.

La batalla la establece sin orden ni método. En uno de los

surcos del lindero, al golpear con el hierro, la fruta se abre y, como si hubiera una madriguera en su interior, aparece un pequeño ratón; apenas tiene los ojos abiertos.

El viejo detiene por un instante el impulso de dar con el filo al animalillo. Quizá por la compasión al cuerpecito menudo, o por la propia sorpresa; cuando levanta de nuevo el arma, el ratón ha emprendido la fuga. Lo persigue; su respiración suena como el ruido de un tren lejano. Va destajando terrones tras del ratón que, con su carrera zigzagueante, expone a los pies del viejo a los golpes, más que a sus propias ancas. Al final acorrála al ratoncito entre las hojas secas y la tierra encarnada, en un hoyuelo de los muchos que hay por la finca. Para un instante para recuperar resuello, pero, en lugar de atizar el golpe, deja resbalar el mango, despacio por su costado.

—Anda, vete —dice. Y al pensar que estaba hablando con un ratón, sonríe.

Esa noche se entretiene en hilar un cordel lo suficientemente fuerte para que sostenga su peso. Anuda el cabo a la viga del cobertizo donde guarda la herramienta y va a buscar un taburete a la cocina. Cuando vuelve con él, observa que por la parte de arriba de la viga, un ratón está royendo el nudo. Y, bien porque pensó en el ridículo del acto fallido, o por lo que fuera, se encarama al banco, desanuda la cuerda y la tira al rincón donde apila la leña. Ya en su camastro, se tapa con la manta y se duerme.

***San Jorge, el dragón, la princesa
Pantolina
y su ovejita saltarina***

Fernando Portillo

Ilustración: Juan Mons Revilla

*En emocionado Recuerdo y homenaje a San Jorge
Villalmanzo,
que se nos fue sin avisar una tarde de primavera
dejándonos en confusión y desconsuelo.*

Se celebra el 23 de abril en todo el orbe cristiano con júbilo sin par, la festividad de uno de aquellos santos que podríamos llamar «de repertorio». Se trata, nada más y nada menos, que de San Jorge, también conocido como San Jordi en las provincias en las que se hablan los múltiples dialectos catalanes, si bien su nombre originario, aquel con el que recibió las aguas sagradas del bautismo en su Anatolia natal, fue el de Georgius, denominación latina centum per centum cuyo significado etimológico de origen griego es el de «labrador», «agricultor», «cultivador de la tierra» o incluso «escardador de cebollinos», según algunos semiólogos de la escuela de Viena.



No son pocos los devotos jorgianos que preguntan a su confesor si el dragón que siempre acompaña a este bienaventurado debe ser también objeto de culto y veneración. La respuesta tajante es no. El dragón de San Jorge es, como el perro de San Roque o los siete enanos de Blanca Nieves, una mera circunstancia, una mascota iconográfica si se quiere, que ni le resta ni le añade méritos a la figura del personaje.

Pero ¿quién era en realidad San Jorge? ¿Un caballero

andante de la antigüedad valedor de doncellas? ¿Un guerrero tan intrépido cuan invicto? ¿Un soldado de algún ejército extravagante al servicio de los másters del Universo? ¿Un domador de dragones del Circo Ruso? Pues bien: San Jorge era un joven tribuno romano, un funcionario de alto copete en suma, que acertó a pasar por el sitio adecuado en el momento oportuno.

Pero pongámonos primero en antecedentes que luego lo haremos en consecuentes:

Y es que al hacer el relato de la vida de San Jorge es preciso tener en consideración dos facetas que la componen como las que conforman una moneda, ambas con pareja importancia histórica, mas no con la misma trascendencia en el recuerdo y la imagen populares del santo. La primera trata acerca del nacimiento, vida, y muerte como mártir cristiano de San Jorge. Es con toda seguridad la que más se aproxima a la realidad, pero también tan simple y aburrida como la vida de cualquier mártir del tiempo de Maximiliano y Diocleciano.

La segunda es el episodio del dragón; un mito que enlaza con las leyendas sumerias y las cosmogonías mesopotámicas según ciertos eruditos de la escuela de Viena; un relato casi infantil lleno de acción y aventuras, tal vez pergeñado por alguna princesa cautiva en las estrelladas noches de Bagdad para salvar su propio pellejo, y a cuya influencia no ha podido sustraerse la figura del santo.

Pero empecemos por el comienzo para llegar así con orden y concierto al nudo de la cuestión y a su consecuente desenlace.

San Jorge —o san Georgius— era turco, más

concretamente de la región de Capadocia, lo que hace pensar que muy probablemente usaba bigotillo como puede constatar cualquiera que haya viajado por aquella región del planeta. Esta circunstancia, que no es mala de suyo, le convertiría de facto en el único santo de la historia de la Iglesia que haya matado dragones llevando bigote.

Pero continuemos con su vida. A pesar de ser turco, anatolio y aun capadocio, lo que en sí le predisponía a practicar el paganismo más torvo, tuvo la inmensa fortuna de ser imbuido en la fe de Cristo por su amantísima madre que respondía al multicolor nombre de Policromía quien, desde casi al pie de la cuna, le explicaba con infinita ternura y dulcísima voz los misterios del Paráclito y los secretos de la unión hipostática de este con la naturaleza humana de Cristo lo que proporcionaba al pequeñuelo inacabables momentos de sana y virtuosa diversión.

Al fallecimiento de su padre, de infausto nombre Geroncio, a causa de una pediculosis terminal, madre e hijo marcharon a Palestina, a la ciudad materna de Lydda, en busca de las huellas de Jesucristo que había recorrido aquellos andurriales yermos con sus discípulos apenas tres siglos atrás.

Huellas, lo que se dice huellas, no hallaron ninguna. Sin embargo, al crecer, San Jorge fue nombrado tribuno militar de Palestina, uno de los más codiciados cargos de la administración romana, pues permitía a quienes lo detentaban —apenas una quincena de individuos a lo largo del Imperio— hacer toda suerte de mangas y capirotos con el procedimiento administrativo y enriquecerse con la facilidad de un sargento de cocina pero en cuantías fabulosas.

No fue este el caso de San Jorge quien, al poco de ingresar en la esfera de poder del emperador, se sintió escandalizado del trato en extremo cruel que se dispensaba a los cristianos, aunque no consta que dijera nada acerca de la corrupción galopante que, cual gusano en manzana fresca, corroía el centro mismo de los más elevados círculos políticos y militares de Palestina y de Roma toda.

Así, aun a sabiendas de que su propia salud corría serio peligro, repartió sus riquezas entre los menesterosos y se enfrentó al propio emperador por defender su fe inquebrantable en el Niño Jesús y en el Ángel de la Guarda al que rezaba todas las noches al acostarse, tal y como le había enseñado su buena madre desde pequeño, esta sencilla y hermosa jaculatoria en verso:

*«Ángel de la guarda,
Dulce compañía
No nos abandones
Ni de noche, ni de día
Ya que sin tu amparo
Yo no sé qué haría.»*

Y repetía estas rimas con variaciones una y otra vez acompañándose de una lira diatónica que tañía con muy regular fortuna hasta que el sueño le vencía y su ángel de la guarda, un legionario muy robusto y sorprendentemente musculoso que no le perdía de vista ni de noche ni de día, le besaba con delicadeza en las sienes.

Esto fue su perdición. Presa de la ira más desaforada, el emperador le exhortó a ofrecer presentes y sacrificios en los

templos de los dioses paganos: oro, bueyes, cabras, esclavos... ¿vírgenes? San Jorge se negó con empecinamiento baturro. El emperador, furibundo, ordenó que le fuesen aplicados tormentos; primero los especificados en el protocolo disciplinario correspondiente: garfios que desgarraban las capas musculares superficiales hasta dejar las costillas al descubierto, aplicación de teas incandescentes a los costados, inmersión total o parcial en fluidos en ebullición, ablación, extirpación y mutilación de miembros, órganos y apéndices —manos, ojos, orejas— y muchos más extraídos del repertorio clásico.

Después, otros diseñados exclusivamente para él por los verdugos más acreditados de Roma: dobles ruedas de cuchillas de giro inverso que le sacaban los intestinos y luego los trituraban hasta convertirlos en cordilla para gatos; gigantescas sartenes que en lugar de aceite para freír usaban plomo fundido; cómicos contadores de historias salaces que le daban la tabarra en turnos de veinticuatro horas relatándole anécdotas torpísimas, etcétera.

Nada bastó, sin embargo, a doblegar su espíritu. Cuenta Pasícates de Alejandría que el martirio y muerte de San Jorge por decapitación de la cabeza tuvo lugar el octavo día antes de las calendas de mayo a la hora sexta del año 303, esto es el 23 de abril del 303 al mediodía frente a las murallas de la ciudad de Nicomedia. Como gracia especial se le permitió elegir su última comida. Y dicen las crónicas que pidió el mi-cuit de higaditos de urogallo con reducción de vino rancio de Salónica y brotes tiernos de parra al sotobosque.

Esto es lo que nos cuentan las actas vaticanas acerca de la vida y gloriosa muerte de San Jorge. Pero ¿y el dragón?

¿cuándo, dónde y cómo sucedió el episodio del dragón? Recientes investigaciones, utilizando el método deductivo, lo sitúan entre la llegada a Palestina con su madre y su nombramiento como tribuno, tal vez en el transecurso de una excursión ecuestre por las provincias romanas del norte de África, puede que hacia el año 297 contando el santo a la sazón veintidós años de edad.

Pero veamos qué nos dicen las fuentes medievales al respecto; fuentes que, a su vez, están alimentadas por los relatos que los Cruzados traían del cercano Oriente a su regreso y que han de ser tomadas con gran circunspección y prudencia dados los peligrosos hábitos de consumo que los caballeros adquirieron en aquellas remotas regiones.

Pues bien: según estos relatos, los habitantes de cierto principado cuyo origen y filiación se pierden en la noche de los tiempos, hallábanse atemorizados por la presencia de un fiero dragón de deletéreo aliento sulfuroso que habitaba en un lago de quietas aguas negras, siendo no pocos los hagiógrafos que lo sitúan ora en el lago Ness en Escocia, ora en el lago Lemán en Suiza.

Otros más osados, o quizás más despistados, o puede que más interesados, lo quieren identificar con el lago Michigan que baña los pies de cemento de la ciudad de Chicago; o con el bello lago de Como en la Italia septentrional donde, como es sabido, abundan las percas, los lucios y los dragones.

Por su parte, ciertas actas vaticanas suscritas por Lipomano y Surio, empeñosos eruditos que estudiaron las vidas de los santos hasta subir a los altares ellos mismos, nos hablan del Lago Victoria, en el África ecuatorial, en cuya costa oriental habitaban enormes cocodrilos que bien

hubieran podido ser tomados por dragones; de hecho, algunas representaciones tardo medievales del santo halladas en un almacén chino de antigüedades de Esmirna, lo muestran con un pequeño cocodrilo verde en actitud de ataque grabado en el lado izquierdo del pectoral de su armadura, bajo el que, en limpia tipografía helvética reza este enunciado: «La Coste».

Finalmente en el Siglo XIII, el popular hagiógrafo Santiago de la VoráGINE habla con la autoridad que le caracteriza de la ignota ciudad de Silca, ubicada a orillas de un desconocido lago, «grande como un mar», en la provincia romana de Libia.

En cualquier caso el dragón, como todos los de su especie, era omnívoro con marcada tendencia a la carnivorez, llegándose un día sí y otro también hasta las murallas de la capital del principado donde, tras expeler sobre la urbe su mefítico aliento compuesto principalmente por metano y anhídrido sulfuroso se comía, a falta de otras piezas de mayor enjundia, a un par de sus habitantes escogidos de entre los más rollizos y lustrosos.

Débase tener en cuenta que la economía del principado se sustentaba básicamente en la filatelia, en los safaris organizados de insectos, y en las carreras de cuadrigas tiradas por cafres. El sector primario adolecía, pues, de la cría de ganado mayor, cual bueyes, vacas, camellos e incluso cerdos pues muchos de sus habitantes eran adoradores de Jehová, limitándose al pastoreo de algunas ovejas de lana que, si bien les proveían de hilaturas para sus vistosos ropajes de alegres colores, eran en cambio muy escuálidas de carnes.

Así, para saciar el apetito de la bestia de la manera más sostenible, los atribulados habitantes de Silca decidieron

arrojar dos ovejas al lago todos los días. Sin embargo el dragón comía ovejas más deprisa de lo que éstas tardaban en reproducirse, de forma que en poco tiempo no tuvieron qué darle de comer. Decidieron entonces tirar al lago todos los días una oveja y una persona elegida por sorteo, decisión que fue aceptada con mucha resignación por el vecindario toda vez que nadie se mostró dispuesto a enfrentarse al dragón espada en mano.

Apenas quedaban ya habitantes ni ovejas en el principado cuando le tocó el turno a la hija del rey. Mucho plañó el buen monarca por el amargo destino de la infeliz muchachita, más al fin hubo de plegarse a la cruel realidad.

Salió entonces la princesa Pantalina, pues tal era su nombre, en busca del dragón vestida con sus mejores galas y llevando de un cordel a su oveja favorita entre el llanto de sus ya exiguos conciudadanos. La jovencita, que contaba catorce años a la sazón, era hermosa como el sol cuando amanece por el horizonte de las playas de Rímini. Sus cabellos semejaban cascadas de oro líquido que se derramaban por su espalda hasta estallar en remolinos contra los rompientes de sus nalgas; su piel, delicadamente tostada por el sol del desierto norteafricano, tenía el color de la canela y su textura era como la de los pétalos de las rosas bañados por el rocío de la mañana. Y su cuerpecillo, castigado por las duras penitencias que le imponía su confesor —un anciano eremita del desierto— y ejercitado por la práctica de la equitación y la lucha grecorromana, era en extremo magro y tan duro y esbelto como el de un muchacho.

Poco hubo de caminar Pantalina en busca de su destino fatal. Tan pronto como la vió la incorróspida bestia comenzó a

bufar de contento con un bramido espeluznante y a expeler humo y llamaradas espantosas por los belfos, chamuscando hasta la raíz los hermosísimos cabellos de la adolescente y ennegreciendo su bella faz, dejándola en general con un aspecto más ridículo cuanto que se trataba de un miembro de la realeza.

Y ya iba la bicha a abalanzarse sobre ella con las fauces desencajadas de tan abiertas como las traía, cuando acertó a pasar por allí San Jorge montado en su blanco corcel.

Conviene hacer aquí un inciso acerca del caballo de San Jorge. Poco o nada se ha dicho acerca de este noble bruto que acompañó siempre al santo en sus hazañas. Se supone, por extensión de las caballerías que montaban otros héroes como Santiago o el Cid Campeador, que era blanco. Pero nada se sabe acerca de su nombre.

¿Nada? Sí. Merced a un minucioso estudio de las actas vaticanas, legajos polvorientos de los primeros siglos guardados en el más riguroso secreto en oscuros sótanos, a los que hemos tenido acceso de manera aventurada y fraudulenta, hemos podido saber que el caballo de San Jorge no tenía un nombre rimbombante y sonoro como los jamelgos de Alejandro Magno (Bucéfalo), del Cid (Babieca), de Don Quijote (Rocinante) o de Zeus (Pegaso) por mencionar solo unos pocos. Antes bien que desoyendo el sabio consejo de su madre, doña Policromía, que le sugirió llamarle «Pasitos» por su graciosa manera de trotar, San Jorge, siempre fiel a su carácter piadoso, optó por llamarle «Espíritu de la Santísima Trinidad». Oportuno nombre si eres un palomo blanco, un pichón o incluso la carabela de un conquistador. Pero nefasto si pretendes pasar a la posteridad siendo caballo.

«¡Hola! ¿Qué sucede aquí?», dijo San Jorge al ver la escena que se ofrecía ante sus ojos. La princesa Pantolina trató con enorme apuro de hacer un resumen de la situación. Mas pocas explicaciones fueron necesarias para dar cuenta de lo que estaba a punto de suceder. Y así, sin mediar más indagación ni palabra, San Jorge atravesó a la fiera de parte a parte con su lanza dejándola tan maltrecha como un toro bravo después de pasar por un tercio de varas chapucero. Acto seguido desmontó de su cabalgadura y, despojándose del cinturón, usó este a modo de dogal pasándolo por el pescuezo repugnante de la bestia inmunda. Luego entregó el otro extremo a la princesa con la orden de arrastrarla hasta la ciudad como si de un perro rabioso se tratase.

No fue fácil ni rápido el camino de regreso, pues el dragón, muy malherido, se arrastraba y gemía con espantosos lamentos y sólo las imprecaciones aprendidas de los hombres del desierto y los certeros puntapiés que la princesa le suministraba le obligaban a avanzar. Y la ovejita que, no olvidemos, Pantalina había llevado consigo como parte del tributo debido al dragón, estaba absolutamente aterrorizada y era incapaz de dar un solo paso si no era compartiendo las patadas y denuestos que la Princesa administraba al dragón.

Gracias a esto, sin embargo, Pantalina y San Jorge tuvieron tiempo suficiente para presentarse mutuamente y ponerse al corriente de sus respectivas circunstancias vitales. Que básicamente fueron dos, a saber: que ambos debían abandonar cualquier esperanza que hubiesen abrigado de contraer nupcias con el otro debido a que ambos tenían formulado voto perpetuo e inviolable de castidad a causa de sus sólidas creencias religiosas y, en segundo lugar, que en la

ciudad de Silca florecía el paganismo como las chiribitas en primavera, y que bueno sería que San Jorge dedicase unas jornadas a la predicación y conversión de sus habitantes a la verdadera fe antes de dar definitiva muerte al dragón y proseguir su camino.

Y así lo hizo el santo. Apoyando sus prédicas y amenazas en la presencia del dragón que quedó encadenado en la plaza principal de Silca a la vista de todos, y que iba mejorando a ojos vistas de sus heridas, San Jorge lograba día a día la conversión y el bautismo de innumerables paganos que preferían pasarse a las filas de Cristo si con ello lograban que San Jorge matara al dragón de una buena vez y dejaban con ello de sufrir la estridencia insoportable de sus chillidos y la fetidez taladrante de su aliento.

Y así fue: cuando el último de los paganos de Silca recibió el bautismo de manos del obispo de la ciudad, San Jorge, blandiendo su larga espada en el aire con ambas manos y haciéndola girar a un lado y a otro en vistosos molinetes que arrancaron vivos aplausos, decapitó al dragón de un solo y certero golpe, tan formidable, que la cabeza de la inmunda bestia se perdió girando entre las nubes y no fue hallada jamás. Luego montó en su caballo y se alejó silbando hacia el atardecer. Eran las siete de la tarde del veintitrés de abril del año 297.

Como con otros santos y mártires de carácter épico, mucho se ha especulado con la posible aparición ecuestre de San Jorge en el meollo de diversas guerras y batallas dando la victoria a unos o a otros. La más famosa de nuestro país fue sin duda la aparición de San Jorge a caballo en la batalla de Alcoraz. Esta pequeña población próxima a Huesca estaba

siendo asediada el año 1096 por el rey Sancho Ramírez de Aragón con el loable propósito de ganársela a los pérfidos moros que la ocupaban aunque con escasas posibilidades de lograrlo debido a su escaso número de efectivos.

Para empeorar las cosas, las fuerzas sarracenas ocupantes recibieron refuerzos de Zaragoza, iniciándose un feroz combate con dientes y uñas en el que perdió la vida el buen rey Sancho. Todo parecía irse definitivamente al garete cuando San Jorge, cubierto su caballo con ricas gualdrapas de seda estampadas con las barras de Aragón, se presentó en el campo de batalla; y repartiendo mandobles a diestra y siniestra como si un ingenio mecánico de resortes y no músculos humanos lo animasen, dejó a más de cien infieles descabezados a sus pies en menos de lo que canta el mirlo y el resto huyeron en desbandada presas de terror pánico. Esta milagrosa intervención del santo a favor de los cristianos, le granjeó el patronato sobre la Comunidad de Aragón que, naturalmente, se celebra el 23 de abril.

San Jorge ejerce también el patronazgo sobre los Boy-Scouts y, por ende, sobre los pedófilos.



El corazón del bosque

Fernando Ortega Barriuso

*«Cid, en nuestro mal vos no ganáis nada;
Mas el Creador os ayude, con todo su santo poder.
Esto dijo la niña y se volvió a su casa.»*

Terminé mi breve lectura de ese pasaje del *Poema del Mio Cid*, y miré a mi amigo. Intuí en sus ojos un brillo especial.

—¡Qué emocionante, cuánta fuerza y sensibilidad tiene ese texto! —comentó.

La verdad es que esa parte del *Poema*, en el que la niña suplica al Cid que abandone la ciudad, tiene una carga emotiva, un poder evocador, quizás acentuado si, como lo estábamos haciendo nosotros, se hacía en un escenario tan simbólico como era el Solar del Cid. Piedras y escudos que ayudaban a situarnos en ese momento histórico.

En ese lugar tan emblemático nos habíamos citado después de una noche loca, que había comenzado con unos vinos de por medio y que fue derivando y prolongándose cerveza tras cerveza, y en la que, al final, con una lógica kafkiana, nos desafiamos a ver quién sabía más datos sobre Burgos.

—Mañana en el Solar del Cid, a las doce —dijimos, bajo la

mirada cansina del camarero del bar, mirada que nos invitaba a apurar las cañas de cerveza pedidas hacía ya un tiempo.

Y allí estábamos los dos. La situación recordaba a un duelo intelectual romántico, aunque sin testigos ni padrinos, y cargados únicamente con nuestras armas intelectuales. Él dominaba a la perfección todo lo relacionado con la Naturaleza: árboles, flores, plantas, arbustos... Yo, por contra, intentaba guardar el tipo con algunos conocimientos deshilvanados de la historia burgalesa.

El día era perfecto. Un filtro de luz dorada envolvía todo el paisaje, que se embellecía al contraluz de esa fuente de luz. La primavera estaba en todo su esplendor después de unos días de lluvia, y el sol nos saludaba desde el Monte de la Abadesa y nos acariciaba amablemente con sus rayos y su calor, haciendo más agradable el encuentro, con el aliciente añadido de estar acompañados por un grupo de chicos que atendían, más o menos interesados, las explicaciones de la profesora, y el ir y venir de las cigüeñas desde sus nidos vecinos, que me hicieron recordar aquellos versos de Antonio Machado: «La blanca cigüeña, / como un garabato, / tranquila y disforme, itan disparatada!, / sobre el campanario».

La lectura de los versos cidianos había sido el pistoletazo de salida de nuestro duelo intelectual, pretexto, al fin y al cabo, de un paseo agradable que pensábamos rematar con unos vinos en el Castillo. Mi amigo, después de mi somera lectura, tomó la vez y comenzó a desgranar y describir el panorama que se divisaba desde la Puerta de San Martín: ciruelos, arbustos y árboles con nombres latinos que jamás había oído.

Y, fijando la vista hacia la lejanía, abrió el tarro de las esencias de sus conocimientos y comenzó a relatar la riqueza botánica de la cercana Isla. Una retahíla de nombres se fueron acumulando en mi cerebro: pinsapos, tejos, secuoyas, abetos, árboles del amor, fresnos..., que me hicieron ver la importancia de ese paseo entrañable.

Comenzamos a recorrer la empinada calle de las Murallas, y entre el esfuerzo por la subida y por la matizada descripción del paseo decimonónico, mi amigo se paró y calló un momento, tiempo que aproveché para intentar contrarrestar ese cúmulo de informaciones y datos para traerle a mi terreno y hablar rápidamente de la existencia histórica de la judería y de la morería, de las antiguas parroquias aledañas a la Puerta Real, de la importancia del Barrio de San Pedro, núcleo fundacional de la ciudad, del hospital del Emperador y del Camino de Santiago, que estábamos pisando, de...

Mientras hablaba, seguimos caminando, lo que me dio pretexto para dar un salto histórico y comentar los recientes descubrimientos en esa zona relacionados con la Guerra de la Independencia y el importante papel del Castillo en esas luchas... Era un tema que conocía bien y cuando estaba a punto de contarle mis conocimientos sobre el general francés Thiebault, mi amigo me interrumpió.

—Bien, bien. Sabía que eras un entendido en la historia local, pero no creía que tanto. Si hubiera un juez en este duelo, quizás te designaría como ganador, pero... Un momento. Antes de finalizar en el Castillo, y tener cada uno el último turno, voy a jugar mi carta secreta. Te invito a que conozcas y descubras «El corazón del bosque», la quintaesencia ambiental de Burgos. Para ello te vendaré los

ojos y te guiaré hacia ese lugar. Serán apenas tres minutos. Te prometo que merece la pena.

Dicho y hecho. Sin casi darme tiempo a reaccionar, me encontré con los ojos vendados y, apoyado en su brazo, fui sintiendo cómo bajábamos el último tramo de la calle de las Murallas y, al poco, volvíamos a subir el monte. Como había pronosticado, a escasos minutos mi amigo me comentó:

—Bueno, ya hemos llegado, te quito el pañuelo. A ver qué te parece...

Abrí los ojos y después de unos segundos comencé a vislumbrar dónde me encontraba: árboles y más árboles, hiedra que emergía desde el suelo y escalaba troncos y piedras y se entreveraba con la alfombra de tréboles que tapizaba todo el entorno. Hojas marrones, ocres, verdes, amarillas, arbustos variopintos, algún árbol caído... Y una oscuridad y un silencio apenas roto por un sonido que, como si fuera el rumor del mar, se escuchaba de fondo. En verdad parecía que nos encontrábamos en medio de un bosque denso y tupido, alejado de la civilización. Mirara hacia donde mirara solamente veía vegetación, verdor, naturaleza... complementado con un fondo sonoro de revoloteos de pájaros y cánticos esporádicos. Los sonidos del silencio. Impresionante.

Después de unos minutos de ir y venir por ese espacio, de acariciar la hiedra y la corteza de los árboles y de cortar algunos tréboles, de observar y disfrutar del momento, me acerqué hacia donde estaba mi amigo, que me contemplaba entre divertido y curioso y, dándole un abrazo, le dije:

—Precioso. Inesperado. Mágico. Este lugar vale tanto como todos los datos y argumentos que antes he podido comentar.

Si la Historia de Burgos en general y del Castillo, en particular, es gloriosa, su Naturaleza es impresionante y no me extraña que tú estés enamorado de ella. Te envidio. Me encanta «El corazón del bosque». Me gusta hasta su nombre. Me tienes que enseñar cómo llegar a él y te prometo que vendré con frecuencia y que me acordaré de ti y de este día.

Reanudamos el paseo y llegamos a la cima del Castillo. Contemplamos desde el Mirador durante un tiempo la belleza de la ciudad y, como buenos amigos, nos dimos la mano y decidimos que el duelo había quedado en tablas. Un buen vino selló el acuerdo y la amistad.

Años después, y un día más, he vuelto al «Corazón del bosque» y he recordado aquella mañana en la que mi amigo, Jorge Villalmanzo, abrió su corazón y el corazón del bosque para mí.

El mundo de los sueños

Eduardo Manguía

A Jorge Villalmanzo.

¿Cuándo surge la necesidad de escribir? ¿Qué es lo que lleva a sentir la necesidad de plasmar por escrito un recuerdo, una emoción, un instante? ¿Por qué la literatura?

Por una pérdida. Cuando se pierde algo, se siente la necesidad de recuperarlo.

Nada de esto le era ajeno a nuestro querido Jorge Villalmanzo, poeta, escritor, animador cultural, artesano, jardinero, pero sobre todo AMIGO. Y nada de esto tampoco le es extraño a Jesús Toledano, AMIGO y muchas cosas más. Su *Lunes sin gol*, que hoy presentamos, nace también de un sentimiento de pérdida, de la ausencia durante veinte años de los domingos de fútbol en Primera División en Burgos. Y de la ausencia del nombre de la ciudad de los resúmenes de los partidos de la televisión, la ausencia en la quiniela, en los informativos, en los carruseles deportivos...y la desaparición del bello nombre de la ciudad del principal escaparate publicitario, el del patrimonio futbolístico nacional.

Para quienes evalúan la importancia de una ciudad por su

ranking futbolístico, esto es una enorme pérdida. El sentimiento de identidad, de pertenencia a la moderna religión futbolística, a la mitología pagana de nuestros días, se resquebraja y de qué manera. Entonces es cuando uno se cuestiona la pertenencia a un club, a compartir unos colores, un escudo, una historia, un sentimiento colectivo. En definitiva se debilita parte de la estructura íntima de una persona. Por esto el fútbol es un deporte grandilocuente, hiperbólico, desmesurado.

¿Y los sueños? ¿Qué son los sueños? Deseos. La literatura es el deseo de conservar la belleza por escrito. El fútbol es el deseo de todo niño por alcanzar la gloria, la fama, la eternidad. Los sueños se imponen cuando la realidad es antipática, triste, poco halagadora.

Tras este libro de entrevistas se respira el ambiente de pasión, de explicación mitológica de una realidad indescifrable, de falso credo religioso, y afán por rememorar la épica y lírica de un deporte litúrgico. Uno se imagina a Jesús retornando a la infancia, al más profundo de nuestro ser, ataviado con los colores rojo, blanco y carmesí, cantando emocionado el himno del Real Burgos, sintiendo a los biznietos del Cid como los vasallos fieles y leales a la memoria de su honrado caballero. Uno se imagina a Jesús aguantando la respiración antes del pitido inicial del árbitro, siempre de negro, mientras las aficiones arengan a los suyos mediante cánticos. Y se lo imagina observando a los héroes del templo saltando al césped según sus supersticiones: con el pie derecho de avanzadilla, tocando la alfombra verde con la mano derecha y santiguándose, mirando al cielo entre rezos, etc... Y se lo imagina rodeado de amigos, correligionarios, fieles.

Como reconocimiento a su trabajo hoy nos acompañan algunos de estos héroes del imaginario burgalés. Gladiadores que engrandecieron el fútbol, el deporte, y el patrimonio de nuestra capital y provincia. Aquellos que un día plantaron la bandera del club en campos tan difíciles como El Alcorán de Huesca, El Helmántico de Salamanca o en el tan admirado San Mamés de Bilbao. Artistas que con sus filigranas rindieron las plazas del Nou Camp, Santiago Bernabéu, Sánchez Pizjuán, Mestalla... Luchas sin cuartel y sin muertes, aunque con mártires por accidente: Barkero, Emilio, que Dios tenga en su gloria.

El trabajo de Jesús Toledano es muy meritorio y de ello quiero dejar constancia. Agradezco que proponga el deporte en general y el fútbol en particular como una manifestación más de la cultura que ha generado esta provincia. Es de reconocer la valía de reunir en torno a un sentimiento y muchos recuerdos un elenco de profesionales de aquí y de allí, hermanados por el fútbol y la ciudad de Burgos. Digna de alabanza es también su generosidad por haber ofrecido este trabajo, de forma altruista, perdiendo de su tiempo y haberes en favor de la memoria colectiva y la cultura. Encomiable por supuesto su propósito de establecer puentes entre generaciones de aficionados al deporte rey. Y admirable su sentido de la amistad, capaz de traer a Balint de Rumania, de superar las tensiones de la creación literaria, y de sobrevivir a las decepciones de la maravillosa pelota de cuero.

Se me olvidó decirles que Jorge jugó al fútbol por diversión, sin pretensiones, en ratos perdidos, y que no le gustaba el espectáculo mediático que se había creado en torno a este negocio del fútbol. Los ratos que había partido

aprovechaba a conocer chicas y escribir, que eran sus aficiones verdaderas.

Jorge, el hombre del nombre de cinco letras

Sara Tapia

Será que un abrazo a tiempo nos reconforta.

Será que una sonrisa en el momento oportuno nos alienta.

Será que una mirada en el instante preciso nos identifica.

Será que la palabra cuando el silencio es la norma nos revive.

Son los cuatro lados de un humano-espejo que refleja tu persona cuando a él te acercas. Y la engrandece. Y te hace fuerte.

Y te haces fuerte.

Pantalla de plasma cristalino, cálido y transparente. Penetrante y acogedor. Paradójicamente, mirándolo me veía, me reconocía en su atención. Me hacía más persona.

Me sentía yo.

El tiempo no marcó sus reglas.

Toda la vida y un instante se fundieron cuando pronunció mi nombre. Y el par de sílabas que lo enhebran se acomodaron a las dos del suyo. Se juntaron. Se hicieron amigas.

Me sentí aceptada por el hombre del nombre de cinco letras.

Y las letras, las sílabas, las palabras y cuantas composiciones nos permiten se convirtieron en los renglones cortos, demasiado cortos, por los que hemos transitado. Personajes sobrevenidos en el relato de la vida. Cruce de caminos. Cambio de guiones. Devenir.

Ha sido un privilegio haber tenido un papel secundario en esta trama impredecible que, como con el escribir, se sabe cómo empieza, pero no siempre cómo termina. Mejor dicho: cuándo acaba. Donde los personajes adquieren terca autonomía y toman con determinación las riendas de su vida.

A veces, también las de su muerte, tan sorprendente como inesperada. Y el final de la obra llega antes de tiempo porque no contabas con que la más siniestra de las parcas hiciera tan temprana aparición.

Y solo nos queda la prolongación de la memoria en una pantalla de plasma cristalino y transparente, gestada con cascadas de palabras que, superpuestas las unas a la otras, seguidas las unas de las otras, abrazándose, sonriéndose, mirándose y hablándose entre ellas, conformen el espejo que evoque al hombre del par de sílabas del nombre de cinco letras.

La breve historia del hombre pájaro que aprendió a imaginar finales casi felices

Pablo Méndez

Ilustración: Ibán Fuente

En el fondo del bosque un sauce blanco vio cómo se aproximaba un hombre pájaro de cresta rojiza y alas plateadas. Cuando llegó a su altura, el sauce le dijo:

—Te estaba esperando.

El hombre pájaro retrocedió un salto y miró al viejo tronco.

—No te conozco y eres raro. ¡A quién se le ocurre!, un árbol parlante.

—Pues tú no eres precisamente muy común, hombre pájaro. Tu juventud te engaña y desprecias lo que desconoces, pero deberías saber que no hay muchos de tu especie. ¿Alguna vez has visto a alguien como tú?

—Nunca, pero tampoco busqué ni jamás eché en falta a otro que se me pareciera. Y no soy tan joven.

—Bueno, teniendo en cuenta que hablas con un árbol,

deberías entender que tú y yo tenemos una percepción del tiempo muy diferente. Y ahora dime si sabes por qué has venido al bosque.

—No he venido, he llegado. Y dime tú por qué me esperabas.

—Yo siempre espero, así que no sé de qué te sorprendes. Podrías haber sido un soldado de plomo camino del frente o una escoba perdida de su bruja y a ambos les hubiera dicho *te estaba esperando*.

—Vaya... así que yo también te estaba buscando. ¿Puedes decirme para qué?

—Mira hacia arriba, a mi rama más robusta. Sube.

El hombre pájaro batió con energía sus alas y se alzó ligero. Miró alrededor, al camino que le había llevado hasta allí, a los otros árboles que permanecían callados si es que podían hablar, a la breve espesura del bosque diluida por el sol de la tarde. Oyó la cercana corriente de agua.

—Hace muchos años, interrumpió el sauce, una vieja hechicera codiciosa me arrancó una rama para sus brebajes. Aullé de dolor, pero los humanos no nos oyen, nunca lo hacen. El tiempo curó mi herida y me dejó ese hueco que tienes a tu costado.

—¿El que parece una cerradura?

—Justo ese. Mira a su través.

Acercó su nerviosa cabeza al agujero y se asomó a la negrura. A punto de protestar por la inutilidad de aquella extravagancia, comenzaron a aparecer ante sus ojos imágenes de lo que parecían altos edificios de una gran ciudad. Una ventana se abre y un hombre pájaro, tras desplegar sus alas, se hunde desde las alturas hasta ahogar

los gritos de los viandantes y despertar un ooooh coral cuando interrumpe la caída. Planea sobre las coronillas y remonta por encima de los balcones, por encima de los tejados, por encima de la torre de la iglesia, remonta hasta que se pierde entre las nubes. Arremolinadas, las gentes esperan que aparezca de nuevo, señalando a un lugar indefinido que se desorienta al poco.

—Ése soy yo, murmuró el hombre pájaro separándose del tronco.

—Sí, tú eres. Durante días se habló de tu efímero vuelo, la prensa entrevistó a testigos y recordaron viejas leyendas de la zona. No pasaron ni un par de meses y estabas casi olvidado. Hasta que alguien te vio posado sobre una fuente del Parque Central, besando el labio del caño sin dejar de vigilar alrededor. Un instante duró vuestro cruce de miradas, y rápido te cobijaste entre las hojas de un olmo.

—Espera, yo no recuerdo nada de esto.

—No puedes porque nunca ha ocurrido. Pero esto ahora es lo de menos. Habías logrado escapar, buscaste refugio en un lugar demasiado concurrido y en un descuido te habían visto. Tu inesperado paseante te buscó curioso, arrimado al tronco, con la vista contra el follaje y la boca abierta. Vuelve a asomarte y verás qué sucedió:

—¿Se le ha perdido algo, señor?

—Una alucinación, agente, eso es lo que busco, alto, de 6 pies al menos, pelo rojo y alas blancas, ojos azules... o verdes azulados, no estoy seguro.

—Termine su paseo antes de que le huela el aliento, señor. Es tarde y el parque se va a cerrar.

No debe volver a pasar, se dijo el hombre pájaro. Si no le

importa que le tomen por loco, ese tipo contará lo que ha visto una y otra vez. Y me estarán buscando.

La imagen se desvaneció y el hombre pájaro regresó de la visión.

—Te buscaban. Eras demasiado raro y valioso como para no tenerte bajo control. ¿Qué acabó pasando?

—No te entiendo.

—Sí, cuéntame cómo termina esta historia.

El hombre pájaro giró levemente la cabeza y tras una breve vacilación respondió:

—Me atraparon, a los pocos días. Fue una emboscada. Seguía una rutina que creía segura, a la caída de la noche, cuando en el parque ya no quedaban más que los vigilantes nocturnos y sus normalizadas rondas. Me lanzaron una red cuando buscaba comida en el contenedor cercano a la fuente y me devolvieron al edificio de oficinas del que me había escapado. Pero esta vez no hubo posibilidades. Era una habitación sin ventanas y me encadenaron sin miramientos. Me hicieron muchas preguntas; especialmente estaban interesados en la clase de experimento que me había convertido en lo que era, y yo sólo podía contestar que había nacido así, que no me recordaba de ninguna otra manera. Me arrancaron plumas, muchas plumas, de mis alas y de mi cresta, y se enojaban porque, fuera de mi cuerpo, se convertían en ceniza... ¿Sabes? Me mataron, acabaron conmigo, destruyeron aquello que no podían comprender. Me metieron en un laboratorio, como un quirófano con muchos aparatos, y fueron sacando mis vísceras, humo en sus manos, hasta que nada quedó.

—No te cogieron.

—¡Sí lo hicieron, te lo acabo de decir!

—No, no lo hicieron. Sigue mirando.

El hombre pájaro agitó aterrorizado sus alas en el interior de la red, pero el contenedor había impedido que cayera por completo. Quedó abierta una escapatoria por la que huyó con agilidad. Sonaron unos disparos, pero para los captores era demasiado tarde: la presa había escapado. Volaba asustado, muy alto, guiado por la presencia de la luna. Parecía que el corazón se le salía del pecho, y cuando las luces de la gran ciudad quedaron atrás, muy atrás, buscó respiro en un extenso maizal. Tumbado entre los erguidos tallos, esperó el amanecer, pero el cansancio pudo más que la luz y cuando despertó, dos perros gruñían a pocos metros. Un hombre apuntaba tembloroso su rifle a aquella extraña criatura.

—Ponte en pie y levanta las... levanta...

Baluceaba, sin que la escopeta le diera ninguna seguridad en sí mismo. El hombre pájaro apenas abrió las alas cuando los perros retrocedieron ladrando furiosos, enseñando amenazadores los dientes.

El hombre pájaro se retiró del tronco asustado, presintiendo un terrible final.

—El campesino me disparó, cerró los ojos y me disparó. Los perros se soltaron y se abalanzaron sobre mí. Es suficiente.

—No te disparó, y los perros no se te echaron encima. El hombre se asustó, soltó el arma y corrió como si se hubiese cruzado con el mismísimo diablo. Los chuchos le siguieron, y los tres salieron atropellados entre las mazorcas.

—Acaba con esto, ¿qué pretendes?

—No aciertas con los finales, muchacho. Ya queda poco.

Tan asustado como ellos, tuvo que buscar un claro donde

poder desplegar con toda su amplitud sus enormes alas y echó a volar. Lloraba en el cielo, lágrimas como lluvia, invadido por una profunda tristeza. Descendió junto al lecho de un río, hundió la cabeza en el agua y se sintió aliviado. Cogió el camino que marcaba la orilla sin buscar un destino concreto. La vereda sorteaba la maleza y se alejaba de la corriente penetrando en un pequeño bosque, y el hombre pájaro la siguió despreocupado. Al fondo, un sauce le observaba...

—Un momento, esto me parece un disparate.

—Vamos, apremió el sauce, dime cómo acaba.

—No puedo predecir el futuro.

—Pero puedes imaginar historias posibles. Vamos, elige este final.

El hombre pájaro calló. Planeó hasta el pie del árbol y comenzó a rodearle pensativo. Al sauce le producía una agradable sensación sentir a su alrededor al inquieto visitante. Hacía tanto tiempo que nadie se le acercaba, que aquella criatura le revitalizaba.

—Se echó la noche, y el hombre pájaro se quedó a dormir en la gruesa rama del sauce, junto a la cicatriz en forma de cerradura. Sentía que el árbol le daba compañía y seguridad, y no sabría decir qué le satisfacía más. A la mañana siguiente, al clarear el día, se bañó en el río y terminó el camino que atravesaba el bosque. Remontó una pequeña loma y echó a volar. Al coger altura, a lo lejos, divisó los edificios altos de una gran ciudad, con un gran parque en el corazón del asfalto, y más allá de la ciudad, mucho más allá de los rascacielos, avistó un maizal. Giró, atraído por el reflejo plateado de sus aguas, hacia un río que bordeaba sus propios sueños, donde crecía la fresca hierba que alimenta los anhelos

de los desamparados. Descendió, se adentró en la paz del bosque donde le aguardaba una hermosa rama en la que cobijarse de los malos presagios. Allí hizo su nido de hombre pájaro. Tapó con musgo la cerradura. Intentó ser feliz.

Y el sauce se lo recordó sólo una vez más:

—Te dije que te estaba esperando.



Domingo

Jorge Saiz Mingo

El domingo amaneció cubierto con una legión de nubes trinchadas por un cuchillo gris. La mañana se desarrolló amuermada como un oso pardo en su cubil de invierno, pero a mediodía un hombre vino a casa en busca de mi mujer. Llamó al timbre sin prisas, con las cejas delimitadas por una pinza de depilar, encantado de haber tomado una decisión de una vez por todas. Se había puesto el traje que utilizaba los domingos para ir a ver a su equipo favorito de fútbol, el afeitado apurado, el nudo de la corbata apretado con tesón. Había planchado la raya del pantalón la víspera, aborregado por la sanguinolencia nocturna de la televisión, anonadado con la violencia ejercida sobre dos adolescentes por un sádico de ascendencia linajuda. Durante el desayuno, consistente en una taza de café con leche y un cruasán untado de mantequilla, él había pensado en las consecuencias directas e indirectas de su arrojo al venir a mi hogar. Los pros y los contras, embarullados, centrifugados en el tambor del cerebro y ansiosos por salir, se apiñaban en las ramificaciones nerviosas de su lengua. En todo caso, no me extrañó que alguien llamara al telefonillo del portal a esas horas. El barrio se había convertido en objetivo de una horda de

pedigüños sucios, ennegrecidos por la intemperie, que mataban el rato limosneando con la mano extendida en cuanto osabas abrir la puerta. Miré por la mirilla y le analicé teniendo en cuenta la deformación de la lente. El espesor de su cara, crudo, egoísta, me sonaba. Quizás habíamos coincidido, al otro lado del mostrador, en la charcutería con la que mi esposa y yo, a trancas y barrancas, sacamos adelante a la progenie. Enfundado en el albornoz, con la saliva apedreada aún por la huella del vino de la noche anterior, di las cuatro vueltas a la cerradura y afronté el obús envenenado de sus palabras.

Estoy enamorado de Elena, y el recipiente de su rostro se cargó de contratiempos inopinados, el flequillo demasiado engominado para mi gusto, la robustez de los papos confirmada por el buen color de la franqueza.

Le hice pasar al salón. Mi mujer y el niño, como cada domingo, consecuentes con la ligación atávica de los vínculos, habían ido a comer a casa de mi suegra. Le ofrecí café, pero desistió con educación de orden religiosa hospitalaria. Nos miramos de soslayo, empeñados en zanjar los problemas de un tirón. Sin embargo las complicaciones, enervantes, duchas en litigios y comezones, planearon entre los caireles de la lámpara del techo. Hacía tiempo que no limpiaba las tulipas y una opacidad tenue, casi un matiz ceniciento, extendía su poderío por las esquinas de escayola. Esperé a que hablara, pero le costaba una barbaridad repetir los párrafos que a buen seguro habría declamado en la mediocridad de su apartamento de soltero. Me fijé en sus calcetines. No pegaban ni con cola de carpintero con el resto de su indumentaria. Pensé que jamás se había parado a

pensar en la armonización de los colores y que era un patán, un hazmerreír abochornado a diario con su trabajo de administrativo en una estafeta de correos. Alguien, en el piso de arriba, tiró de la cadena y rompió el embelesamiento peculiar del momento. Aproveché la coyuntura y comencé la conversación para terminar lo antes posible con el despropósito de su presencia, pero de todas maneras no hubo un ademán de respuesta por su parte. Mi intención era preparar una fuente de congrio en salsa verde a fuego lento. Había sacado del frigorífico las rodajas de pescado a las diez, con tiempo suficiente, para que estuvieran a una temperatura adecuada, aunque el secreto estaba, según los consejos siempre fidedignos de mi madre, en menear la cazuela con diligencia hasta que la harina cuajase y el runrún de los grumos desapareciera.

Estoy muy ocupado esta mañana, y la verdad de la condimentación cabalgaba por encima de los inconvenientes, la placidez quebrada por la irrupción inesperada del intruso, la interrogación de los porqués endomingada.

Tardó, para no variar, en reaccionar. Nunca me han preocupado en exceso los modales, pero en realidad era un maldito contrincante que pretendía, iluso como un gorrión aficionado a la propina de las migas, arrebatarme a la que, mediante un contrato firmado con conocimiento de causa, era mi consorte en ese momento. Dejando de lado la maraña de las desventajas, pasamos a la cocina. Fileteé los ajos en láminas finas y puse los dedos debajo del chorro de agua fría para desprenderme del olor del bulbo con rapidez. El aceite chisporroteó bajo la atenta mirada de los dos. El ruido de la campana extractora parecía hacer compañía a dos alumnos

de restauración que asistían, aplicados, contentos de tener una oportunidad de semejante calibre, a una clase magistral impartida por un cocinero de reputación internacional. Un aroma a homenaje gastronómico empezó a colonizar la cuadratura de los azulejos. Le pregunté por las características de la aventura ilícita que, al parecer, tenía con Elena, pero me ignoró como se ignora a un charco triste en medio de la calle. Entonces, enfundado en el delantal de material ignífugo que, por mi quincuagésimo aniversario, me trajo mi primo de su viaje por Nueva Zelanda, continué con la labor. La salsa estaba al fin ligada, presta para recibir en su lecho glauco el tesoro del congrio. Las rodajas, casi simétricas, poseedoras de una textura idónea, comenzaron a emitir un frufú de seda y a adquirir el tono dorado de los manjares. Seguí moviendo la cazuela de barro, a conciencia, con un ritmo de hormiga adicta al comedimiento.

Elena no puede seguir así, y le propuse un brindis con un blanco helado en dos copas de cristal impoluto, el rosario de las burbujas concéntrico, el chinchín caracterizado por dos ojeadas de lobos arrebatados ante la presencia de una única hembra.

Después de la valoración que hizo del vino, equivocada, indigna de mención, se sentó en el sofá del salón a esperar el advenimiento de los acontecimientos. Se asemejaba a un donjuán venido a menos, las manos cruzadas en posición de rendición, los nudillos resecos como guijarros del desierto. Intenté deducir la calidad de los atributos a través de los cuales había conseguido que mi mujer, propensa a la sensatez, se hubiera fijado en él. No la encontré a primera ni a segunda vista. Quizás, tras la comida, azuzado por la

euforia nítida del alcohol, se mostraría más extrovertido, más dentro de la lógica de alguien que se propone enfrentarse, con uñas y dientes, al marido de su amante. Faltaban aproximadamente diez minutos para que el plato principal estuviera listo. Lavé la lombarda y corté los tomates enanos por la mitad. Trocéé el queso de cabra y desprendí la pulpa del aguacate. Lo mezclé todo en una ensaladera de cerámica, eché un ápice de sal apenas perceptible y derramé un chorro espléndido de aceite virgen sobre el conjunto. Olía de maravilla. El hambre hacía señales de socorro en el reflejo argentado de la puerta del frigorífico. Bebí de nuevo y puse la mesa, macerado en una devoción de feligrés jubiloso con la inminencia de la misa dominical. Él, provisto de una fealdad de estropajo mil veces frotado, asistía a la sucesión de los preparativos con cara de viernes. No parecía en realidad demasiado satisfecho de haberme confesado lo que venía rumiando desde hacía, por lo menos, más de dos años. Ese era el tiempo, calculado a ojo de buen cubero, que los dos llevaban viéndose de matute, urgentes como conejos prolíficos, en hoteles de poca monta o en la parte trasera del coche familiar que nos habíamos comprado cuando nació nuestro único hijo.

No he sido sincero contigo, y a pesar de que éramos amigos de la infancia costaba entender el resumen de su comportamiento, la plusvalía de los objetivos divergente, la naturalidad posada en todo caso sobre el mantel de la mesa camilla.

Había oído comentarios acerca de su condición de enfermo, pero nunca habíamos hablado en serio del tema. No era, por supuesto, el momento adecuado, pero cuando le vi

prender un cigarrillo de mariguana sentí lástima por las garantías impecables de su devenir. A lo mejor fumaba para excitar la mecha del apetito o solamente, sin más entuertos medicinales, para olvidar la aburrida mezquindad de su existencia de funcionario. Las caladas, almibaradas, encaramadas en un santiamén de resabio hasta el techo, convirtieron el encuentro en un conventículo de machos avizores. Me ofreció el porro y acepté. Fumamos en silencio hasta que el avisador, con forma de gallina clueca, repicó con su retintín de despertador antiguo. El pescado nos aguardaba. Le serví dos rodajas hermosas como colegialas, la salsa concisa, el olor embriagador. La ensalada, en el centro de la mesa, separaba los campos de batalla. En los ojos de mi contrincante, vidriados a consecuencia de los principios activos de la hierba, se bosquejaba la silueta del ocaso del que se sabe hundido sin remedio. Masticamos alertas, ensimismados con la figura de Elena dibujada en lontananza. Ambos, era verdad, de qué servía negarlo, la amábamos. La diferencia radicaba, fundamentalmente, en que ella era mi cónyuge y la madre de mi vástago.

Me cuesta considerarte un amigo, y las apreciaciones naufragaban por sí solas en el mar embravecido de la situación, el porvenir infectado por una plaga de langostas voraces, la postración aún escondida en el fondo del alma.

Ella y el chico, con una exactitud de reloj de cuco, se confesaban y comulgaban semanalmente. A menudo me preguntaba qué tipo de pecados cometían y relataban, pero cuando regresaban de la iglesia con la santidad claveteada en la coronilla, el miedo a los monstruos de la perdición huía de la frontera de mis lucubraciones. Elena tenía razón.

Precisábamos apartar al crío de las tardes vacías del fin de semana, en las que cuadrillas de niños ya empezaban a beber, sin tino ni concierto, sentados en los bancos pintarrajados de los parques infantiles de la ciudad. Habíamos tenido noticias de compañeros suyos de clase que, por norma, antes de la medianoche sabatina, ingresaban en coma etílico en el servicio de urgencias. Mi rival, sin descendencia, impotente a todas luces para enfrentarse a la ardua tarea de educar, carecía de la experiencia adecuada para hacerse cargo de mi hijo. Era un papanatas, siempre lo había sido y nunca conseguiría ganarse el respeto de los miembros de la familia. Sin embargo, Elena había visto algo en él, una punta de iceberg escondiendo una mención de honor que yo era literalmente incapaz de calificar. Entonces lo miré con desprecio por primera vez desde que había llamado al timbre. Evalué su coraje al atreverse a invadir mi territorio con la tropa de sus pretensiones, pero deduje, convencido de antemano de mis propios méritos, que su competencia desleal no atesoraba la importancia necesaria para demoler la reciedumbre de mi matrimonio.

Eres un ingenuo de tomo y lomo, y sus palabras hirieron la heredad de mi estima con un adarme de tósigo, las bromas de antaño enterradas en la rocambolesca comida dominical, los peros trufados de tropiezos.

Saqué del congelador una barra de helado de vainilla. Ni siquiera le pregunté si le apetecía terminar la comida con un postre. Partí un par de triángulos generosos y los acompañé con unos barquillos alargados que todavía crujían al quebrarlos con los dientes. Las cucharadas, colmadas, enfriaban aún más si cabe la atmósfera, pero en el

movimiento taimado de sus párpados distinguí un conato de rebeldía. Se notaba a la legua que él estaba dispuesto a todo con tal de lograr sus objetivos. Era un pusilánime que nunca se había preocupado por modificar el artefacto de su futuro, pero ahora, solo como una boy a olvidada en medio del océano, se proponía llegar a tierra firme para eludir el balanceo caprichoso de las olas. Para apuntillar la reunión, le ofrecí un chupito de orujo turbio y lo bebimos sin chinchín de festejo. La camaradería se había roto y los trozos, innumerables, imposibles de aglutinar en un millón de años, yacían diseminados a lo largo y ancho de la encimera de la cocina. Cuando se puso de pie, se giró inesperadamente hacia mí, con el gesto de un vulgar ladrón que busca algo. No sé qué procuraba, pero le agarré del brazo con fuerza y acabamos enzarzados en una riña de patio. Las manos se fundieron en un maremagno de puñetazos disparatados en el suelo y, al cabo, despeluzados, próximos a la indigestión, terminamos magullados como mercenarios de pacotilla. La civilidad que me había hecho recibirle con simpatía, invitarle a comer y tratar de entender el aldabonazo de sus cuitas, desapareció por arte de birlibirloque. Nos peleamos con brío de veinteañeros, aunque la sangre, por fortuna, no respondió a la llamada de la pasión. Al final, hinchadas, ornadas con un escarlata vívido, mis cuencas oculares dejaron bien claro quién se llevaba el premio envuelto en un papel de charol.

Hasta la semana que viene, y me miró desde el quicio de la puerta como se mira a un enfermo de esquizofrenia, el teatro de la vida esculpido por la costumbre sagrada de quedar a comer los domingos, la amistad por encima de la invención de una familia.

El Pinto

Félix J. Alonso Camarero

Siempre tuve al Pinto por una criatura ingenua y espontánea, noble y sin celajes. No vacilo al defender que nunca concibió actos deliberados de maldad. No era tan racional; tampoco era un ángel o un duende, sino algo más próximo y más nuestro que propendía a la ocurrencia y travesaba como ninguno.

El alma del Pinto oscilaba entre el instinto y la razón, respiraba entre la realidad y la fantasía, y unas veces era animal y otras, persona. Esta dualidad alternante se ponía de manifiesto con los cambios estacionales sobre todo. Entonces la peculiar y conmovedora personalidad de mi amigo tendía a conductas imprevisibles y ciertamente injustificables.

Bien es verdad que durante el invierno, parecía como reducido a un ser minúsculo y anodino. Silencioso, apático y falto de luces, se dejaba zarandear por el fastidio del deber de asistir a la escuela, cuyo ambiente le mantenía paralizado en una especie de atarantamiento. En propia versión del Pinto, era como si la cabeza se le vaciara por completo cuando se le obligaba a pensar en cuestiones que no tenían relación alguna con sus intereses. Así que, excepto de mortificación, de poco había de servirle lo que doña Eufemiana tratara de

inculcarle.

Si el Pinto era mitad animal, como he dicho, no iba descaminada la maestra cuando le obsequiaba tan reiteradamente con tal apelativo, apelativo que el resto del alumnado no dudaba en sacar del contexto pedagógico para componer este perverso ritornelo en su honor:

Si el perro ladra...

Si la oveja bala...

Si la gallina cacarea...

El Pinto rebuznea.

Nadie habría dicho que aquel muchacho apagado y falto de estímulo para el aprendizaje escolar era el mismo que, en su casa, hacía de persona mayor cocinando y cuidando de su madre y de sus hermanos, y sobre todo, que fuera el que llevaba la iniciativa cuando estaba con sus amigos.

De la adversidad familiar y de sus dificultades en la escuela, el Pinto trataba de resarcirse durante nuestras correrías en el tiempo bueno, como si el tiempo bueno le dispensara de sus obligaciones para permitirle oficiar exclusivamente de Pinto, más animal que persona, que era lo que, en definitiva, le llenaba, y que era también como mejor le reconocíamos el Resti y yo.

Con la llegada de la primavera, se encrespaba como los rebecos en celo, mugía como los toros, batía sus brazos de impaciencia como el águila batía sus alas... Y decía:

—Vamos a La Grajera a ver si el buitre está ya anidando.

Y el Resti y yo le seguíamos como corderitos.

El Pinto, fiado exclusivamente de su audacia y de su

agilidad, hijas de una pasión desmedida por lo montaraz, se descolgaba por la escarpadura. De verlo en tanto peligro, al Resti y a mí se nos encogía el corazón y no descansábamos hasta que, al cabo de un espeso silencio, nos gritaba desde el abismo:

—¡Ya ha hecho el nido! ¡No tardará en poner!

Saciada la curiosidad por los carroñeros, el Pinto se quedaba quieto al borde mismo de la quebrada como aguardando aerificarse, la mirada perdida en la lejanía atomizada de minifundios florecientes, mientras la brisa o el viento le hacía vibrar el flequillo color maíz que el padre le dejaba tras cada trasquiladura.

En semejante actitud parecía un gran señor inspeccionando su vasto territorio, guiando el vuelo de cada insecto, alentando cada brote, vigilando cada pájaro, hermooseando cada flor, precipitando cada gota de agua... El Pinto gozaba la naturaleza con la serena legitimidad y la íntima satisfacción de su hacedor, y así se embelesaba imaginando cada una de las invisibles e infinitas criaturas entregadas al menester que la naturaleza les imponía en su nombre. Hasta que, de pronto se descolgaba del éxtasis dando un grito, que era una forma de disuadir a los enemigos que trataban de quebrar la paz de sus dominios con la discordia o la rebeldía. Y enseguida le contestaba el eco con la propia voz distorsionada, fenómeno que nuestro amigo interpretaba como la contraseña de que su grito autoritario había alcanzado todos los confines.

El Pinto entonces, consciente de su poder, sonreía con absoluta suficiencia y de seguida se volvía hacia nosotros reposado y taciturno y empezaba a exteriorizar extraños

pensamientos:

—Me gustaría irme con los pájaros en otoño.

Y decía:

—Me gustaría que el río pasara cada día por un sitio distinto.

Y decía:

—Me gustaría mandar una carta con aquel cernícalo.

—¿A quién, Pinto?

—No sé. Fuera de aquí no tengo a quién.

—Tienes a la familia de tu padre —le decía yo.

—No sé.

—Sí, en Madrid.

—No sé.

—Mi padre se lo ha oído al tuyo en la taberna —le decía el Resti.

—No sé, pero me gustaría enviarla a algún sitio. A ver quién me contestaba.

Y en un segundo cortaba la ensoñación:

—Vámonos de lagartos a La Cantera

Y allí que nos íbamos los tres amigos en busca de los pequeños y huidizos saurios.

Para nuestra complacencia, el Pinto sabía en qué agujeros dormitaban, tal que si su inteligencia los hubiera ido distribuyendo entre la superficie aristada del canchal. Podíamos verlos reptar por las piedras, hasta que el Pinto los hacía rodar con un certero cantazo. Barridos por la fuerza de los impactos, los animales nos mostraban su descolorido vientre, hasta que su cazador los tomaba por la cola y los metía en un saco. No había manjar que pudiera igualarse a los lagartos asados, había proclamado su padre en la taberna,

hablando de gollerías.

—Al picarrelincho ya se le siente trastear en la chopera —decía.

Y en la chopera nos internábamos sigilosos, hasta descubrir qué tronco empezaba a ser horadado. El picarrelincho representaba el mayor enemigo de las Sinforosas pues, con su percutor de acero, taladraba el frontal de los dujos durante el invierno y les diezmaba los enjambres.

Para el Pinto, la misteriosa facilidad con que comprendía la naturaleza en su intrincado devenir mutaba en insalvable dificultad si de descifrar problemas matemáticos a instancias de doña Eufemiana se trataba. Pongo por caso que dijera nuestra maestra:

—A ver, Pinto, ¿cuántas perdices de a cuatro pesetas valen lo mismo que doscientas quince palomas de a una cincuenta?

Entonces nuestro amigo, que no tenía un pelo de tonto y que rehuía romperse la mollera con galimatías que, a su parecer, no habían de servirle para nada, ni se esforzaba en cavilar sino que se iba por los cerros de Úbeda con este largo razonamiento:

—Vamos a ver, señorita —empezaba diciendo—, quién es el guapo que consigue doscientas quince palomas así, de bóbilis bóbilis. Y si por un casual, que ya son ganas de suponer, lo consigue, ¿a qué son había de cambiar las perdices por palomas? Los que más interesados pueden estar en este tipo de trueques son don Timoteo, como dueño del palomar de la torre de la iglesia, y el boticario de La Quintana, que compra todas las perdices que le vayan ofreciendo. ¡Pues que se lo pregunten a ellos!

Un hombre apasionado

Carlos Bolinaga

Jorge se ha ido, pero ha dejado su huella. El artista es aquel que se resiste a no dejar huellas, y Jorge las ha dejado.

Estamos en un tiempo en el que parece que la desilusión y la apatía nos empujan hacia un conformismo absurdo. Hemos pasado de la utopía de querer cambiar el mundo al mero hecho de sobrevivir.

El neo-liberalismo económico nos está arrastrando a una fantasmagoría de la que todos somos víctimas fascinadas.

Pero de repente, como en todos los tiempos, surge alguien diferente. Un hombre entusiasta, vitalista. Un hombre apasionado. Jorge lo fue.

Ese hombre apasionado está alegre por estar vivo. Le gusta pensar. Es un hombre lúcido. Es un hombre con ilusión, que todo lo que hace lo hace con pasión.

Es cierto que en el mundo en el que le ha tocado vivir cualquier pasión es considerada como un insulto a la indiferencia general.

Ese hombre, mediante su pasión, desenmascara la indiferencia. Y, por ese motivo, a veces es ninguneado.

Cuando ese hombre se va observamos que ha dejado huella. La mayoría de los humanos se retiran sin dejar huella

alguna, de ahí el mérito de Jorge. Jorge la ha dejado.

Cuento edificante

Alfonso Hernando

Esta es la historia de Caín y Abel. Abel fue un hombre con un sentido del deber más allá de toda sospecha. No podía concebir hacer algo mal, ni siquiera podía existir un rastro de imperfección en cualquier cosa que saliera de su mano. Por eso tenía una cierta fama de puntilloso, que hacía que no siempre fuese simpático a todo el mundo. Aunque era forzoso reconocer que en su corazón no había sitio para la maldad. El no podía concebir ni mucho menos hacer algo que pudiera molestar, ni siquiera levemente, a nadie. Es cierto que tampoco hacía grandes obras de caridad ni era especialmente amable o cariñoso con los niños o con los perros. Claro está que eso seguramente era debido a su falta de imaginación o a la sencillez de su espíritu. El se guiaba por su sentido del deber.

—Abel, haga esto.

Y lo hacía.

Así era su vida.

Caín era otro tipo de individuo (No entraremos en el parentesco de ambos, introducido en algunas versiones de la

historia sencillamente para distraer al lector del sentido moral de la misma, cosa que nosotros, por razones evidentes, nos cuidaremos mucho de hacer). En absoluto era malvado, tampoco era un hombre en el que anidara la envidia o la inquina (De nuevo, es verdad que algunas versiones abundan en el contraste entre el carácter de uno y otro, cosa que es manifiestamente falsa. No cabe duda de que hay muchas doctrinas que postulan que la raíz moral de las personas está en su carácter, de ahí que busquen contrastes en este asunto. Sin embargo, es manifiesto que la esencia de lo moral está en la acción propiamente dicha. Aquí, desde luego, es la orientación que seguiremos).

Como decíamos, Caín era un hombre normal, ajeno a las excentricidades de Abel, y como tal hacía las cosas de un modo mucho más chapucero.

Caín y Abel trabajaban en la misma empresa. Esta empresa se dedicaba a la fabricación de unas «píldoras». El proceso de elaboración era delicado y complejo. Hacía falta una gran meticulosidad para realizarlo bien. La producción era pequeña y de carácter artesano. Se medían y pesaban los componentes con precisión casi sobrehumana. Se los sometía a procedimientos extremadamente sofisticados en los que cualquier descuido podía ser fatal.

Abel, a lo largo de los años, fue acumulando saber y destreza. El proceso no tenía ningún secreto para él. Sin duda era el mejor especialista en toda la fábrica, lo que equivalía a decir que era el mejor especialista en el mundo.

Sus jefes estaban felices. Alguna vez se pensó en darle algún puesto de mayor responsabilidad, pero él siempre declinaba las ofertas. Recordemos su falta de imaginación. En

realidad, y esto, aviso al amable lector, es punto importante, Abel desconocía por completo la finalidad o las propiedades de los productos que realizaba con tanto esmero. El se limitaba a lo que tenía que hacer, a cumplir con su deber.

Su maestría se hizo legendaria. De ahí no se deduce que no tuviera una vida normal o que no paseara los domingos por la mañana del brazo de su mujer por la calle principal de la pequeña ciudad en la que vivía (este es un detalle no esencial, sin embargo, tampoco nos aparta demasiado de la trama, así que lo podemos dejar).

Muy diferente era lo que ocurría con Caín. Caín era un dejado. Reiteremos que no era ni mucho menos mala persona, claro está que era hombre sin mucho interés por las cosas, y con un sentido moral defectuoso, o casi inexistente.

Caín entorpecía constantemente la producción, y tras muchas incidencias, en las que no vamos a entrar para no alargar innecesariamente la historia, fue finalmente despedido, con el regocijo de todos los empleados, menos el de Abel, ya que en el corazón de Abel no cabían el odio ni la inquina.

Caín se fue deslizando por la cuesta de la vida desordenada y sin propósito. Era pobre y seguramente borracho. Todos le conocían pero ninguno reparaba en él.

Abel, fruto de su constancia y de su inalterable buen hacer, fue ganándose la admiración de todos. Era ejemplo constante y modelo a seguir. Sin embargo, él no se envanecía ni se creía más que los demás, pues en su alma no había sitio para esos pensamientos (no sé si está bien reiterar aquí lo de su falta de imaginación).

Al cabo de los años, Caín fue completamente ignorado,

mientras que los méritos de Abel eran objeto habitual de las crónicas oficiales de la ciudad (algunos hablan de que se erigió una estatua en su honor, no obstante, nos parece que eso es una exageración innecesaria, y ajena por completo al propósito de esta narración).

En aquella pequeña ciudad nadie supo nunca que las píldoras que producía aquella fábrica eran venenos potentes, armas sofisticadas que se empleaban en los más atroces conflictos al otro lado del mundo. En esos lugares no se conocía tampoco la procedencia de aquellas píldoras malditas. Se sabía, no obstante, que si uno ingería una de las que estaban marcadas con la letra A no había remedio. Su terrible eficacia garantizaba una agonía pletórica de dolor y de sufrimiento. Se cuenta que incluso algunos de los verdugos más endurecidos se estremecían cuando administraban las píldoras con la fatídica letra. Sin embargo, siempre había la esperanza de que llevara una C. Esas pastillas, que, a decir verdad, eran escasas y muy apreciadas entre las víctimas, casi nunca producían nada más que una fuerte diarrea; en cualquier caso su efecto solía ser variado, pero casi nunca letal. Se sabe que uno de los afortunados que la tomaron estuvo varios días en un estado alucinatorio y cuando, al fin, regresó a la normalidad, declaró que nunca había disfrutado tanto, pidiendo que se le administrase otra nueva dosis (deseo que, como pueden imaginar, no le fue concedido).

En la fábrica tenían la costumbre de poner la inicial del

nombre de la persona que había dirigido el proceso de fabricación de cada píldora (recordemos su carácter artesanal) con una letra diminuta. Era un código interno sin mayor importancia. Nadie sabía fuera de la fábrica lo que significaba esas pequeñas letritas que, además, solo podían distinguir personas con una excelente vista. Por eso, algunos de sus compañeros le decían a Abel:

—¿No es una pena que nadie pueda calibrar la excelencia de tu trabajo, que nadie sepa tu obra maravillosa? Solo los pocos que conocemos el código podemos apreciar la maravillosa perfección de tu producto.

Abel respondía con sencillez:

—Yo solo quiero hacer las cosas bien. Ni quiero ni merezco agradecimientos. No he hecho otra cosa que cumplir con mi deber.

Todos los demás sonreían con aire de aprobación. Estaban orgullosos de un conciudadano tan bondadoso y sencillo.

En su rincón Caín murmuraba: «Serán gilipollas».

Café y cigarrillos

Ríchar, Bardeblás

Me bajo al parque a que me dé un poco el sol. No aguanto más ahí dentro, llevo por lo menos dos horas sin salir. Demasiado tiempo oliendo a puré de puerros y escuchando toses ciegas. Joel se está muriendo. Él tiene esperanzas, nadie las tiene.

He fumado demasiado, dice, pero eso se terminó.

Habla con dificultad, le acaban de operar.

Se vive mejor sin fumar, y a lo verás.

No sé por qué le digo estas cosas.

Hoy tienes mejor color, le he dicho esta mañana.

Mentira. Su cara tiene el color de la ceniza. Será por humanidad o por compasión. Yo nunca he tenido

sentimientos tan elevados. Será que yo también veo el final un poco más cerca.

Tuve que venir al hospital a hacerme unos análisis (hay algo dentro de mí que no funciona del todo bien, nada serio) y se me ocurrió que podía visitar al viejo Joel. No tenía nada mejor que hacer esa mañana, casi nunca tengo gran cosa que hacer por las mañanas. De esto hará casi un mes. Me costó encontrar su habitación, no era el único Joel ingresado.

¿Joel, qué más?, me preguntó la enfermera.

No lo sé, dije yo.

Dígame al menos qué aspecto tiene, su edad...

Poco pelo y unos sesenta años, tal vez setenta, no supe decir más.

Joel y yo solíamos vernos por las tardes en El Varado. Apenas hablábamos, jugábamos al ajedrez. Café y cigarrillos, eso era todo lo que había encima de la mesa, además del tablero y las piezas. Yo no fumo, pero soy incapaz de mover un peón si no tengo una taza de café a mi lado. Joel también toma café, pero sobre todo fuma, fuma sin parar. Es lo que le ha traído hasta aquí, de donde no va a salir. Se le acabaron los cigarrillos, y también el ajedrez, aunque todavía nos quedan las últimas partidas por jugar. Aquí también jugamos. Se hace raro jugar fuera de El Varado, sin ruidos ni humos, encima de una mesa repleta de frascos, pastillas de colores y toallitas blancas. Me sorprende el juego agresivo de Joel, en estos días ha elegido varias veces la Apertura Escocesa e incluso el Gambito de Rey. Joel siempre ha sido más cauto, «siempre Ataque Torre para dejar libre el alfil». Supongo que serán los nervios, el no poder fumar. Puede que sea la manera de actuar de quien no tiene ya mucho tiempo

para perder, una huida hacia delante; en cualquier caso un suicidio frente a mi sólida defensa Philidor. Cinco mates en menos de una hora.

Sales demasiado fuerte, le digo, ¿qué tal si juegas con negras?

Los lunes elijo yo, me contesta.

Está bien, como quieras.

Tengo la tensión un poco alta, lo ha dicho el médico: «¿Toma muchos cafés?» «¿Cuántos son muchos cafés?» «En su caso más de dos.» No le dije que tomaba seis, ocho, que ni siquiera se me había ocurrido contarlos. No le dije nada. «Debería pensar en quitarse alguno.» «Lo pensaré.»

Lo he pensado. No voy a dejar de tomar café. Me gusta su sabor. El tabaco te acaba matando, como a Joel, pero el café..., no veo qué hay de malo en el café. Hay cosas mucho peores, de eso no hay duda.

Ahora sé algo más de Joel. Estuvo casado hace años, pero su mujer lo abandonó. No tiene hijos y se gana la vida fabricando muelles.

¿Qué tipo de muelles?, le pregunto.

Muelles, me dice él, ¿no has visto nunca uno?

También sé que su apellido es Fonder; Joel Fonder, eso ponía en uno de sus informes. Dentro de poco dejará de apellidarse y de fabricar muelles. Eso no lo ponía, lo digo yo, no a él, claro.

Vengo casi todas las mañanas. Odio los hospitales, pero a Joel le sientan bien estas visitas. Después de todo, creo que soy el único que se acerca hasta aquí. Me dice que se le va a hacer raro jugar al ajedrez en El Varado sin fumar.

Conozco un sitio en el que no se puede fumar, puede que

allí te encuentres mejor, sin toda esa gente encendiendo cigarrillos a todas horas, le digo yo.

No es cierto que conozca un lugar así, pero tampoco lo es que vayamos a jugar en otra parte que no sea el hospital. Y ni siquiera esto va a durar demasiado. Hay días en que Joel mueve con dificultad las piezas. El jueves se le cayó un caballo y se quedó sin cabeza. Lo he repuesto por otro, no es negro del todo, pero al menos tiene cabeza.

A veces Joel se cansa de tanto pensar las jugadas y lo dejamos un rato. Charlamos. El médico le ha dicho que no hable mucho. Joel nunca ha hablado mucho, al menos conmigo. La gente que juega al ajedrez no habla más de lo necesario. Piensan antes qué es lo que van a decir y en las posibles respuestas del otro. Teorías de Joel. Es una buena manera de no decir estupideces, desde luego. A mí no me gusta la gente que no para de hablar.

Nikola Tesla, me contó Joel ayer, veía a la Tierra como un enorme conductor de resonancia magnética. Yo no entendía gran cosa, pero le escuchaba con interés.

¿Eso tiene algo que ver con los muelles?, le pregunté.

Se echó a reír. Me explicó que el tesla es una unidad de inducción magnética, que él una vez construyó una bobina Tesla, un transformador de aire con bobinas primarias y secundarias en resonancia, y que... Nos miramos.

¿Blancas o negras?, me soltó.

Me ha venido a la cabeza lo de la edad de Joel. No sé, podría tener unos sesenta, pero también ochenta. Parece que cumpliera años todas las semanas. Está viejo y deshilachado, pero dentro de su cabeza cada cosa sigue en su sitio. Ayer consiguió hacer tablas cuando lo tenía todo perdido. Yo le

llamo Spassky y él trata de reírse con lo que le han dejado de cara. He estado pensando en lo de la compasión, y no, no es nada de eso. No es compasión ni caridad, qué tonterías.

Apuro la última vuelta al parque. Es casi la una y el sol pega duro. Me acerco a la cafetería y pido más café, todavía hay tiempo para una rápida.

Joel siempre dice que los que jugamos al ajedrez vemos todo blanco o negro:

¿Lo ves?, los cigarrillos son blancos y el café negro.

Nunca sé muy bien a qué se refiere, pero me gusta escuchar sus teorías. Quizá tengan que ver con esa manera de entender el mundo de Tesla.

Tres poetas

José Gutiérrez Román

Con dieciocho años Eliseo compra una máquina de escribir y se va a Londres con el propósito hacerse escritor. Es el año 1980, pero a mí esto me lo cuenta Pedro veinticinco años después. A él se lo cuenta la novia de Eliseo el verano anterior a su entrada en la universidad. Pedro, que es un apasionado del rock anglosajón, se siente fascinado y pronto se le enciende una lucecita como a los personajes de los cómics. Piensa que su destino está también allí: en Londres y en la literatura. Poco antes, Pedro ha conocido a Jorge, con quien desde el principio le une una fraternal amistad y su condición de jóvenes poetas. Un día, cuando Eliseo ha regresado de Londres, los tres se encuentran. Desde aquel momento se vuelven inseparables y comienzan a hacer planes: crear un grupo poético, una tertulia, una revista. Quieren que su ciudad de provincia española despierte de su letargo y, a la vez, conquistar el mundo. Burgos es una ciudad gris, que a ellos les parece aún más gris y que les gustaría que fuese como Londres, que también es gris, pero de un gris cosmopolita. Todo eso lo saben por Eliseo, que es el único de los tres que ha estado en Londres. Regresó al cabo de unos meses con un sinfín de anécdotas, pero sin su máquina de escribir

(tuvo que empeñarla para costearse el billete de vuelta). Pedro, que ha quedado seducido por la imagen ideal que él mismo ha ido formándose de Londres, piensa viajar el verano siguiente. Ha comenzado a estudiar filología inglesa, y una temporada en Inglaterra le ayudará a aprender mejor el idioma. Jorge es el más generoso del trío. Siempre está dispuesto a hacer cualquier cosa por los otros. En aquellos días se muestran enérgicos y no desfallecen en su pelea con las instituciones locales para que les permitan llevar a cabo sus proyectos. Pocos días antes de que Pedro se vaya, Jorge organiza en su casa una fiesta de despedida. Al día siguiente, mientras Pedro fantasea con su inminente aventura, recibe una llamada de teléfono: es Eliseo. Muy serio le pregunta si sabe ya adónde va a ir los primeros días o si conoce a alguien allí. Pedro dice que no, ante lo cual Eliseo le pide que apunte un nombre y una dirección. Pedro intuye que quizá las cosas no van a ser tan fáciles como imaginaba. Finalmente Pedro emprende el viaje: primero en autobús hasta Calais, luego un ferry que le deja en Dover y finalmente otro autobús: tarda día y medio en llegar. Su madre le ha confeccionado una faltriquera para que guarde el dinero, que lleva arrugado junto a sus testículos, como su miedo. Cuando por fin pisa Londres, Pedro está inquieto. Después de perderse varias veces logra dar con la dirección que Eliseo le ha facilitado. Su contacto es Víctor, que trabaja en un hotel y con el que Eliseo hizo amistad en su día. Víctor le es de gran ayuda en sus inicios y Pedro se siente protegido a su lado. Sin embargo, el balance general de la experiencia londinense no es todo lo bueno que esperaba. Pedro regresa con varios kilos de menos, algún desamor y poco más inglés del que sabía. Jorge

también viaja en su juventud a Londres, pero solamente de vacaciones. Los tres poetas (que realmente son cuatro, porque está también Alfredo, que abandona pronto el barco de la escritura, y que es precisamente al que más estiman) siguen adelante con sus planes literarios. Leen a Huidobro, a Cernuda, a Vallejo y a Cernuda otra vez. Organizan recitales durante los cuales rompen huevos o cuelgan un pollo de una escalera, no recuerdo bien, y sus versos obtienen los primeros escándalos y los primeros reconocimientos, que a veces vienen a ser lo mismo. Con los años, todo aquel brío se va debilitando. Como es habitual, las circunstancias personales de cada uno hacen que tomen caminos diferentes en la vida, si bien nunca dejan de formar una especie de trinidad literaria y sentimental. Tampoco dejan de viajar a Londres durante estos cinco lustros. En una de estas escapadas, Jorge advierte que jamás han coincidido los tres allí. Han hecho casi de todo juntos en este tiempo, y sin embargo nunca han visitado en grupo la ciudad que tanto les ha marcado. Por un momento está tentado de llamar a sus amigos y proponerles una reunión en la capital británica, pero duda que sea una buena idea. Quizá sea mejor, piensa, dejar las cosas como están. Luego reanuda su paseo por los jardines de Hyde Park. Está empezando a atardecer y su sombra, cada vez más alargada, no parece la de un poeta, sino la de tres distinguidos poetas londinenses.

Mi lugar en el mundo

Angélica Lafuente Izquierdo

En esta tarde que anuncia la primavera, tumbado en el acogedor sofá, casi una segunda piel por el uso, abiertos los ojos, fijados en el cercano horizonte que delimita el techo. Embebido en solitarias meditaciones, una nítida pantalla interior se refleja en la transparencia acuosa de mis ojos claros. El horizonte cambia y se transforma ahora en extenso paisaje de donde me llega el aroma de la tierra, la belleza del cielo y el frescor del aire, tumbado y sobre un césped soleado.

La pantalla acerca el objetivo, se hace más cercano y me veo caminando de la mano de mi padre, dirigiéndonos al jardín de nuestra casa.

—Hijo, este año plantaremos saúcos en el jardín —afirmó con decisión.

—Bien, padre —asentí yo.

La admiración por mi padre siempre fue sin fisuras. Su seguridad reafirmaba la mía. Si él decidía plantar saúcos era bueno, como de hecho lo fue. Hoy son diez grandes ejemplares que delimitan un lugar donde no crecían con soltura ni las malas hierbas. Pienso que crecieron tan bien porque les gusta la compañía humana y de esa les hemos dado mucha. Mi hermana tuvo una temporada en la que visitaba casi a diario

el más cercano a su habitación. Según ella allí tenían su hogar una familia de elfos.

¿Cómo viene todo esto ahora tan claro a mi memoria?

Veo hoy con nitidez que este fue mi primer lugar en el mundo, el que ha presidido mi vida con sus idas y venidas, una naturaleza delimitada por el árbol. Mi nexo entre la materia y el espíritu, entre Dios y los hombres.

Aquí he completado la vivienda al aire libre que mi padre iniciara. Un reflejo de la naturaleza en miniatura, donde me ha ganado la visión japonesa sobre el paisaje. En esto he evolucionado con mis viajes. Admiré los jardines arquitectónicos franceses, con su cuidado paisajismo. Hubo un tiempo en que el jardín inglés capturó mi interés por su pretensión de imitar los paisajes naturales, ese cuidado que parece descuidado.

Finalmente encontré que mi concepción coincidía con la japonesa, el microcosmos del jardín. No he diseñado el jardín para disfrutarlo solo una época del año sino para apreciar lo efímero de cada estación, cada una con su destino. No para que el jardín esté inmerso en la casa sino a la inversa, para que la casa forme parte del jardín. Los árboles cumpliendo su rito anual, las flores cambiando el colorido, el estanque de nenúfares y libélulas, de peces y ranas creando comunicación sonora. Metáfora de la naturaleza, el jardín donde pudo haber visto el tiempo su propio rostro.

El pino vive cien años,
El suave viento de la mañana solo un día.
Pero ambos cumplen su destino.

De este lugar he sacado fuerzas cuando mi mundo se debilitaba. De distintas maneras, siempre he procurado recuperarme con su energía; bien fuera sentándome a los pies de los árboles (a los saúcos se añadieron otros), en solitario o en animada charla, transformando su materia a fuerza de trabajo artesano. Otras veces, he intentado paliar mi vulnerabilidad al amparo del lenguaje perdido de las flores. ¿Conseguí hacerme entender a través de tal sutileza en este mundo tan poco dado a ellas? Tampoco sé si lo he dominado aunque tanto me hubiera gustado.

Vuelve el aroma de la tierra, la belleza del cielo y el frescor del aire en esta tarde extraña, de recuerdos pausados en la que no intuyo enemigo visible ni invisible y recuerdo las palabras del filósofo: «Siempre hemos querido buscar lo eterno lejos de nosotros mismos; siempre hemos vuelto los ojos del espíritu hacia algo distinto de la presente situación y la apariencia presente; o bien hemos esperado morir como si todo instante no fuera otra cosa que morir y renacer. En cada momento nos es ofrecida una vida nueva. Hoy, ahora, inmediatamente es nuestra sola captura.»

Pirata

Javier Álvarez Cobb

Para Stevier

Ya, me sacó un ojo. Sí... ¿y qué?

Me lo había advertido y no le creí., no pensé que fuera capaz.

Un ojo, así..., con la mano... qué bestia.

Dicen mis amigos que le pida cuentas.

Ariosto Madero quería ir a por ella y darle diez balazos.

Juan Ginés me compró una navaja pampera y me dijo:

—Mátale con ésta —será un acto surrealista.

En lo de Fernández me hablaron de venenos y de sogas nocturnas atadas a caballos desbocados.

Pero dije: No; la maldita flaca me hizo un favor:

Me dejó tuerto, me hizo pirata.

Y yo sé... lo estoy entendiendo ahora; ...que ella ama a los piratas.

Don Quijote en Dublín

Alberto Herrero Arnáiz

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Un galgo corredor que, una vez metido de lleno en el correr, hacía más presto que el mismísimo piloto Fernando Alonso cuando ocupaba plaza en la escudería de Renault. Lo que no tardó en pasarle desapercibido al propio hidalgo, pues a lo sumo, había calculado tras su intensa lectura de cuántos palmerines cayeron en sus manos en los que apareciese un can, el más veloz de los allí descritos no alcanzaba siquiera el muy modesto desempeño al que nos tiene acostumbrado el piloto brasileño Felipe Massa. Y fue tras tan profunda reflexión, y no hallándose aún provisto de escudero de quien poder tomar justo consejo, cuando adoptó la extraña decisión, a lomos de su caballo Rocinante y seguido muy de cerca por el también enflaquecido cánido, de encaminar sus pasos hacia la populosa Dublín, la capital de Irlanda.

Cide Hamete Benengeli vino a contarme de esta historia, de la que como coautor de este relato, junto al mismo Don

Miguel y al citado Benengeli, yo carecía de información precisa, que decisión de magnitud tan poco usual y en apariencia extemporánea, pues suponía dejar atrás las lindes de la patria, habíala decidido el señor Don Quijote en uno de sus raros momentos de lucidez, forzado por la precariedad de sus bienes materiales, que de los espirituales, como el lector de sus andanzas conocerá sobradamente, hallábase el hidalgo bien servido.

Asimismo fue el propio Benegelli quien me advirtió de que episodio tan singular, como el que me dispongo a narrar, bien podría haber sido sustituido por otro de ámbito estrictamente nacional, ya que siendo *Don Quijote de la Mancha* la novela río por excelencia, y tan escaso el caudal de los que atraviesan nuestra piel de toro, no habría estado fuera de lugar el presentar a tal «hidalgo de solar conocido» como a un ser atormentado por el Plan Hidrológico Nacional. Plan que, bien con este u otro nombre semejante, ha venido obsesionando a nuestros próceres desde siglos atrás. Pues, en cada ocasión que manifiesta una sequía sus efectos adversos sobre la agricultura patria, vienen estos a resultar tan devastadores que no existe campesino que no implore la presencia de la lluvia o población, por pequeña que sea, que no pasee en rogativas a su Santo Patrón invocando idéntico milagro.

De este modo, no bien hubo cruzado Don Quijote y las dos bestias el océano mar en una embarcación de remeros beréberes, presentose en el canódromo más afamado de Dublín, el de Shelbourne Stadiu, con la nada despreciable pretensión de hacerse con la bolsa de 20.000 libras esterlinas que su galgo había de ganar en buena liza en el Derby

Irlandés de 2012.

Como en esta aventura me negaran su compañía los dos redactores principales de *Don Quijote de la Mancha*, cayó únicamente sobre mí la ardua tarea de dar cuenta de lo que en el mencionado estadio aconteció al hidalgo y a su galgo. Y así debo de señalar, según lo observado y acontecido, que no pareció hacer mella en el ánimo de Don Quijote el cambiante clima que se cernía sobre la multitud que se agolpaba en el estadio. Pues tan pronto llovía como salía el sol y, al momento siguiente, un viento racheado parecía azotar, pese a estar mediado mayo, las repletas tribunas de espectadores como los lugares más próximos a la pista, donde suelen ubicarse principalmente los apostadores particulares, que tal nombre reciben quienes tratan de llenar su bolsa al margen de las apuestas oficiales. El hidalgo, pues, permanecía hierático sobre su montura cuando vio acercarse zalameros a los perros Cipión y Berganza, llegados de la castellana Valladolid como por arte de birlibirloque, tras su coloquio nocturno. Y fue tal su alegría al conocerlos que en seguida, alzándose la celada de su yelmo exclamó con voz tonante refiriéndose a ellos: «Oh, bellas criaturas sin vanidad, fuertes sin violencia, valientes sin ferocidad, con todas las virtudes de los hombres y ninguno de sus defectos...».

Y entre tanto, mientras en el inicio de la pista íbanse preparando las llamadas gateras de salida a la pista ovalada, de unos quinientos metros, aconteció que por el terreno más próximo a ella, el llamado de los apostadores particulares o privados, fueron desfilando ante mis atónitos ojos un maremágnum de personas y de bestias de cuya existencia no me faltaban conocimientos fehacientes. En primer lugar vi

pasear a James Joyce al paio de Ulises, Rey de Itaca, ambos precedidos por Argos, el perro de este último. A continuación venía el ex presidente Clinton seguido al trote por su perro Buddy, un joven labrador que movía el rabo insistentemente. Tras él, Astérix y Obelix discutían entre sí, mientras Ideafix ladraba sin parar a la seca perra Blondi, propiedad de Adolfo Hitler. Milú, el terrier de Tintín, le seguía a este y al capitán Haddock, que prosiguiendo su inveterada costumbre caminaba haciendo largas eses, mientras sujetaba con trémula mano una botella mediada de güisqui escocés y con la otra se rascaba la cabeza. Franz Kafka era el último de tan extraordinaria comitiva, acompañado por su perro lobo. Andaba tan curioso escritor muy erguido, embutido en un traje gris de dril de algodón de primera calidad y, entonces aconteció que otro hombre, con abundantes entradas y algo menor en estatura se acercó al checo tuteándolo y tomándolo cariñosamente por el brazo. No podía ser otro. Era Enrique Vila Matas en persona. Procuré acercarme a ellos sigilosamente, por ver si podía captar, al menos, parte de la conversación. Máxime cuando advertí que por la misma zona, libreta en mano, caminaban en armoniosa comandita Jiménez Losantos, Pedro J. Ramírez, Sánchez Dragó, Pío Moa y César Vidal. En busca de una exclusiva, no podía tener la menor duda. Así que, aunque algo constreñido por todo aquel mundillo de apostantes, pude escuchar a don Enrique cómo inquiría con seriedad no exenta de simpatía al escritor checo:

—...entonces los perros músicos y los perros voladores de tu relato *Investigaciones de un perro* representaban realmente al pueblo judío?

—¡Pero como se le ha ocurrido semejante idea! —exclamó Franz Kafka sonriendo— ¿Me habla usted de parábolas? Si nunca he escrito nada que no quiera decir estrictamente lo que digo. Eso son cosas de Max Brod, que es muy chistoso. Pregúntenle a él, que debe andar por aquí cerca. Hemos quedado en esta zona para apostar en la primera carrera...

Las voces se perdieron entre la multitud. Vi a lo lejos al hidalgo, en el inicio de la pista de tierra. Se había descabalgado de Rocinante, bajado la celada y caminaba con paso firme, llevando consigo su galgo corredor hacia la gatera número cinco. La primera carrera iba a comenzar en breves instantes. Cómo la contarían Pedro J. y sus amigos en la prensa española es algo que imagino, pero no deseo saber. Y justo cuando los galgos salían lanzados tras la liebre mecánica el cigarrillo comenzó a hacerme un pequeño agujero en la pernera del pantalón, y desperté sobresaltado en el sillón orejero del salón del ministerio. Enfrente estaba la televisión encendida. Creo que sintonizada en Antena Tres, pues Fernando Alonso, en ese mismo momento, atravesaba la meta en primer lugar en el circuito de Malasia pilotando su nuevo Ferrari. Me desperecé por completo, aplasté contra el cenicero el incendiario cigarrillo y, en seguida caí en la cuenta que de que yo, tan soñador, era el ministro de agricultura de mi país. Y que encima de la mesa del salón me aguardaba una tarea ímproba. Desarrollar a fondo el Plan Hidrológico Nacional.

La historia machaca

Amaya Uribarri

*A Jorge Villalmanzo porque él me ha enseñado
que se puede ser mejor persona*

La buganvilla se había puesto como loca, había que cortar las ramas secas y poner nuevas guías que la que dirigiesen desde la parte superior del dintel de la puerta hasta la ventana de la derecha en un único arco verde oscuro y flor roja. En esos menesteres estaba cuando se empezó a oír el impertinente zumbido de la vespa de la cartera, de bautismo Stefania Zamponi, alias la Hormiga Atómica, no tanto por el casco o la conducción desenfadada como por el atronador reguetón con el que se acompañaba.

—¡iOooh!! ¡Giorgio! Don Tano quiere que vayas a verle — gritó sin bajar de la moto.

—¿Qué quiere?

—No soy la Cancerbero. A mi no me lías.

—¿Me llevas?

—Sube.

En los casos en los que Don Tano llamaba, lo más prudente era ir informado. Don Tano, más conocido para la Policía del

Estado por Gaetano Zucconi, era un jefe de la mafia jubilado que se había retirado hacía unos años en nuestro apacible pueblo, poniendo más de mil kilómetros de distancia con su amada isla y sus viejos negocios. Pero como antes se pierde el pelo que la maña, entretenía sus jornadas con pequeñas usuras y la distribución a pequeña escala de productos falsificados.

La mejor fuente de información del pueblo residía en la tienda de ultramarinos de la Plaza Mayor en forma de mujerona con frondoso pelo rizado, llamada Cancerbero por su capacidad de gestionar el negocio, criar a su marido y a sus dos hijos y saber todos los pormenores de cada habitante mejor incluso que el propio interesado.

—Buenos días señá Adela —le dije con una tímida sonrisa.

—Ya te ha llamado Don Tano — me contestó ella con su imperiosa voz.

—Pues sí...

—Eso va a ser por el tema del Maestro.

—Ya sabía yo que había sido él... El maldito bastardo que podó el olivo —El olivo en cuestión era un hermoso árbol que adornaba el mirador que daba al valle y que yo me había molestado en fechar su nacimiento entorno al 1765. Al olivo, decía, un desalmado había podado con saña, pero todo el pueblo sabía que tenía que haber sido el Maestro.

—Sí, lo del olivo es cosa suya —contestó con el suspiro típico de quien está aburrido de contar siempre un viejo cuento—. Pero el asunto es que hace tres días que no aparece.

—¿Cómo que no aparece?

—A ese le podríamos haber llamado Kant, por lo preciso que era en sus manías. A las nueve café en el bar para irritar

a Mario, a las diez ya le tenía aquí a comprar el periódico y a sacarme de quicio, no sin antes haber pasado por la panadería a hacer lo propio. A las doce, aperitivo en la taberna para reñir con los feligreses; después, en casa, comida y siesta y, a las cinco, paseo por el bosque del Garibaldo. A las siete ya estaba otra vez chinchando a los del bar y a las nueve a casa a hacer lo que hacía con una o con otra. Ahora, con Martina la boticaria. Las hay con cuajo, vive Dios.

—Y ¿no se le ha visto?

—Ya te he dicho que hace tres días que no. ¿No has notado un ambiente más relajado?

—Pues ahora que lo dice... —Recordé que justo el día anterior me había pasado la tarde en el bar riendo y charlando y que todo el mundo parecía particularmente feliz.

—Pues va a ser por el Maestro. Anda, marcha y no oses no pasar por aquí a contarme cada palabra de tu cita con Don Tano.

—Lo haré, no lo dude.

La casa de Don Tano era un antiguo palacio con las típicas torres toscanas abiertas a los cuatro costados, desde dónde se podía disfrutar de unas espectaculares vistas de todo el valle. Su piedra centenaria necesitaba algún retoque pero conservaba el color siena, embellecida la entrada por una pérgola de glicina malva, completamente en flor en estos días.

A la villa se accedía por un camino de tierra prensada, jalonado a cada lado por una veintena de robustos cipreses.

Don Tano me esperaba en la puerta con el «*appuntato*» del cuerpo de carabinieri Ippolito Esposito alias el Rinoceronte, apodo nacido no sólo por su amplia corpulencia sino también por el único y mayúsculo cuerno que le puso su mujer y que se desarrolló en forma de niño, actualmente de seis años.

—Has tardado —me saludó Don Tano.

—Es que... —intenté excusarme.

—Menos zarandajas. Síguenos.

Don Tano, Ippolito y yo nos dirigimos por el serpenteante sendero que llevaba a las grutas de mármol, unas viejas canteras que hacía siglos que habían extinguido su riqueza pero que el pueblo había usado para cientos de propósitos diferentes, entre ellos el más interesante era el poner a curar los embutidos, sobre todo el «*lardo di colonnata*» para lo que se utilizaban una especie de sepulcros de mármol, llamados conchas, en los que se ponía el tocino con sal ajo y romero.

Como cualquier piedra que se precie de ser italiana, la gruta tenía también una larga historia. La más memorable era que había servido de almacén para esconder la comida del pueblo cuando pasaron los alemanes en desbandada allá por agosto de 1944. Sobre este tema, más de un abuelo sostenía con pesar que la masacre de Stazzema se debió al mosqueo que se pillaron los teutones al no encontrar ni una patata en su camino. Fuera como fuese, la visita a la gruta que hacía yo en completo silencio y con tan inusual compañía tenía otro propósito que yo intuía negro.

En el interior de la gruta, el generador que proporcionaba luz zumbaba a pleno pulmón, el aire se hizo demasiado fresco y el olor estaba saturado de sal y aromas. Entre los primeros arcones de mármol, uno permanecía destapado y por el borde

asomaba el odioso foulard burberry del Maestro.

—Está muerto —dijo Don Tano como si fuese necesaria tal afirmación.

—Le han partido la cabeza —añadió Ippolito.

—Con una hacheta —agregó Don Tano.

—¿Con una hacheta? —dije yo.

—Créeme, lo sé. Digamos que experiencia profesional... Esa herida la hace sólo una hacheta, como esas que tenemos todos para cortar astillas para la lumbre.

—Y ¿quién ha sido? —pregunté.

—Ésa es la cuestión. ¿Quién en el pueblo podría desear la muerte del Maestro? —preguntó Ippolito.

—Pues, hombre... excluyéndonos a nosotros... todo el pueblo menos los niños de pecho, por razones obvias... y si los sentimientos cuentan... tampoco los excluiría a todos ellos —dijo Don Tano.

—Yo no nos excluiría tan alegremente. Ippolito. ¿No es el Maestro el padre de tu hijo? —dije yo.

—Pues sí, pero he tenido seis años para matarle y es ésa la razón por la que estás aquí en vez de llamar a la Policía, no quiero que metan el hocico en mis cuernos. Además, hace tres días estaba en Roma en un curso de actualización del que he vuelto ayer por la noche.

—Exacto, intentemos resolver esto entre nosotros sin que venga a meter el morro el Estado —dijo DEon Tano.

—Pero usted también tiene un motivo. Todo el mundo sabe que el Maestro le debía dinero y no le pagaba.

—Ya, pero ya no tengo edad para cobrar en sangre. Además, he llegado esta mañana de Palermo en dónde he pasado unos días por... placer. Por otra parte... tú también

tenías motivos: el tema del olivo te sangra todavía y lo del usar una hacheta... como muy de jardinero ¿no? Pero vamos a dejarnos de elucubraciones inútiles; ya sabemos que has estado podando la buganvilla y que cuando te metes en la poda, podas. Así que vamos a hacer una lista de la gente que tiene acceso a la gruta, de los motivos y que no tiene coartada. Una vez hecho eso, vas, les preguntas y asunto resuelto.

—Sí, hombre y voy a ir preguntando: «Perdona, ¿has matado al Maestro?» y me van a responder sin inmutarse — contesté yo bastante indignado.

—Pues iclaro! —dijo Ippolito— Vas con tus modales finos, con ese parpadeo azul y cantarán como periquitos.

—Como canarios —corregí.

—Es igual, cantan.

—Creo que no tienes en consideración el grado de respeto que se te tiene en este pueblo —dijo Don Tano.

—¡Sí, hombre, pero si me llaman el fauno!

—Bueno, pero eso es porque te gusta corretear por el bosque, no tiene maldad —contestó Don Tano—. A lo que vamos. Esta es la lista que hemos hecho el rinoceronte y yo de los que tienes que interrogar.

—Roventini Luana, alias Chupatintas, usa la concha de mármol número 10. Detestaba al Maestro porque la dejó plantada delante del altar.

—Esa fue buena —dijo Don Tano con una sonrisa.

—Piazza Alberto, alias el Orejas, usa la concha 15 y odiaba al Maestro porque le robaba las calabazas y los tomates de la huerta.

—Doy fe. Más de una vez me vino a pedir un par de

sicarios para que le diesen una paliza —añadió Don Tano.

—Nievo Garibaldi, alias el General, usa la concha 22, que, dicho sea de paso, es dónde está el fiambre.

—Y nunca mejor dicho — dijo socarrón Don Tano.

—Odiaba al Maestro —continuó Ippolito— porque siempre ridiculizaba las historias que contaba.

—Los demás, o tienen coartada, que hemos comprobado con el Cancerbero, o no tienen la fuerza física que se necesita para traerlo hasta aquí y meterlo en la concha.

Impotente ante la conjura que me designaba detective para este caso pensé en unir lo útil a la diversión y mandé un sms a Luana: «Echa la pasta que llego». Era el modo que teníamos de auto invitarnos a comer o a cenar. Huelga decir que ni por un microsegundo pensaba que mi querida amiga Luana pudiese estar enredada en un asunto así, pero eran solo tres los presuntos culpables, así que más valía hacer las cosas bien y preguntarles a todos.

La casa de Luana era un pequeño apartamento con un estilo entre hippy y underground con decenas de fulares de colores y dibujos tribales africanos cubriendo ventanas, lámparas, butacas y sofás. Cuando llegué, tenía en la mesa un humeante plato de pasta a la Norma, su especialidad. Una delicatesen para chuparse los dedos hasta los codos.

—¿Te has enterado de lo del Maestro? —le pregunté mientras daba vueltas al azúcar de mi café.

—¿Qué le ha pasado a ese bastardo? ¿Se ha fugado con una casada? —preguntó con acritud.

—Está muerto.

—¿Y eso?

—Le han roto la cabeza con una hacheta y lo han metido en una concha de las del tocino de Colonnata.

—¡Coño! Y ¿quién ha sido?

—Creía que tú me podrías decir algo.

—¿No creerás que tengo algo que ver? Es verdad que la noticia me ha alegrado el día pero si no me pringué con un homicidio cuando me dejó plantada en la iglesia hace un año y siete meses, no veo porque lo iba a hacer ahora.

—Tenía que preguntarlo. ¿Qué has estado haciendo estos días?

—Déjame adivinar: Don Tano te ha encargado la investigación para que no venga la poli de verdad.

—Creo que va a ser menos desagradable si lo averiguo yo.

—Sí, es verdad. Si viene la poli de verdad se haría un pandemonio de mucho cuidado porque en el pueblo ¿quién no iba a querer matar a ese? En fin —suspiró—. Aquí tienes mi coartada. En estos días he hecho lo mismo de siempre: he ido a trabajar, al bar a tomar el aperitivo y a casa a dormir. No he frecuentado a nadie en particular y creo que no tengo ninguna coartada. ¿Se sabe cuándo ocurrió el crimen?

—Según la Cancerbera fue entre las 13.00 y las 19.00 horas de hace tres días.

—Ósea que le mataron después del aperitivo del mediodía. A las siete ya tenía que estar muerto si no fue a tomar el de la tarde. Hace tres días a esas horas estaba comiendo en casa y después me fui a dar un paseo por el bosque. Un poco como hago todos los días. Luego fui a trabajar y sustituí el aperitivo de la tarde porque había partido: el Livorno - Pistoia. Quería cenar pronto y bajar a ver el partido al bar. ¿A quien más

tienes que interrogar?

Dejé sin respuesta esa pregunta mientras me acercaba a la casa del Orejas, llamado así no tanto por el considerable tamaño de sus pabellones auditivos cuanto por su obsesión por las conversaciones ajenas.

El Orejas vivía en una casa de piedra en una de las calles más empinada y estrecha del pueblo, sólo la ventana del segundo piso conocía la luz del sol pero no por eso era lúgubre, al contrario, una pequeña colección de tientos daba vida a una mini jungla, en esta temporada del año, llena de color.

—¡A las buenas tardes! —dije llamando a la puerta.

—¡ Hombre! El Fauno... Pasa, pasa. ¿Quieres un café? —me preguntó el Orejas.

—No gracias, y a he tomado uno.

—Entonces un orujillo para hacer la digestión.

—Pues no te voy a decir que no.

—Ya me había dicho la Cancerbero que ibas a venir porque crees que yo he matado al Maestro.

—¡Vaya! Me chafó el efecto sorpresa.

—¡Qué sorpresa ni qué sorpresa! Si hubiera sido yo lo habría gritado desde el campanario. ¡Que alegría tengo! ¡Qué pena que no tengo champán!

—Entonces ¿no has sido tú?

—Hijo mío, mi padre me donó estas orejas que son iguales que las tuyas, pero pelotas tengo las de mi madre: ninguna. Si tuviese pelotas ¿no crees que me habría casado con la Emma? Pero nada, todas las tardes en la biblioteca lanzando miradas lánguidas... y nada.

—Pero si la Emma, la bibliotecaria, tiene unas gafas de culo de botella... ¿Cómo quieres que se entere de tus miradas lánguidas?

—Lo sé, lo sé. Carezco de pelotas, y a te digo.

—Bueno pues nada. Gracias por el orujo.

—¿No me preguntas dónde estuve el día de autos?

—Tus razones son más válidas que cualquier coartada. No hace falta. Ciao.

—Ciao.

Caminaba hacia la casa del General preocupado por la dirección que estaban tomando los acontecimientos. Si el General no era, habría que empezar desde el principio o llamar a la Policía, cosa bastante enojosa para todos. Se mascaba la tragedia.

La casa del General estaba casi al final del pueblo, era una hermosa construcción de 1830 de piedra, con sus amplios ventanales en los pisos superiores y ventanucos en los inferiores, todos dotados de unos bonitos portillos de madera verde. Trepano por el muro de la fachada principal un jazmín florido casi asfixiaba con su perfume dulzón. Por la calle podía sentir los ojos de los vecinos clavados en la espalda y cuando llegué a la puerta oí alguna risita sofocada.

El General era el apodo de un importante profesor de Historia de la Universidad de Pisa, actualmente jubilado. Su seudónimo no le venía por ninguna hazaña bélica conocida, ni siquiera por los eruditos tratados que había publicado durante su larga y fructuosa carrera docente, entre los que vale la pena nombrar los best sellers *La Toscana en la*

unificación de Italia: la presencia de Garibaldi día a día y La guerra social del 91 a.C. al 88 a.C. mes a mes. Ambos textos pueden dar una idea de la amplitud de su erudición pero, como decía, su apodo le fue puesto por su tendencia a contar las batallas como si hubiese participado activamente en ellas. En su cerebro, ahora senil, unos días había luchado en las guerras púnicas, otras en el saqueo de Roma, otras era uno de los Mil garibaldinos y otras un partisano anti Mussolini. Tenía una vida interior muy rica y batallera y no en pocas ocasiones alumnos y doctores universitarios venían a probar suerte, a ver si por casualidad ese día *Sor Nievo* estaba en la época que les interesaba. Desde el punto de vista físico, el General tenía una salud y una fortaleza envidiables, como había demostrado lanzando en volandas los ochenta kilos de la mujer del carnicero un día que, creyéndose un general americano del Día-D, se había marcado un rock& roll en el bar del pueblo.

—Pasa Fauno pasa, te estaba esperando —oí desde el interior de la casa cuando me disponía a llamar a la puerta.

—Buenas tardes, mi General.

—Serían mejores si no vinieses a lo que vienes. Te he preparado un té, que sé que te gusta.

—Gracias, mi General.

—Te preguntarás porqué un hombre de mi dignidad y de mi formación podría romper el cráneo de un maestrillo de pueblo con una hacheta.

—Un poco sí.

—El jueves por la tarde estaba paseando por mi bosque y rememorando los mejores momentos de la toma de Cartago cuando me tropecé con ese simplón. ¿Sabes que osadía me

dijo?

—Conociéndole, cualquier bestialidad.

—¡Insinuó que yo estaba participando en la batalla de Waterloo! ¡Cómo osó! ¡Yo, toscano de pura cepa, batallando contra Napoleón! ¿Es que no era Elisa Bonaparte Gran Duquesa de la Toscana? ¡Pardiez!

—Desde luego demostró poco tacto.

—¡Tacto! ¡Ja! Una incultura flagrante que no puede ni debe ser perdonada. Pensar que los chiquillos iban incautos a recibir formación de semejante analfabeto... Le intenté corregir el error pero él reía y reía... En ese momento se me subió la carroña que hay en mí a la giba y comencé a verlo todo de color morado, mientras él reía. Llevaba colgada del cinturón la hacheta para cortar ciertas ramas que dificultaban el paso y... fue como visto y no visto. Se debió sentir como Marco Livio Druso cuando recibió su estocada en el 91 antes de Cristo. Sólo que esta vez no era un desconocido que lo machacaba a escondidas, sin dar la cara, sino un General del decoro y la civilización. Me vi obligado. No pude hacer otra cosa. ¿Me entiendes?

—Creo que sí.

—Luego todo fue lógico. No podía ni quería dejar ese grotesco cuerpo en medio del bosque y como este año no he usado la concha de mármol porque el médico me ha prohibido los embutidos, pensé en esconder el cuerpo en un lugar en dónde no hiciese efecto.

—Y así ha sido. No ha hecho nada de efecto.

—¿Y ahora qué?

—Nada, llamamos a Ippolito, redactamos una declaración y la mandamos a la capital. Vendrán a interrogarle, quizás

envíen a un psiquiatra. Verán que es inofensivo, todo el pueblo lo jurará. Puede estar tranquilo. Entre pitos y flautas tardará unos cuatro años en salir el juicio y para entonces ya habremos pensado algo.

Dejé al General con Ippolito y me dirigí al bar. Necesitaba un buen vino para concluir un pésimo día. Allí, en la barra todo era sonrisas y armonía, ningún rostro huraño.

—Y pensar que si hubiese sabido más de historia ahora estaría vivo... —dijo un parroquiano.

—Descanse en paz aplastado por el peso de la historia. Vivamos nosotros sollevados por conocerla mejor. ¿O es que alguien podrá olvidar jamás que los toscanos no participamos en la batalla de Waterloo? —contestó el camarero.

Malditos

Rodrigo Pérez Barredo

«Uno ha creído a veces, en medio de este camino sin orillas, que nada habría después; que no se podría encontrar nada al otro lado, al final de esta llanura rajada de grietas y de arroyos secos. Pero sí, hay algo.

Hay un pueblo.»

Nos han dado la tierra. Juan Rulfo

Este lugar

Con la niebla el pueblo desaparece. Primero borra los perfiles de las casas, luego difumina las luces y por fin, entre un silencio grande, como de miles de muertos apilados en montoneras, se esfuma. Nadie sale esos días del hogar, como si temieran que algo ignoto y terrible les aguardara fuera, dispuesto a purgar sus pecados. Si la niebla dura, y hay veces que el río parece sujetarla con obstinación, se aferran a su miedo para salir indemnes. Una vez evaporada, otra vez la luz en sus vidas, salen exhaustos, y antes de retornar a sus costumbres, deambulan como ciegos por las calles húmedas,

como autómatas, dirigiéndose miradas de desconfianza y de rencor. Son como el légame: si alguien osara tocarlos quedaría manchado para siempre.

Ellos

Siempre habían estado allí, pero hasta entonces nadie pudo decir quiénes eran; cómo sus rostros, sus nombres. Sobre sus actos el día de mañana no se hubiese podido siquiera imaginar un poco. Tanto fue el horror; tanta la ira. De haberlo sabido, todos aquellos que veían amanecer con ojos limpios hubiesen huido lejos. Éstos ahora yacen entre escombros, o en la ruina de la tierra, sólo cubiertos por la herrumbre del olvido. Si alguien se atreviera a recordarlos, suyo sería un lugar en el infierno. Ellos se sentaron sobre las vidas de los otros y de la opresión nació el silencio.

El miedo vino después.

El loco

Todas las tardes, al morir el sol, lanza un aterrador aullido desde algún escondrijo del monte. Es su manera de sentirse vivo y de recordar a quienes le quieren dar caza su fracaso un día más. El alarido es gutural, ronco, pero a la vez tiene el filo agudo y sangriento del animal herido. Con la rapidez de un vendaval el eco del grito rebota en el espejo del río, que lo impulsa hacia el pueblo sorteando las hojas musicales de los chopos para colarse después en cada casa intacto, entero y

profundo. Madre, al escucharlo, siempre se santigua. Ese hombre..., dice. Y guarda silencio. El loco es una sombra y el grito su fantasma. Nadie le ve pero todo el mundo lo siente. Se dice que come animales crudos, y que beber su sangre le hace invisible. También que a veces, con la noche, baja hasta el pueblo y merodea por las ruinas que un día fueron su casa. A ellos les molesta que se rumoreen esas cosas. Pero es la verdad. Yo lo he visto.

La muda

La muda, silueta enjuta y negra con un pañuelo en la cabeza, recorre el pueblo recogiendo todas las ramas que halla a su paso. Cuando ejerció de partera, en su mocedad, le decían comadre. Después, cuando los otros mostraron su rostro, se quedó en hechicera. La madre recuerda lo cerca que estuvo de que la mataran después de que encontrara entre los juncos del río a un recién nacido y apareciera con él en la plaza, limpio de sangre, envuelto en un mantón que olía a menta, con los ojos como vueltos, más muda que nunca. Fue durante los días del odio. Alguien, una voz entre la multitud siniestra, propuso echarla al fuego que devoraba el pajar que hay junto a la iglesia. Hija de Satanás. Hechicera robaniños. Como para conjurar el miedo de esos días, la muda acumula leña cada jornada, despacito, rama a rama, como la cigüeña construye su nido en lo alto del campanario. Concienzudamente. Lo vuelca todo en la chimenea de su cabaña y prende el fuego con el que atiza las últimas llamas de la tarde.

La abuela

Todo el invierno soportando el frío de la nieve y las heladas y se murió el primer día de la primavera. Decía haber soñado muchas veces con su muerte. Quería que llegara despacio, en silencio, sin previo aviso. Sin dolor a ser posible. Pero sobre todo no quería morir en invierno. Le parecía horrible. Irse cuando todas las cosas están muertas. Todas las noches, antes de acostarse, colocaba un manojo de flores sobre la mesilla: crisantemos, jacintos, narcisos, acacias, hortensias, brezos, lirios, camelias, mimosas o violetas. Que no le sorprendiera en el silencio gris de una habitación oscura. A menudo, cuando soplaban el viento Sur, creía respirar un perfume de jazmín. Y se quedaba horas sentada en el balcón, viendo las cumbres nevadas a lo lejos, escuchando el rumor tostado de la hojarasca salpicando los rincones de la tarde. Deseando cuando veía la desnudez de las laberínticas ramas de la parra que llegaran pronto las hojas que le regalarían en los días de bochorno la más fresca de las sombras.

Observando el vuelo febril de las golondrinas había deseado muchas veces que la muerte le llegara paseando por un campo repleto de amapolas, o junto a un lecho de azucenas, o en alguna pradera poblada de margaritas. O tal vez caminando junto al río, a la sombra de los álamos, o descansando bajo la frondosa higuera que tenemos en el patio. La última noche durmió con la ventana abierta. Un destello de luna se colaba en la habitación, y ya olía a azahar

y a yerbabuena. Las estrellas brillaban como uvas maduras. Encima de la mesilla había dejado el esqueje de un limonero, que pretendía injertar al día siguiente con el deseo de que prendiera pronto. Pero la muerte le sobrevino antes de que amaneciera. Era el primer día de la primavera. El sol reverberaba en las gotas de rocío que se posaban suaves sobre la hierba. Mientras llevábamos su cuerpo al cementerio por el camino viejo, que estaba flanqueado de frutales y madresevas, iban brotando las flores en los cerezos y en los almendros, en los ciruelos y en los manzanos.

Él

Cuando llego a casa está él. Me golpea y ríe. Madre calla. Le duele más que a mí, pero calla. Y su silencio me hiere tanto como la rabia y subo corriendo al cuarto y lloro y juro. Luego, al rato, oigo cómo se monta sobre ella. Escucho jadeos entrecortados, tal vez un llanto ahogado. Después sus pasos firmes, el portazo al marcharse. He querido muchas veces entrar y golpearlo y matarlo. Todos sabemos que fue él. Lo veo alejarse por la era camino de su casa, donde le está esperando su mujer. La pobre tiene el vientre triste y vacío. Como se ha ensuciado en otro cuerpo se lava con saña en el corral. Ella, que lo sabe, escucha el agua de los baldes golpear en el suelo y gime en silencio. Luego se estremece al sentir sus pasos en la escalera e inicia en susurros las oraciones. Él se acuesta pegadito a su cuerpo y le acompaña al rezar.

El muro

Junto al cañaveral sigue en pie el muro. Los chicos hemos jugado muchas veces cerca de él. Todavía conserva secos restos de sangre. A menudo el viento, cuando perfora la pared acribillada, ulula como si guardara memoria de los gritos y lamentos. Es difícil no estremecerse. También por allí buscó el abuelo. Una tarde volvíamos del río y lo vimos apoyado en él, sudoroso, con los ojos cerrados, como si estuviera esperando la descarga.

Una bala perdida

El carpintero evita las lágrimas entre nubes de serrín, mientras da forma y pule la madera. La mujer busca sus ojos cuando baja de la habitación, y todo su rostro es una sombra. En ese silencio de miradas se dicen todo, aunque nada puedan ya decirse. A ratos él escucha el llanto lánguido y débil, arriba, como una premonición del fin. Se afana el carpintero con amor en sus manos, y suspira. Cuando el silencio conquista el primer piso de la casa para siempre, él se deja caer sobre el ataúd recién terminado y sólo se quiere morir.

La obstinación del topo (el abuelo)

Estuvo meses excavando en la tierra, agujereándola allí donde creía que su hijo pudiera estar sepultado como un perro. Ellos le veían marchar cada amanecer con la

carretilla cargada con palas, azadas y rastrillos. Al principio le observaron con recelo; luego de muchos días, en los que siempre volvía de vacío, como a un simple loco. Cada jornada escogía un lugar diferente. Pero nunca al azar. Cuando sentía una fuerza telúrica abandonaba los aperos, cerraba los ojos, abría los brazos en aspa e iniciaba una suerte de sagrado ritual que concluía arrojándose al suelo, como si fuese un zahorí de la muerte. Allí, en el lugar de la caída, cavaba esforzadamente, hasta al anochecer. Una tarde, en el alcor al que se llegaba por una senda empinada que nacía desde el final del pueblo, sufrió un estremecimiento, un escalofrío, algo diferente a lo percibido en otras ocasiones. Se sintió cerca. Cavó durante horas, enfebrecido, hasta que el golpeo de una paletada emitió un sonido amortiguado, como un casi imperceptible gemido de dolor. Era una tibia que asomaba; luego, un cráneo hendido. Siguió hasta que, ya exhausto, no tuvo más luz. Entonces se introdujo en el hoyo húmedo y profundo y se echó a morir entre los huesos. Soñó que, con la luz del día, el hijo se llegaba para cubrirle de tierra.

El pastor

—¿Cómo muere un perro?

Está sentado al pie de la nogala, liando un cigarrillo. Lo enciende. Una voluta de humo queda suspendida frente a su rostro, como un pensamiento indeciso. Enseguida desaparece. Alguna oveja bala. Sin mirarme dice:

—Aullando.

—Me contaron el otro día que...

—Una vez maté a un perro; dejó escapar a una de éstas y la desgració un lobo. Lo disparé sin pensarlo. Dos tiros. Después del primero aullaba. iiiiAaaaauuuuu!!!!

—¿Sufrió?

—Digo.

—¿Mucho?

—Como un perro.

Apoyado en el grueso tronco, la boina calada hasta el entrecejo, sigue sin mirarme. Fuma. De reojo observa a sus ovejas. Yo estoy de pie, frente a él. A veces he sentido envidia de su libertad, siempre en el campo, alejado del pueblo. No ve lo que pasa: no sufre. Él está solo. Él y sus ovejas. Todo el campo para él. Todo el cielo abierto, que puede tocar si quiere. Tanto silencio.

—Adiós —le digo.

Me alejo lentamente. El pueblo se perfila abajo, como los dientes de una sierra. Los cencerros de las ovejas rompen el silencio. Antes de bajar vuelvo a oír su voz que repite una y otra vez:

—iiiiAaaaauuuuu!!!!

Como una letanía.

La declaración

La fosa era para mí, pero eso no lo sabía entonces, cuando me afané por hacerla con las medidas habituales, que no he hecho yo otra cosa en la vida desde que pude sostener una pala, más aún cuando el viejo enfermó y tuve que hacerme solo todo el trabajo, que aquello sucedió en plena epidemia, se

acordará usted. Cuando llegaron y me dijeron: cava un agujero, no reparé en las pistolas ni en las caras ni en el odio de sus voces. Salí a escarbar la tierra, que no haré otra cosa, es cierto, pero rápido que lo terminé, y bien. De suerte que, a la vuelta, que no estuve ni una hora, sabe usted, escuché aquellas palabras necias, que salieron con el humo de sus cigarros, diciendo el tonto de él ni se ha enterado que va a ir a ese hoyo. Y de éstas que me eché a temblar y pensé en correr pero me dije: dónde vas a ir tú, si este es tu sitio y no sabes hacer otra cosa. Y aunque yo vivo con muertos, qué cosa diferente ha de ser pasarles de la vida a la muerte, pero no me arredré y me dije van a reírse de otro. De resultas que tomé el pico y al primero de los dos que encontré no le dio tiempo siquiera de sorprenderse cuando ya lo tenía clavado en la cabeza, y el otro, mudo, no reaccionó y se lo hincó también con fuerza. Cargué con ellos, y al hoyo que hice para mí sin saberlo fueron los canallas, y aquí me tiene usted que se lo cuento porque uno tiene conciencia, señor, y yo otra cosa no hago que fosas, pero que tengo yo que para la mía todavía es un poco pronto.

El médico

El médico ya nunca sale de casa. Cuando tuve las fiebres fue madre la que llamó a su puerta. En otro tiempo había sido alegre; ahora es un hombre triste, hundido, acechado por las sombras. Durante todo el rato que estuve allí evitó mi mirada y ni una sola palabra salió de su boca.

Pero sé que no hizo otra cosa que pedirme perdón.

Un hombre

Se lo quitaron todo. Y cuando digo todo es todo. Por eso a veces, al caer la tarde, le veo acercarse a uno de sus huertos, acariciar los tomates, las vainas, los pimientos. Llorar.

Madre

Hace mucho tiempo que madre ya no es ella, sólo una sombra con la que vivo. Pero esta mañana me gritó desde el corral que cogiera aquella bufanda de padre. Hace tanto frío por las mañanas que parece que se helara el cielo. Al regresar he visto a las gallinas fuera, picoteando alocadas. He sabido antes de entrar lo que pasaba. Después de soltar la sogá he cogido su cuerpo en brazos y la he subido a su cama. Hacía mucho tiempo que madre ya no era ella. La he besado en la frente. Madre.

El hijo

—Vengo a matarte —le digo.

La mañana es clara, ni una nube en el cielo. Sólo el viento. Me mira en silencio, con una mueca de ironía.

—Te faltan cojones, como a tu padre —dice entre dientes.

Después escupe con rabia.

Le apunto con la escopeta. Él me mira con el mismo rictus

amargo, apoyado con las dos manos en la azada. Retador. Las patatas recién sacadas relucen en los surcos como enormes pepitas de oro. El viento mueve las hojas de los chopos abajo, en el río. Me sudan las manos y un escalofrío recorre mi espalda. Disparo. Cae como un saco, el pecho abierto como una granada. Me acerco lentamente y vuelvo a cargar la escopeta. El cabrón se retuerce entre estertores. Mancha sus manos, me mira con ojos de sangre, casi desde la muerte.

—Aúlla, perro —digo.

Vuelvo a disparar y el eco esta vez viaja hasta el río. Las ovejas del pastor pastan tranquilas a lo lejos. He de cortar leña para el invierno. Huele a nieve ya. La mañana es clara. Una bandada de vencejos rasga el aire. Me ajusto la bufanda. Tengo frío.

Tu nombre, Jorge

Fidel Torcida Fernández-Baldor

Aún en la mañana más fría,
azul como el vapor de la soledad,
tu respiración pausada nos envuelve
y nos empuja al acantilado de tu sonrisa.

A tu melena de trigo en la primavera
acuden los pájaros estremecidos por las palabras,
mientras los brazos firmes sostienen nubes y alcaravanes.

Dulzura y placer que matiza el silencio,
nos acuna con los ojos cerrados tu nombre:
Jorge,
nos promete un día que desempolva los días,
un puente generoso en agua y musgo de tu pecho.

La sal de los magnolios que alimentabas
nos distrae de un dolor antiguo,
que extiende sutil la melodía del tiempo
en un suspiro apenas imaginado,
y pasea insolente, bajo las ramas de los cipreses,
tu nombre:

Jorge,
miel y besos tantos que no abarcábamos,
el pan de un ruiseñor en tus ojos claros.

*Tienes la urgencia de las amapolas
breves como luz de invierno.*

Y ahora,
con las semillas calientes y húmedas en las manos,
¿qué hacemos, Jorge?,
¿sembrar,
llorar,
apretar los dientes?
Fingir quizás
que aún brindamos contigo,
las copas en alto
y tu corazón en nuestros labios.

Esta obra se terminó de editar en formato electrónico
con motivo de la celebración en Burgos del
VI Congreso Nacional de Bibliotecas Públicas
del 9 al 11 de octubre de 2012.